

SAMIR AMIN

Escritos para
la transición



SAMIR AMIN

Escritos para
la transición

La Paz – Bolivia, agosto de 2010

Escritos para la transición

© Samir Amin

© Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia
Con el apoyo de Oxfam

ISBN: 978-99954-735-7-0

Depósito legal: 4-1-240-10 PO

La Paz – Bolivia

Edición: Lourdes Montero
Gonzalo Gozalvez

Diseño de tapa: Martín Moreyra B.

Distribución gratuita

Impreso en Bolivia
Agosto de 2010

Se autoriza la libre difusión de esta obra siempre y cuando se cite la fuente y el nombre del autor.
Se prohíbe utilizarla para fines comerciales.

INDICE

CAPÍTULO I

La globalización multipolar: superando la alienación economicista

- 11** _____ *La economía política del Siglo XX*
23 _____ *Unidad y mutaciones del pensamiento único en economía*

CAPÍTULO II

Estrategias para la transición en el reto de la mundialización

- 33** _____ *Capitalismo, imperialismo, mundialización*
45 _____ *Geopolítica del imperialismo contemporáneo*
71 _____ *El reto de la mundialización*
75 _____ *Más allá de la mundialización liberal: ¿un mundo mejor o peor?*

CAPÍTULO III

Condenar toda intervención militar de EEUU

- 91** _____ *La ideología estadounidense*
99 _____ *Es imprescindible la derrota de EEUU, Israel y sus aliados*

CAPÍTULO IV

Iniciativas desde el sur: propias e independientes

- 111** _____ *¿Saliendo de la crisis del capitalismo o del capitalismo en crisis?*
125 _____ *El socialismo del siglo XXI*
137 _____ *Nepal 2008, un avance revolucionario prometedor*
143 _____ *Los países del sur deben tomar sus propias iniciativas*

Presentación

Gran parte de la problemática abordada por Samir Amin, durante más de cincuenta años de trabajo intelectual, se concentra en “la larga transición hacia el comunismo”. Académico, activista político y pensador comprometido, Amin ha dedicado buena parte de su obra al estudio de la polarización Norte-Sur como inherente al capitalismo. Actualmente es el principal impulsor del Foro Mundial de las Alternativas y se define a sí mismo como un “militante del socialismo que pone su formación intelectual al servicio de la liberación de los pueblos”.

Desde los años setenta del siglo pasado, junto con otros pensadores como Immanuel Wallerstein, André Gunder Frank y Giovanni Arrighi, sostiene que la contradicción centro/periferia no es producto de algunas condiciones concretas, sino de la ley de la acumulación a escala mundial. En sus obras más recientes, contribuye al análisis de la mundialización y de la crisis del capitalismo actual desde una visión histórica de amplio alcance, bajo una perspectiva que involucra el análisis crítico de la economía, la política y la cultura.

El objetivo de este libro es presentar un conjunto de escritos recientes en los cuales Samir Amin amplía y profundiza sus principales tesis. Si bien muchas de estas lecturas circulan en foros en internet o han sido traducidas y publicadas en compilaciones latinoamericanas, el valor agregado de esta publicación es que ha sido ordenada por el propio autor, pensando en el proceso boliviano de cambio y el modo en que sus ideas pueden contribuir a cualificar nuestra discusión. En ese marco fueron presentadas por Amin en diversas conferencias y diálogos realizados, en el marco del VI Seminario internacional “Pensando el mundo desde Bolivia”, en las ciudades de Santa Cruz de la Sierra, Cochabamba y La Paz.

El libro se inicia con la crítica de la economía política y su carácter de “pensamiento social” que legitima o confronta el orden social del capitalismo. Y es que en el sistema mundo capitalista, la economía se convierte en un discurso fundamental para establecer la relación integral del conocimiento de la realidad, convirtiendo la abstracción de la economía pura en un poderoso instrumento de “alienación economicista” que fortalece el pensamiento único confrontado a lo largo de la historia con los discursos antisistémicos. En la segunda parte se ubican cuatro ensayos que discuten la mundialización, su vínculo con la modernidad capitalista y sus proyectos de poder geopolítico donde la aspiración hegemónica de Estados Unidos ha provocado lo que el autor denomina el período del “Imperio del caos”. En este contexto, como resultado de su tesis de la “desconexión”, Samir Amin plantea el desafío de la construcción de un mundo multipolar para la transición hacia el progreso social y democrático en todo el mundo.

En el tercer apartado se presenta un mapa del poder actual en torno a los conflictos de Medio Oriente que nos permite ubicar, bajo una perspectiva global, los procesos de cambio en Latinoamérica. Por último, en la cuarta parte del libro el autor expone un análisis de la crisis del capitalismo y las posibles “alternativas propias e independientes” de transición de/desde los pueblos del Sur.

Samir Amin marca las bases ineludibles de dicho cambio: construir un mundo fundado en la solidaridad, la afirmación plena de los ciudadanos y la igualdad entre los sexos; construir una civilización universal que ofrezca su potencial pleno para el despliegue creador en todas las esferas con una democracia plena; construir una economía fundada en el reconocimiento del carácter no mercantil de la naturaleza y de los recursos del planeta, de los productos culturales y del conocimiento científico, de la educación y la salud; en síntesis, reinventar una sociedad que vincule estrechamente la democratización sin límites, el progreso social y la afirmación de la autonomía de las naciones y de los pueblos.

La Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia y Oxfam consideran que este conjunto de escritos son de una utilidad indispensable para pensar los principales debates a los que da lugar la experiencia boliviana actual: modelo económico, redistribución, respeto a la madre tierra, socialismo comunitario, en síntesis: aportar en la concreción del paradigma del Vivir Bien. Pero quizás lo más relevante radique en la tesis de Marx que el autor asume como hilo conductor de su vida: “no se trata sólo de entender el mundo, sino de transformarlo”.

Los editores.

La Paz, Bolivia, agosto de 2010.

CAPÍTULO I

La globalización multipolar:
superando la alienación economicista

La economía política del Siglo XX¹

La plaga de la guerra

“Nosotros, pueblos de las Naciones Unidas, resueltos en preservar las generaciones futuras de la plaga de la guerra (...) y a instituir métodos que garanticen que no se hará uso de la fuerza de las armas, excepto en interés común, (...) decidimos asociar nuestros esfuerzos para realizar estas intenciones”.

Preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas

La belle époque

El siglo XX llegó a su fin en una atmósfera asombrosamente parecida a la que había presidido su nacimiento durante la belle époque (que fue hermosa, al menos para el capital). El coro burgués de los poderes europeos, EEUU y Japón (en 1910 la “tríada” ya constituía un grupo que se hacía notar) entonaba himnos a la gloria de su triunfo definitivo. Las clases trabajadoras del centro ya no eran las “clases peligrosas” que habían sido durante el siglo XIX y los otros pueblos del mundo eran llamados a aceptar la “misión civilizadora” de Occidente.

La belle époque coronó un siglo de transformaciones globales radicales, marcadas por la emergencia de la primera revolución industrial y la formación del moderno estado nacional burgués. El proceso se extendió desde el cuarto nor-occidental de Europa y conquistó al resto del continente, EEUU y Japón. Las viejas periferias de la edad mercantilista (América Latina y las Indias orientales inglesas y holandesas) quedaron excluidas de la revolución dual, mientras los viejos Estados de Asia (China, el Sultanato otomano y Persia) eran integrados como periferias en la nueva globalización. El triunfo de los centros del capital globalizado se afirmó sobre un rápido crecimiento demográfico, que hizo rebasar a la población europea del 23 por ciento del total mundial en 1800 al 36 por ciento en 1900. Al mismo tiempo, la concentración de la riqueza industrial en la tríada, creó una polarización de la riqueza en una escala desconocida para la humanidad a todo lo largo de su historia. En las vísperas de la revolución industrial, la desproporción en la productividad social entre el quinto más productivo de la humanidad y el resto, nunca excedió de una proporción de dos a uno. Hacia 1900, la proporción era de veinte contra uno.

La globalización que se celebraba en 1900, ya entonces llamada “el fin de la historia”, era sólo un hecho reciente, que emergió durante la segunda mitad del siglo XIX. Las aperturas de China y del Imperio otomano en 1840, la represión de los sepoy (cipayos) de la India en 1847 y la división de África que comenzó en 1885, marcaron los pasos sucesivos en este proceso. La globalización, lejos de acelerar el proceso de acumulación de capital (un proceso distintivo al que no puede reducirse), provocó una crisis estructural entre 1873 y 1896. Casi exactamente un siglo después ha regresado la globalización por el mismo camino otra vez. La crisis de fines del siglo XIX fue acompañada por una nueva revolución industrial (la electricidad, el petróleo, los automóviles, el aeroplano) que se esperaba transformaría a la especie humana. El discurso

1 Traducción del texto publicado en inglés por Monthly Review, vol. 52, N°2, junio de 2000.

era más o menos el mismo que se repite hoy en relación con la electrónica. En forma paralela se crearon los primeros oligopolios industriales y financieros, las corporaciones transnacionales (CTN) de la época. La globalización financiera parecía consolidarse de una manera estable (y fue pensada como eterna, una creencia contemporánea que nos es familiar) en la forma del Gold Sterling Standard (el patrón oro).

La internacionalización de las transacciones que se hacían posibles por las nuevas bolsas de valores, era acogida con el mismo entusiasmo que acompaña hoy las conversaciones sobre la globalización financiera. Julio Verne enviaba entonces a su héroe (inglés, por supuesto) alrededor del mundo en ochenta días. Con esto mostraba que “la aldea global” era ya una realidad.

La economía política del siglo XIX fue dominada por las figuras de los grandes clásicos, Adam Smith, Ricardo y luego Marx con su crítica devastadora. El triunfo de la globalización de fin-de-siècle llevó a un primer plano a una nueva generación “liberal”, deseosa de probar que el capitalismo era “insuperable” ya que expresaba las demandas de una racionalidad eterna y transhistórica. Walras, una figura central en esta nueva generación (cuyo descubrimiento por los economistas contemporáneos no es una coincidencia), hizo todo lo que pudo para probar que los mercados se regulaban solos. Walras tuvo tan poco éxito para probar sus tesis en aquel entonces como los economistas neoclásicos de nuestros días.

La ideología del liberalismo triunfante reducía a la sociedad a una mera multiplicación de individuos. Luego, siguiendo esta reducción, se afirmaba que el equilibrio producido por el mercado constituía el óptimo social y garantizaba la estabilidad política y la democracia.

Todo estaba preparado para sustituir una teoría del capitalismo imaginario por un análisis de las contradicciones en el capitalismo real. La versión vulgar de este pensamiento social economicista encontraría su expresión en los manuales del británico Alfred Marshall, la Biblia de la economía de aquella época. Las promesas del liberalismo globalizado, como eran entonces desparramadas a los cuatro vientos, parecían hacerse realidad por un instante durante la belle époque.

A partir de 1896 el crecimiento se reinició otra vez sobre las nuevas bases de una segunda revolución industrial, los oligopolios y la globalización financiera. Esta “salida de la crisis” entusiasmó enormemente a los ideólogos orgánicos del capitalismo –los nuevos economistas– pero estremeció a un movimiento obrero atemorizado. Los partidos socialistas comenzaron a deslizarse de sus posiciones reformistas a más modestas ambiciones, a ser simples asociados en la administración del sistema. Este giro propio de inicios del siglo XX fue muy similar a lo que encontramos hoy en el discurso de Tony Blair y Gerhard Schroeder. Las elites modernistas de la periferia también creyeron que no existían alternativas imaginables fuera de la lógica dominante del capitalismo.

El efímero triunfo de la belle époque, duró menos de dos décadas. Unos pocos dinosaurios, aún jóvenes en ese tiempo (por ejemplo, Lenin), predecían su caída, pero nadie los oía. El liberalismo, o el intento de poner en práctica la utopía del “mercado libre” individualista –que en los hechos es la dominación unilateral del capital– no podía reducir la intensidad de las contradicciones de todo tipo que caracterizaban el sistema. Por el contrario, las hacía más agudas. Detrás de los alegres himnos que coreaban los partidos obreros y los sindicatos, a medida que se movilizaban a favor de una causa sin sentido de la utopía capitalista, uno podía escuchar el rumiar de un movimiento social fragmentado, confuso, siempre al borde de una explosión y que se cristalizaba en torno a la

invención de nuevas alternativas. Unos pocos intelectuales bolcheviques utilizaban sus dotes para el sarcasmo con respecto al discurso narcotizado de la “política económica del rentista”.

Así describían el “pensamiento único” de principios de siglo XX. Eran las reglas hegemónicas del pensamiento del “libre mercado”. La globalización liberal sólo podía engendrar la militarización de las potencias capaces de desatar una guerra que, en sus formas frías o calientes, habría de durar más de treinta años, de 1914 a 1945.

Tras la aparente calma de la belle époque era posible discernir el ascenso de las luchas sociales y de violentos conflictos domésticos e internacionales. En China, la primera generación de críticos al proyecto de modernización burguesa estaban abriendo un sendero. La crítica –todavía en un estadio incipiente en la India, el Imperio otomano, el mundo árabe y América Latina– habría finalmente de conquistar los tres continentes y dominar gran parte del siglo veinte.

La guerra de los Treinta Años (1914-1945)

Entre 1914 y 1945 el escenario fue dominado simultáneamente por dos procesos. Por un lado, la guerra de los Treinta Años entre EEUU y Alemania. Estaba en juego la sucesión de la difunta hegemonía inglesa. Por el otro, los intentos por contener y controlar - por todos los medios posibles - la alternativa de hegemonía presentada por el proyecto de construcción del socialismo en la Unión Soviética.

En los centros capitalistas, tanto los victoriosos como los vencidos en la guerra de 1914 a 1918, se abocaron –contra todos los cálculos– a restaurar la utopía del liberalismo globalizado. Se regresó al Gold Standard, se intentó mantener el orden colonial a través de la violencia y se volvió a liberalizar la dirección económica, regulada durante los primeros años de la guerra. El resultado pareció positivo por un breve periodo y en la década de 1920 se pudo observar un crecimiento renovado, empujado por el dinamismo de la nueva economía de producción de autos en masa en EEUU y el establecimiento de nuevas formas de trabajo de ensamblaje en línea (parodiada tan brillantemente por Chaplin en *Los tiempos modernos*). El experimento tuvo escaso espacio para generalizarse, aún en el corazón de los países capitalistas, hasta después de la segunda guerra mundial. La restauración liberal de la década de 1920 fue frágil, y colapsó en 1929, cuando se perdió confianza en el sustento financiero del sistema.

La siguiente década, que se enderezaba hacia la guerra, fue una pesadilla. Los grandes poderes reaccionaron frente a la recesión como lo harían en las décadas de 1980 y 1990, con políticas deflacionarias sistemáticas. Sólo sirvieron para agravar la crisis, creando una espiral descendente caracterizada por el desempleo masivo, tanto más trágico para sus víctimas ya que los amparos del Estado de bienestar todavía no existían.

La globalización liberal no pudo frente a la crisis de la década de 1930 y el sistema basado en el oro tuvo que ser abandonado. Los poderes de la época se reagruparon en el marco de imperios coloniales y en zonas de influencia protegidas, creando las fuentes de todos los conflictos que desembocarían en la segunda guerra mundial. Las respuestas de las sociedades occidentales a los cambios fueron distintas.

Algunas saltaron a los brazos del fascismo, eligiendo la guerra como un medio de rehacer el tablero a escala global (Alemania, Italia, Japón). EEUU y Francia fueron la excepción y, a

través del New Deal del presidente Roosevelt y del Frente Popular en Francia, respectivamente, lanzaron una opción diferente a través de una intervención activa del Estado, respaldada por las clases trabajadoras. Estas fórmulas, sin embargo, permanecieron tímidas y su expresión más plena sólo entró en plena vigencia después de 1945.

En las periferias, el colapso de los mitos de la belle époque gatilló una radicalización antimperialista. Algunos países en América Latina, sacando ventaja de su independencia, inventaron nacionalismos populistas en una variedad de formas. En México se impuso la revolución campesina en las décadas de 1910 y 1920. En Argentina apareció el peronismo en la década de 1940. En el Oriente, el kemalismo turco fue su contrapartida. Tras la revolución de 1911, China fue asaltada por una larga guerra civil entre los modernistas burgueses —el Kuo Ming Tang— y los comunistas. En todos lados, el yugo colonial impuso un plazo de varias décadas para la cristalización de similares proyectos nacional-populistas.

Aislada, la Unión Soviética intentó inventar una nueva trayectoria. Durante la década de 1920 se promovió la consigna de la revolución global. Forzada a retroceder hacia sus propias fuerzas, la Unión Soviética siguió una serie de planes quinquenales que intentaban permitirle ganar el tiempo perdido. Lenin ya había definido ese curso como “poder soviético más electrificación”. La referencia aquí era una nueva revolución industria donde la electricidad jugaría el papel central y no necesariamente el carbón y el acero. Pero “la electrificación” (de hecho, principalmente carbón y acero) habría de ganarle la mano al poder de los soviets, que terminó vacío de contenido.

Esta acumulación centralizada fue, por supuesto, administrada por un estado despótico, sin considerar en esto el populismo social que caracterizaba sus políticas. Pero hacia entonces, ni la unidad alemana ni la modernización japonesa, habían sido el trabajo de demócratas. El sistema soviético fue eficiente tanto tiempo como los fines siguieron siendo simples: acelerar la acumulación extensiva (la industrialización del país) y construir una fuerza militar que fuera la primera en ser capaz de enfrentar el reto del adversario capitalista, derrotando a la Alemania nazi y luego poniendo fin al monopolio americano sobre las armas atómicas y los misiles balísticos durante la década de 1960.

Después de la guerra: Crecimiento acelerado (1945-1970) a crisis (1970-2000)

La segunda guerra mundial inauguró una nueva fase en el sistema mundial. La expansión del período de posguerra (1945-1975) descansó sobre tres proyectos de la época, cada uno estabilizaba y complementaba a los otros. Estos tres proyectos sociales eran: a) en el Occidente, el Estado de bienestar social demócrata, proyecto basado en la eficiencia de sistemas nacionales productivos interdependientes. b) el “Proyecto Bandung” que contemplaba la construcción de burguesías nacionales en la periferia del sistema (ideología desarrollista). c) El proyecto de estilo soviético de “capitalismo sin capitalistas”, que existía con una relativa autonomía con respecto al sistema mundial dominante. La doble derrota del fascismo y del viejo colonialismo creó una coyuntura que le permitió a las clases populares, víctimas de la acumulación capitalista, imponer formas estables aunque limitadas a la formación y regulación del capital. Las nuevas reglas, a las cuales el mismo capital debió ajustarse, se establecieron como condiciones básicas en este período de alto crecimiento y de acumulación acelerada.

La crisis que siguió (entre 1968 y 1975) fue una de erosión y luego colapso de los sistemas sobre los cuales previamente se había impulsado la expansión. Este período, que todavía no

se cierra, no se caracteriza por el establecimiento de un nuevo orden, como se sostiene muy a menudo. Más bien este período se caracteriza por el caos que aún no se supera. Las políticas que se están ejecutando actualmente no constituyen una estrategia para promover la expansión del capital. Se trata simplemente de administrar la crisis del capital. Las políticas no han tenido éxito ya que el proyecto “espontáneo” producido por las fuerzas activas y no mediadas del capital, en la ausencia de todo marco provisto por fuerzas sociales a través de reacciones coherentes y eficientes, es todavía una utopía. Los intereses a corto plazo de las fuerzas dominantes del capital, o si se prefiere el “mercado”, aún no logran crear una administración mundial con capacidad para eliminar las contradicciones. En la historia moderna, las fases de reproducción basadas en sistemas de acumulación estables son sucedidas por períodos de caos. En la primera de esas fases, como en el crecimiento de la posguerra, la sucesión de eventos da la impresión de una cierta monotonía, ya que las relaciones sociales e internacionales se han estabilizado. Estas relaciones son entonces reproducidas a través del funcionamiento de la dinámica del sistema. En estas fases de estabilidad –y para completar la confusión entre todos los “individualistas metodológicos”– son plenamente visibles los sujetos sociohistóricos precisos, definidos y activos (clases sociales activas, Estados, partidos políticos y organizaciones sociales dominantes). Sus prácticas parecen formar una pauta clara y sus reacciones son predecibles en la mayoría de los casos. Además, las ideologías que los motivan les ofrecen una legitimidad incontestable.

En esos momentos, las coyunturas pueden cambiar, pero las estructuras permanecen estables. Las predicciones son entonces posibles y hasta fáciles. El peligro surge cuando extrapolamos demasiado lejos estas predicciones, como si las estructuras en cuestión fueran eternas y estuvieran marcadas por “el fin de la historia”. El análisis de las contradicciones que enigmatizan estas estructuras se reemplaza entonces por lo que los posmodernistas han llamado correctamente “grandes narrativas”, “las leyes de la historia”. Los sujetos de la historia desaparecen, dando lugar a una supuesta lógica objetiva estructural.

Pero las contradicciones a que nos referimos hacen su trabajo silenciosamente y un día las estructuras “estables” colapsan. La historia entra entonces en una fase que podría ser descrita más tarde como de transición, pero que es vivida como una transición hacia lo desconocido, durante la cual cristalizan lentamente nuevos sujetos históricos. Estos sujetos inauguran nuevas prácticas, procediendo mediante pruebas y errores, y se legitiman a través de nuevos discursos ideológicos, a menudo muy confusos al principio.

Solamente cuando los procesos de cambio cualitativo han madurado suficientemente, aparecen nuevas relaciones sociales, definiendo sistemas pos-transición que son capaces de autoreproducción sostenida.

La expansión de la posguerra permitió transformaciones económicas, políticas y sociales en todas las regiones del mundo. Estas transformaciones fueron el producto de regulaciones impuestas al capital por las clases trabajadoras y populares. No fueron el producto (y aquí la ideología liberal es demostrada como falsa) de una lógica de la expansión del mercado.

Pero estas transformaciones fueron tan grandes que, a pesar de los procesos de desintegración de que somos objeto en la actualidad, definieron un nuevo marco para los retos que enfrentan los pueblos del mundo actualmente, en los umbrales del siglo XXI. Por un largo tiempo –desde la revolución industrial a comienzos del siglo XIX hasta la década de 1930 (en la Unión Soviética) o hasta la década de 1950 (en el Tercer Mundo)– el contraste entre el centro y las periferias

del moderno sistema mundial fue casi idéntico a la oposición entre países industriales y no industrializados. Las rebeliones en las periferias –y en este respecto las revoluciones socialistas en Rusia y en China y los movimientos de liberación nacional– revisaron este esquema al empalmar sus sociedades en los procesos de modernización. Aparecieron las periferias industrializadas y la vieja polarización se revisó. Pero luego una nueva forma de polarización vio la luz.

Gradualmente, el eje en torno al cual el sistema capitalista se estaba organizando, que definiría las formas futuras de la polarización, se constituía sobre la base de los “cinco nuevos monopolios” en poder de los países de la tríada dominante. Estos cinco monopolios son:

- el control de la tecnología,
- los flujos financieros globales (a través de bancos, carteles de aseguradoras y fondos de pensión del centro),
- acceso a los recursos naturales del planeta,
- los medios de comunicación y
- las armas de destrucción masiva.

Tomados en conjunto, estos cinco monopolios definen el marco dentro del cual la ley del valor globalizado se expresa a sí mismo. La ley del valor es escasamente la expresión de una “pura” racionalidad económica que puede ser separada de su marco social y político.

La ley del valor es más bien la expresión condensada de la totalidad de esas circunstancias. Son estas circunstancias –en vez del cálculo “racional” de decisiones individuales míticas hechas por el mercado– las que cancelan la extensión de la industrialización hacia las periferias, devalúan el trabajo productivo incorporado en esos productos, o sobrevalúan el supuesto valor agregado unido a las actividades a través de las cuales operan los nuevos monopolios para el beneficio de los centros. Por eso ellos producen una nueva jerarquía en la distribución del ingreso a escala mundial, más desigual que nunca, colocando en una situación subalterna a las industrias de la periferia. La polarización encuentra aquí una nueva base, la base que dictará su forma futura.

La industrialización que las fuerzas sociales, energizadas por las victorias de la liberación nacional, imponían al capital dominante, produjo resultados desiguales. En la actualidad, podemos diferenciar las periferias de primera línea, que fueron capaces de construir sistemas nacionales productivos con industrias potencialmente competitivas dentro del marco del capitalismo globalizado, de aquellas periferias marginales, que no fueron tan exitosas. El criterio que separa las periferias activas de las marginales no está sólo en la presencia de industrias potencialmente competitivas. La diferencia es también política.

Las autoridades políticas en las periferias activas –y detrás de ellas, toda la sociedad (incluyendo sus contradicciones)– tienen un proyecto y una estrategia para su realización. Este es claramente el caso de China, Corea y, en un menor grado, de algunos países del sudeste de Asia, India y ciertos países de América Latina. Estos proyectos nacionales se enfrentan con el imperialismo globalmente dominante. El resultado de esta confrontación contribuirá a dar su forma al mundo de mañana.

Por otro lado, las periferias marginales no tienen proyecto ni estrategia (aunque la retórica política del islam diga lo contrario). En este caso, los círculos imperialistas “piensan por ellos” y toman la iniciativa solos en la elaboración de “proyectos” que conciernen a estas regiones (como las asociaciones africanas de la Comunidad Europea, los “proyectos para el Medio Oriente” de

EEUU e Israel, y los vagos esquemas europeos para el Mediterráneo). Ninguna fuerza local ofrece oposición alguna, estos países son por ellos sujetos pasivos de la globalización.

Esta breve visión de conjunto de la economía política de la transformación del sistema capitalista global en el siglo XX, debe incluir un recordatorio acerca de la sorprendente revolución demográfica que ha ocurrido en la periferia. La proporción de la población global formada por las poblaciones de Asia (excluyendo a Japón y a la Unión Soviética), África, América Latina y el Caribe representaba el 68 por ciento del total en 1900. Actualmente, aglutina el 81 por ciento.

El tercer socio en el sistema mundial de la posguerra, que comprendía a los países donde “actualmente se da el socialismo existente”, ha abandonado la escena histórica. La misma existencia del sistema soviético, con sus éxitos en cuanto a industrialización extensiva y logros militares, fue uno de los principales motores de todas las grandes transformaciones del siglo veinte. Sin el “peligro” que representaba el modelo comunista, nunca la socialdemocracia de Occidente habría sido capaz de imponer el Estado de bienestar. La existencia del sistema soviético y la coexistencia que le impuso a EEUU, reforzó también el margen de autonomía a disposición de las burguesías en el sur. Sin embargo, el sistema soviético, no pudo pasar a un nuevo estadio de acumulación intensivo. Finalmente, fracasó en la nueva revolución industrial (dirigida por las computadoras) con la que terminó el siglo XX. Las razones de este fracaso son complejas. Este fracaso nos obliga a colocar en el centro de nuestro análisis el giro no democrático del poder soviético, que fue al final incapaz de internalizar la urgencia fundamental que demandaban las condiciones que enfrentaba. Me refiero al progreso hacia el socialismo, representado por la intensificación de la democratización de la economía y de la sociedad que fuera capaz de trascender las condiciones definidas y limitadas por los marcos del capitalismo histórico. El socialismo será democrático o no podrá existir. Esta es la lección de la primera experiencia que arroja el romper con el capitalismo.

El pensamiento social y las teorías dominantes en economía, sociología y política, que legitimaban las prácticas de los Estados nacionales, de los Estados de bienestar autocentrados en Occidente, de los sistemas soviéticos en el Este y del populismo en el Sur, se inspiraban extensamente en Marx y en Keynes. Las nuevas relaciones sociales del período de posguerra, más favorables al trabajo, inspirarían las prácticas del Estado de bienestar, relegando a las liberales a posiciones de insignificancia. Por supuesto, la figura de Marx dominaba el discurso del “socialismo real”. Pero las dos figuras preponderantes del siglo veinte gradualmente perdieron su cualidad como iniciadores de críticas fundamentales, convirtiéndose en mentores de la legitimación de prácticas del poder del Estado. En ambos casos, hubo un vuelco hacia la simplificación y el dogmatismo.

El pensamiento social crítico se movió, entonces, durante las décadas de 1960 y 1970 hacia la periferia del sistema. Aquí las prácticas del populismo nacionalista –una versión empobrecida del soviétismo– provocaron una brillante explosión en la crítica del “socialismo real”. En el centro de esta crítica había una nueva advertencia sobre la polarización creada por la expansión global del capital, que había sido subestimada y, a veces, ignorada desde hacía un siglo y medio. Esta crítica –del capitalismo realmente existente, del pensamiento social que legitimaba su expansión y de la crítica socialista de ambos– está en el origen de la entrada de la periferia en el pensamiento moderno. Aquí hay una crítica rica y variada –que sería un error reducir a la “teoría de la dependencia”– ya que el pensamiento social reabrió debates fundamentales sobre el socialismo y sobre la transición hacia él. Más aún esta crítica revivió el debate sobre el marxismo y el materialismo histórico, entendiendo desde el principio la necesidad de trascender los límites

del eurocentrismo que venía dominando al pensamiento moderno. El pensamiento social crítico inspirado, sin duda, por la erupción maoísta, inició también la crítica tanto del sovietismo como del nuevo globalismo que se alzaba en el horizonte.

La crisis de fin-de-siècle

El colapso de los tres ejes sobre los cuales descansaba la regulación de la acumulación durante la posguerra, que tomó impulso entre 1968 y 1971, se abrió hacia la crisis estructural del sistema, de una manera que recuerda lo que ocurrió a fines del siglo XIX. Las tasas de crecimiento y de inversión cayeron verticalmente (a la mitad de sus niveles previos), el desempleo creció brutalmente y la pauperización se intensificó. El 20 por ciento más rico de la humanidad aumentó su tajada del producto global del 60 al 80 por ciento en las dos últimas décadas de este siglo. La globalización fue afortunada cosa para algunos. Sin embargo, para la gran mayoría —especialmente para los pueblos del Sur sujetos a políticas de ajustes estructurales unilaterales y los del Este, encerrados en una dramática demolición social— fue un desastre.

La actual crisis estructural, como su predecesora, es acompañada por una tercera revolución tecnológica, que altera profundamente los modos de organización del trabajo que enfrenta un fiero ataque del capitalismo global. El movimiento social fragmentado no ha encontrado aún la fórmula suficientemente fuerte para enfrentar los retos que se le plantean. Pero ha realizado importantes logros en direcciones que enriquecen su impacto: principalmente, el poderoso ingreso de las mujeres en la vida social, así como la conciencia sobre la destrucción ambiental en una escala que, por primera vez en la historia, amenaza a todas las formas altamente organizadas de vida en el planeta. Así, a medida que el centro capitalista de los “cinco monopolios” entra en escena, un movimiento social global multipolar alternativo emerge (como contrapeso y como sucesor).

La administración de la crisis, basada en una brutal reversión de las recetas del “libre mercado”, trata de imponerse de nuevo. Marx y Keynes han sido borrados del pensamiento social y los “teóricos” de la “economía dura” han reemplazado el análisis del mundo real con el del capitalismo imaginario. Pero el éxito temporal de este pensamiento utópico ultra-reaccionario simplemente es el síntoma de su declinación —cuando la brujería ocupa el lugar de la racionalidad— que viene a testimoniar que en los hechos el capitalismo objetivamente está pronto para ser trascendido.

La crisis de administración del capitalismo ya comenzó a entrar en su fase de colapso. Las crisis del sudeste de Asia y de Corea eran predecibles. Durante la década de 1980 esos países y China se beneficiaron de la crisis global incrementando su comercio internacional, sobre la base de sus “ventajas comparativas”: el trabajo barato. Fueron capaces de atraer inversiones extranjeras pero sin ser absorbidos por la globalización financiera. En los casos de China y Corea incorporaron sus proyectos de desarrollo en una estrategia nacionalmente controlada. En la década de 1990, Corea y el sudeste de Asia se abrieron a la globalización financiera, mientras que China e India comenzaban a orientarse en la misma dirección.

Atraídos por los altos niveles de crecimiento de la región, el excedente de capitales flotantes se movió en esa dirección, produciendo un acelerado crecimiento pero también inflación en los valores (stocks) y en la propiedad raíz. Como se predijo, la burbuja financiera estalló poco después.

La reacción política a esta crisis masiva fue novedosa en varios aspectos –por ejemplo, diferente a la provocada por la crisis mexicana. EEUU, con Japón siguiéndole de cerca, intentó tomar ventajas de la crisis de Corea–, para dismantlar el sistema productivo del país (bajo el pretexto falaz de que era controlado oligopólicamente) y subordinarlo a las estrategias de los oligopolios de EEUU y de Japón. Los poderes nacionales intentaron resistir desfasando el problema de su inserción en la globalización financiera mediante el restablecimiento de controles a los intercambios en Malasia o retirando la participación inmediata de su lista de prioridades en China e India. Este colapso de la dimensión financiera de la globalización forzó a los países del G7 (el grupo de los siete países capitalistas más avanzados) a planear una nueva estrategia, esta vez provocando una crisis en el pensamiento liberal.

Es a la luz de esta crisis que debemos examinar en sus líneas generales el contraataque lanzado por el G7. De la noche a la mañana cambiaron su tono: el término “regulación”, prohibido hasta entonces, reapareció en las resoluciones del grupo. Había llegado a ser necesario “regular los flujos financieros internacionales”. Joseph Stiglitz, principal economista del Banco Mundial en ese tiempo, sugería un debate para definir un nuevo “consenso post-Washington”. Pero esto ya era demasiado para los portavoces de la hegemonía de EEUU y el secretario del Tesoro, Lawrence Summers, buscó la fórmula para deshacerse de Stiglitz.

Los ataques a la hegemonía de EEUU. El siglo XXI no será norteamericano

En esta caótica coyuntura, una vez más, EEUU tomó la ofensiva para restablecer su hegemonía global y, en consecuencia, organizar el sistema mundial a su medida económica, política y militar. ¿Es que la hegemonía de EEUU había entrado en declinación? ¿O es que comenzaba a establecer una renovación que haría del siglo XXI un siglo norteamericano?

Si examinamos la dimensión económica en su sentido estrecho, en términos del producto interno bruto (PIB) y medimos las tendencias estructurales de la balanza comercial, concluiríamos que la hegemonía americana, tan aplastante en 1945, ha cedido terreno desde las décadas de 1960 y 1970 con el resurgimiento de Japón y Europa. Los europeos lo dicen continuamente, en términos que ya son familiares: la Unión Europea es la primera fuerza económica y comercial a escala mundial. La declaración, sin embargo, es algo apresurada. Aún cuando es verdad que existe un mercado europeo único y que se asoma una moneda única, lo mismo no se puede decir de la economía europea (al menos no todavía). Aún no existe algo que pueda llamarse “sistema productivo europeo”. En cambio, se puede hablar de un sistema productivo en el caso de EEUU. Las economías establecidas en Europa con la constitución de burguesías históricas en países relevantes y la configuración en este marco de sistemas productivos nacionales autocentrados (aún cuando sean abiertos con elementos agresivos), han permanecido más o menos iguales en las últimas décadas. Todavía no hay corporaciones transnacionales (CTN) europeas, sólo hay británicas, alemanas o francesas. La interpenetración del capital no es más densa en las relaciones inter-europeas que en las relaciones entre cada nación europea y EEUU o Japón. Si los sistemas productivos europeos han sido horadados y si la “interdependencia globalizada” los ha debilitado de tal manera que las políticas nacionales han perdido mucho de su eficacia, esto favorece la globalización y las fuerzas que la dominan (EEUU) y no la “integración europea” que no existe todavía.

La hegemonía de EEUU descansa sobre un segundo pilar: el poder militar. Levantado desde 1945, el poderío militar norteamericano ahora cubre todo el planeta, parcelado en regiones, cada

una con un comando de operaciones. En el pasado, la hegemonía norteamericana era forzada a aceptar la coexistencia pacífica impuesta por el poder militar soviético. Ahora, se ha dado vuelta a esa página y EEUU se ha ido a la ofensiva en el reforzamiento de su dominio global.

Henry Kissinger resumió la coyuntura en una frase memorable y arrogante: “La globalización es solo otra palabra para designar el dominio de EEUU”. Esta estrategia global norteamericana tiene cinco objetivos:

1. neutralizar y subyugar a las otras partes de la tríada (Europa y Japón), minimizando su habilidad para actuar fuera de la órbita de EEUU,
2. establecer el control militar de la OTAN mientras se “latinoamericanizan” los fragmentos del antiguo mundo soviético,
3. ejercer absoluta influencia sobre el Medio Oriente y el Asia central, especialmente sobre los recursos petroleros,
4. desmantelar China, asegurando la subordinación de las otras grandes naciones (India y Brasil) previniendo la constitución de bloques regionales capaces de negociar los términos de la globalización y
5. marginar las regiones del sur que carecen de interés estratégico.

El instrumento favorito de esta hegemonía es el instrumento militar, como los más altos representantes de EEUU no se cansan en repetir. Esta hegemonía, que garantiza la superioridad de la tríada sobre el sistema mundial, exige que los aliados de EEUU estén de acuerdo en seguir todas sus iniciativas. Gran Bretaña, Alemania y Japón no ponen objeciones (ni aún culturales) a este imperativo. Pero esto significa que los discursos acerca del poder económico de Europa (con los que los políticos europeos empapan a sus audiencias) carecen de significado real. Al posicionarse exclusivamente en el terreno de las disputas mercantiles, Europa (que no tiene proyectos propios en lo político ni en lo social) ha perdido la carrera antes de la partida. Washington lo sabe bien.

El cuerpo principal para la realización de la estrategia elegida por Washington es la OTAN, lo que explica por qué ha sobrevivido al colapso del adversario que constituía la *raison d'être* de la organización. La OTAN todavía habla en nombre de “la comunidad internacional”, a pesar del desagrado que le provoca el principio democrático que gobierna a esta comunidad a través de las Naciones Unidas. La OTAN actúa sólo para servir los objetivos de Washington –nada más ni nada menos– como lo demuestra la historia de la pasada década, desde la guerra del Golfo a Kosovo.

La estrategia empleada por la tríada, bajo la dirección de EEUU, tiene como objetivo la construcción de un mundo unipolar organizado según dos principios complementarios: la dictadura unilateral del capital CTN dominante y el despliegue del poderío militar de EEUU, ante quien todas las naciones estarán obligadas a someterse. Ningún otro proyecto puede tolerarse bajo esta perspectiva. El proyecto europeo de aliados subalternos en la OTAN no tiene vuelo autónomo. Tampoco es viable un proyecto que permita algún grado de autonomía a China. Cualquier intento en esta dirección sería quebrado por la fuerza si es necesario.

Esta visión de un mundo unipolar está siendo cuestionada por una alternativa de globalización multipolar. Sería la única estrategia que podría permitir a las diferentes regiones del mundo alcanzar un desarrollo social aceptable, capaz de albergar la democratización social y la reducción

de los motivos de conflicto. La estrategia hegemónica de EEUU y de sus aliados de la OTAN es hoy la principal enemiga del progreso, de la democracia y de la paz.

El siglo XXI no será un siglo americano. Será un siglo de conflictos, del ascenso de las luchas sociales que cuestionarán las ambiciones de Washington y del capital. La crisis está exacerbando las contradicciones entre las clases dominantes. Estos conflictos cobrarán dimensiones internacionales cada vez más agudas y empujarán a los Estados y grupos de Estados unos contra otros. Ya se pueden distinguir los primeros indicios de un conflicto entre EEUU, Japón y su fiel aliado australiano, por un lado, y China y otros países asiáticos, por el otro. No es difícil prever el renacimiento del conflicto entre EEUU y Rusia, si esta última logra liberarse de la espiral desintegradora donde la arrojaron Boris Yeltsin y sus “consejeros” norteamericanos.

Si la izquierda europea se libera de la sumisión a los dobles dictados del capital y de Washington, sería posible imaginar que una nueva estrategia europea pudiera enlazarse con las de Rusia, China, India y el Tercer Mundo en general, en un esfuerzo necesario por una construcción multipolar. Si esto no llega a ocurrir, el proyecto europeo en sí mismo se desvanecerá.

Por eso, la cuestión central es cómo los conflictos y las luchas sociales (es importante diferenciar entre ambos) se podrán articular. ¿Quién triunfará? ¿Las luchas sociales se subordinarán, enmarcadas en los conflictos, y por ello serán controladas por los poderes dominantes, y aun convertidas en instrumentos en beneficio de esos poderes? ¿O las luchas sociales superarán su autonomía y forzarán a los poderes mayores a responder a sus urgentes demandas?

Por supuesto, no imagino que los conflictos y las luchas del siglo XXI puedan reproducir las experiencias del siglo anterior. La historia no se repite de acuerdo a un modelo cíclico. Hoy las sociedades enfrentan nuevos retos en todos los niveles. Pero precisamente dado que las contradicciones inmanentes del capitalismo se han hecho más agudas al finalizar el siglo de lo que eran en sus comienzos, y porque los medios de destrucción son también mucho más grandes, las alternativas para el siglo XXI son (más que nunca antes) “socialismo o barbarie”.

Unidad y mutaciones del pensamiento único en economía¹

La historia de la teoría económica, como la de todas las ciencias sociales, no se despliega conforme a un esquema análogo al recorrido de las ciencias de la naturaleza. En lo referente a estas últimas, estamos sorprendidos por el hecho que las teorías nuevas, más justas, más complejas, más amplias, acaban siempre sustituyéndose definitivamente a las que habían dominado anteriormente las cuales, desde entonces, son abandonadas. No es que se trate de un conflicto de escuela, y que a veces la victoria de una teoría no sea sino temporal. Pero, como Kuhn lo ha ilustrado bien, el ahondamiento en el conocimiento acaba siempre imponiendo sus nuevos paradigmas. El concepto de ciencia, el cual está estrechamente asociado a este movimiento, se aplica aquí en todo su sentido. No pasa lo mismo en el campo del conocimiento de la realidad social, donde vemos escuelas oponerse sin que el punto de vista de una de ellas logre, en ningún momento, imponerse integralmente. Las escuelas se definen con conceptos diferentes, a veces diametralmente opuestos, de lo que constituye la realidad que es el objeto mismo del análisis: la sociedad. Y esta oposición sobrevive a todas las evoluciones de la realidad misma, la infringe. Los mejores, en cada una de las escuelas, sabrán por supuesto tomar en cuenta estas evoluciones, las nuevas preguntas que plantean, afinar sus observaciones y sus instrumentos de análisis; pero se quedarán en el marco de su paradigma. Esta diferencia define entonces estatutos diferentes del análisis científico en los campos de la naturaleza y de la sociedad; ella nos recuerda que el ser humano, individual y social, hace su historia, mientras que solamente observa la de la naturaleza. Ciencia (en el sentido de respeto de los hechos) e ideología (en el sentido de punto de vista legitimando el conservacionismo social o el movimiento de transformación de la sociedad) son aquí inseparables; y es por esta razón que prefiero hablar de “pensamiento social” (sin que ésto exija que renunciemos a someterlo a las exigencias del método científico) más bien que de “ciencia social” a secas.

En lo que se refiere a la historia moderna, la del capitalismo, desde hace dos siglos dos discursos se oponen; y el uno nunca podrá convencer a los partidarios del otro. Hay por una parte el discurso conservador, que legitima el orden social del capitalismo, hay por otra parte el del socialismo, que hace una crítica radical del capitalismo. No es que estemos dando vueltas, repitiendo incansablemente de una y otra parte los mismos argumentos. Porque el capitalismo en cuestión está en evolución permanente, y, para cada una de sus fases las exigencias de su despliegue, solicitan políticas específicas y diferentes. El punto de vista más interesante en la corriente conservadora (procapitalista) es el que logra legitimizar las políticas requeridas, establecer su eficacia en las prácticas. Del otro lado de la barrera, los problemas sociales creados por este mismo despliegue se transforman, los unos se atenúan o desaparecen, los otros se amplifican o son nuevos; el punto de vista más eficaz en la corriente de la política radical es el que toma la medida exacta de los nuevos desafíos.

El pensamiento social está entonces siempre estrechamente ligado a la cuestión del poder social, sea que legitima un poder establecido dado, sea que impugnándolo propone otro. En el

1 Publicado en el libro: Los retos de la globalización. Ensayo en homenaje a Theotonio Dos Santos. Francisco López Segre (ed.). UNESCO, Caracas. 1998.

conjunto de las formulaciones que constituyen el pensamiento burgués, la que responde mejor a las exigencias de la fase particular del despliegue capitalista considerada, conquista fácilmente una posición de pensamiento dominante, ella se torna en el “pensamiento único” del momento. En cambio, a medida que el pensamiento único del capitalismo hace referencia al poder sólo para impugnarlo, la regla tiende aquí más a la pluralidad de las formulaciones. Sin embargo, y porque precisamente de 1917 a 1990 un sistema de poder realmente existente presumía ser una alternativa social, un pensamiento social dominante se había impuesto también en los rangos del socialismo, en estrecha simbiosis con el poder soviético establecido. Otro “pensamiento único” —expresado en un lenguaje de una vulgata de inspiración marxista— coexistía con las formas sucesivas que el pensamiento único capitalista ha conocido durante esta época; liberal nacionalista, keynesiano, neoliberal mundialista. Con la caída de la alternativa soviética desaparece el “pensamiento único” del socialismo realmente existente, dejando lugar a un esponjamiento de críticas radicales de obediencias diversas y de alcances desiguales, que todavía no se han cristalizado en proyectos alternativos coherentes, formulados en sistemas renovados de pensamiento crítico y suficientemente poderosos para constituir respuestas eficaces a los desafíos del mundo contemporáneo. El pensamiento único burgués del momento reina entonces universalmente, sin la división que lo apremiaba en la época del dualismo ideológico. No obstante, esta situación no es nueva: el pensamiento burgués dominante en las formas apropiadas a las exigencias de la expansión capitalista de 1800 a 1914 era igualmente, en buena medida, el pensamiento único universal de los momentos sucesivos de esta expansión.

El discurso dominante del capitalismo se despliega entonces en formas sucesivas, las cuales, más allá de la diversidad de las modalidades con las cuales se expresa, quedan organizadas alrededor de un núcleo incambiado de conceptos y de métodos fundamentales. Localizar la permanencia de este núcleo duro e identificar el alcance real de las modalidades sucesivas y variadas del discurso es también entender lo que es permanente en el capitalismo y lo que es específico a cada una de las fases de su expansión.

Así podremos situar los “pensamientos únicos” sucesivos en la historia de la sociedad capitalista.

La ideología propia al capitalismo es siempre economicista, y por ésto da un sitio dominante a lo que se transforma —en su discurso— en la teoría económica. Sin embargo este carácter (y la autonomía que la teoría económica adquiere por ende) no lo resume integralmente. Porque este discurso es también el producto de una filosofía social y política que fundamenta el concepto de libertad individual y define los marcos de la práctica de la democracia política moderna. Los caracteres y contradicciones de la teoría económica convencional derivan de esta posición ambigua que ocupa en el discurso holista del capitalismo. Esta teoría económica es efectivamente descuartizada entre dos posiciones extremas. En uno de sus polos ella trata de librarse de todas las dimensiones de la realidad social que constituyen la organización de las sociedades en naciones, la práctica de la política y la intervención del Estado, para construir una “economía pura” (es la calificación que se atribuye a ella misma) que obedece sólo a sus propias leyes e ignora toda otra consideración. Esta tendencia permanente en la teoría económica convencional busca entonces formular una teoría rigurosa —según sus propios criterios— del equilibrio general producido por el carácter autoregulator de los mercados. Pero en otro de sus polos la teoría económica escoge deliberadamente la opción de ponerse al servicio del poder realmente existente, para sacar de él acciones eficaces enmarcando el mercado y sosteniendo la posición de la nación en el sistema mundial. Ahora bien, este poder realmente existente no es rigurosamente idéntico

a él mismo a través del espacio. Decir que se trata allí del poder de la burguesía es totalmente insuficiente, incluso si esta proposición no es falsa. Este poder se ejerce a través de bloques sociales hegemónicos particulares a diferentes países y fases de la historia, e implica por ende políticas de Estado sosteniendo los compromisos sociales que definen estos bloques. La teoría económica está entonces formulada en los términos que convienen a estos objetivos, lejos de toda preocupación abstracta de la economía pura.

El pensamiento único se expresa generalmente en formulaciones sucesivas de este segundo tipo, mientras que la “economía pura” está relegada al rango de discurso académico sin alcance en la vida real. No obstante, en ciertos momentos excepcionales –de los cuales hay que entonces explicar las razones– el pensamiento único se aproxima a las proposiciones de la economía pura, o incluso se funde en ésta. Estamos actualmente en uno de estos períodos.

No voy a volver aquí sobre las razones por las cuales el discurso del capitalismo es economicista por naturaleza. Este carácter es el producto de una exigencia objetiva: el capitalismo solamente puede funcionar bajo esta condición; ella implica la inversión de la relación política/economía, la substitución de la sumisión del primer término al segundo, a la inversa de lo que caracteriza los sistemas sociales precapitalistas. Esta exigencia objetiva crea entonces el espacio para que se constituya una “ciencia económica”, la de las leyes (económicas) que gobiernan la reproducción de la sociedad capitalista, que aparece –y en ésto rompe con el pasado– gobernada por estas leyes. Esta inversión de posiciones de instancias (política y económica) en su relación mútua obligaba entonces necesariamente a formular una “teoría económica pura”.

Tampoco volveré sobre la historia de la constitución de esta teoría. Esta última se produce inmediatamente, en el momento en que – con la revolución industrial del comienzo del siglo XIX – el capitalismo toma su forma final. Ella se expresa primeramente bajo formas borrosas, que se reducen casi al elogio incondicional del “mercado” (Bastiat), en lo que Marx calificaría, evidentemente y por esta razón, como economía vulgar. Más tarde, el instrumento matemático será movilizado para formular la interdependencia de los mercados en la teoría del equilibrio general (Walras).

Mostrar que el capitalismo puede funcionar (funciona efectivamente) no es la única preocupación de esta teoría que constituye el núcleo duro inevitable del discurso del capitalismo. Hay que demostrar también que este funcionamiento racional responde a las expectativas de los individuos y, por ende, que el capitalismo es legítimo e incluso “eterno”. Es el «fin de la historia». Esta demostración implica entonces necesariamente el reestablecimiento de un vínculo entre la teoría económica y la filosofía social y política. El discurso se enriquece para transformarse entonces en el discurso holista del capitalismo, trascendiendo la base económica de la demostración.

La relación que vincula la teoría económica convencional a la filosofía social que la sostiene se despliega en numerosas dimensiones. Retendré dos de ellas aquí, las cuales son importantes para nuestro propósito: la teoría del valor y el concepto de libertad individual.

La opción en favor de un concepto fundamentando el valor en el trabajo social o en la apreciación individual y subjetiva de la utilidad deriva ella misma de la oposición entre dos conceptos de lo que es la realidad social. La segunda de estas opciones, que se ha cristalizado en una teoría de la economía pura sólo tardíamente, después de (y ampliamente en respuesta a) Marx, define la

sociedad como una colección de individuos, sin más. A pesar de su formulación cada vez más sofisticada, la tentativa de establecer sobre esta base los teoremas que permiten demostrar que el sistema funciona y se reproduce (el equilibrio general) y que es simultáneamente óptimo (procura la satisfacción máxima de los individuos) —y por este hecho racional y eterno— no me parece en absoluto haber logrado su meta. Pero ésto no es el objeto de nuestro tema aquí. Por lo contrario, la primera opción, porque se fundamenta en cantidades que pueden ser medidas, ha alimentado la serie de presentaciones sucesivas de la realidad capitalista analizadas en formas positivas, del equilibrio general de Walras, retomado y reformulado por Maurice Allais (en una tentativa de producir la síntesis interdependencia positiva de los mercados - valores subjetivos) del sistema de Sraffa (puramente positivista).

El espíritu positivista que anima los desarrollos de esta corriente de la teoría económica convencional establecía una comunicación posible entre el discurso del capitalismo y el de su crítica, o por lo menos de uno de los discursos posibles de la crítica del capitalismo como lo veremos más lejos.

No menos importante es la relación que la teoría económica pura —en todas sus modalidades— mantiene con la filosofía burguesa de la libertad individual. Encontramos aquí una filosofía que efectivamente ha sido producida por la burguesía para afirmarse en contra del Antiguo Régimen y —para fundamentar su sistema económico y social propio—, que seguramente no se resume en el solo concepto de libertad individual. Pero éste último ocupa, en la teoría económica, un sitio determinante. El Homo Oeconomicus es un individuo libre, que propone su trabajo o lo rehusa, innova o se abstiene, compra y vende. El ejercicio de esta libertad implica la organización de una sociedad fundamentada en el mercado generalizado, del trabajo, de la empresa, de los productos.

La lógica del principio implicaría que la realidad social produzca todas las condiciones y nada más que las condiciones para el ejercicio de esta libertad individual, es decir que arroje como irracional la asociación de estos individuos en comunidades (las naciones por ejemplo), el Estado histórico e inclusive la propiedad privada como vamos a verlo. Bajo estas condiciones todos los individuos que constituyen la población del Planeta podrían reencontrarse en mercados para negociar sus relaciones mutuas en una igualdad perfecta puesto que ninguno de ellos se beneficiaría del privilegio de ser propietario de un capital cualquiera. Un Estado —Administración— Banco, mundial por supuesto, situado por encima de estos individuos, tendría la carga de administrar este mercado generalizado. Los candidatos empresarios le propondrían sus proyectos, sometidos a adjudicación. El Estado-banco prestaría el capital a los beneficiarios de estas adjudicaciones. Otros individuos propondrían su trabajo a los empresarios, y todos los productos serían vendidos y comprados en mercados transparentes. Esta lógica llevada a su extremo límite asusta a los defensores del capitalismo y, por esta razón, es raramente propuesta (aunque Walras, como su sucesor Allais hayan iniciado una idea en este sentido). Por el contrario, ciertas corrientes del pensamiento social crítico del capitalismo se encontraron cómodas en esta lógica. Ellas han entonces concebido un mercado planificado así, perfecto, más perfecto que el del capitalismo realmente existente, y además perfectamente equitativo porque está basado en la igualdad de los ciudadanos (de un país o del mundo). Este socialismo —del cual Barone fué un precursor histórico— se parecía mucho al capitalismo, a un “capitalismo sin capitalistas (privados)” o más exactamente sin propietarios hereditarios del capital. Pero pertenece a estas reglas críticas que no ponen de nuevo en tela de juicio el economicismo inherente al capitalismo (la alienación economista inseparable del mercado). Esta corriente reencontraba igualmente los argumentos del análisis positivista del equilibrio general expresado en valores-trabajo. Los materiales estaban

disponibles para el concepto de lo que iba a convertirse en planificación socialista. Volveremos entonces a encontrar este tema más adelante.

El concepto burgués de la libertad individual retomado por la economía pura (capitalismo o incluso socialista) es el de un anarquismo de derecha, antiEstado, antiorganización (sindical entre otra), en principio igualmente anti-monopolio; es, por consiguiente, popular en los medios de la pequeña industria y, como se sabe, ha constituido uno de los componentes de los movimientos protofascistas y fascistas de los años 1920 de estas clases medias desconcertadas. Pero puede caer fácilmente en el estatismo - lo que fué el caso de los fascismos históricos-. Esta indecisión procede del hecho que la “economía pura” (y la “gestión de la sociedad por el mercado” que éste inspira) es una utopía. En efecto, está fundamentada en hipótesis que eliminan todas las dimensiones del capitalismo realmente existente, molestas para el despliegue de su retórica, entre otros: el Estado, la nación, las clases sociales, el sistema mundial, puesto que hace abstracción de la apropiación privativa de los medios de producción, de las formas de la competencia real (los oligopolos, etc) y de las reglas de acceso a la utilización de los recursos naturales. Pero la realidad eliminada en el discurso se venga y se impone en definitiva.

Detrás del discurso abstracto de la economía pura y del mercado se esconde un modelo real del mercado muy diferente, éste es primeramente dual: integrado en sus tres dimensiones (mercado de productos, del trabajo, del capital) a nivel de las formaciones nacionales, truncado y reducido a dos de sus tres dimensiones (mercado de productos y del capital) a nivel del sistema mundial. Esta dualidad se expresa entonces en el conflicto de las naciones en el seno del sistema mundial obligando la retórica del anarquismo de derecha a mezclarse a la del nacionalismo. Por otra parte la alienación economicista de la cual procede la utopía capitalista en cuestión conduce directamente a tratar los recursos naturales a su vez como objetos del intercambio mercantil, con todas las consecuencias que esta aminoración implicará.

Como el capitalismo puro no existe, como el capitalismo realmente existente no constituye una aproximación del capitalismo puro, porque es de una índole diferente, los teoremas propios a la economía pura no tienen sentido alguno y las reglas de conducta y proposiciones que se deducen son inaplicables. Nuestros ideólogos tienen entonces que aceptar que las naciones y los Estados en competencia existen, que la competencia es oligopólica, que la propiedad privada ordena la repartición del ingreso, etc. Prolongaremos entonces el discurso abstracto de economía pura con proposiciones de políticas económicas concretas que presentaremos generalmente como conformes a las exigencias de un óptimo de segundo rango (“second best”), mientras que no lo son en absoluto. Estas proposiciones son sencillamente la expresión de las exigencias de las políticas al servicio de los intereses cuya existencia de principio se ha negado: la nación, las clases dominantes, tal fracción de entre ellas, según las relaciones de fuerza particulares a tal país y tal fase de la historia capitalista.

Se entiende entonces que el pensamiento único burgués no asuma generalmente las formas extremas de la utopía capitalista, en las fronteras de lo absurdo. Este pensamiento único se expresa más fuertemente y más frecuentemente bajo formas realistas, apropiadas a situaciones concretas, combinando mercado, Estado y nación, compromisos sociales propios al funcionamiento de bloques hegemónicos.

No propondré aquí una historia de estas formas sucesivas del pensamiento único del capitalismo. Solamente recordaré algunos grandes rasgos, referentes al período moderno.

A fines del siglo XIX –a partir de 1880 aproximadamente– desde el momento en que se constituye el capitalismo de los monopolios (en el sentido que Hobson, Hilferding y Lenine le han dado) hasta 1945, el pensamiento único del capitalismo puede ser calificado de “liberalismo nacionalista de monopolios”. Por liberalismo entiendo la doble afirmación del papel preponderante de los mercados (mercados oligopólicos por supuesto) considerados, por una parte, como autoreguladores de la economía en el marco de las políticas de Estado apropiadas puestas en ejecución en la época, por otra parte, de la práctica de la democracia política burguesa. El nacionalismo modula este modelo liberal y da su legitimidad a las políticas de Estado que subtienden la competición en el sistema mundial. A su vez éstas se articulan sobre bloques hegemónicos locales que fortalecen el poder del capital dominante de los monopolios con la ayuda de diferentes alianzas con clases y capas medias y/o aristocráticas, y aíslan la clase obrera industrial. Se conocen estos modelos de regulación, como los de Inglaterra y de Alemania, fundamentados en la protección de los privilegios de la aristocracia o de la agricultura de los Junkers, o el de Francia, fundamentado en el sostén a la agricultura campesina y a las empresas familiares. De una manera general igualmente estas alianzas se completan y se fortalecen con los privilegios coloniales. La democracia electoral, asentada en esas alianzas, permite una negociación permanente flexible de las condiciones de su reproducción. El modelo, sin ser partidario del estatismo, se sitúa sin embargo en las antípodas del discurso anarquista de derecha antiEstado. El Estado está allí para asegurar la gestión del bloque hegemónico, enmarcar y organizar con este objetivo los mercados (sostener a los agricultores por ejemplo), administrar la competencia internacional (con el proteccionismo y la gestión monetaria). Su intervención activa en este sentido está considerada como perfectamente legítima, incluso necesaria. Un mundo separa entonces este pensamiento único de la época, de la utopía del capitalismo puro. Esta sobrevive replegada en el mundo de las universidades, donde, como siempre, acusa a la historia de tener la culpa porque ella no se conforma con la razón de la economía pura. Pero por esto no ejerce influencia alguna.

El pensamiento único liberal nacionalista de los monopolios entra en crisis cuando el sistema que subtiende entra él mismo en la crisis que se abre en 1914 (la competencia económica se había transformado en guerra mundial). Sitúo en este marco su desviación fascista de entre las dos guerras. El fascismo abandona el aspecto político democrático del sistema, pero no renuncia ni al nacionalismo (que al contrario exagera) ni a los compromisos sociales internos que fortalecen el poder de los monopolios. El pensamiento fascista forma parte entonces del pensamiento único dominante de toda una larga fase de la historia del capitalismo, aunque represente una expresión enferma.

El pensamiento único del liberalismo de esta época no se basa en una concepción anárquica de la libertad individual. Al contrario, se supone que ésta necesita el Estado de derecho, la legislación, para expandirse correctamente. Sin embargo su concepto de democracia queda muy limitado: los derechos del individuo son los que garantizan la igualdad jurídica formal, la libertad de expresión y hasta cierto punto de asociación. Pero nada más: lo que aparecerá más tarde como derechos sociales especiales necesarios para hacer realidad los derechos generales (tanto en el contra modelo del socialismo realmente existente a partir de 1917 como en el de la etapa ulterior del capitalismo después de 1945) está todavía en un estado apenas embrionario.

La crisis del pensamiento único liberal nacionalista se abre cuando la pretensión de la teoría económica que es la de asegurar el funcionamiento armonioso de la sociedad –está desmentida en los hechos–. Esta teoría económica, que se constituye en un corpus de conjunto integrado precisamente en ese momento de la historia (y de la cual Alfred Marshall es la expresión más

completa sin duda alguna), es un “discurso de armonías universales”. Ella pretende demostrar en efecto que los mercados (enmarcados por las políticas de Estado adecuadas) son autoreguladores (en el sentido de que por su funcionamiento ellos absorben los desequilibrios oferta-demanda). Pero ella no se contenta aquí con una demostración general y abstracta. Ella la especifica en todas las dimensiones de la realidad económica. Por ejemplo, ella desarrolla una teoría del ciclo y de la coyuntura que completa, concretándola, la teoría general del poder autoregulador de los mercados. Ella desarrolla paralelamente una teoría de las fluctuaciones de la balanza de pagos que asegura la automaticidad del equilibrio a nivel mundial. Ella completa el cuadro con su teoría de la gestión de la moneda, sometida a la obligación de sostener el potencial regulador de los mecanismos del mercado.

No obstante, a partir de 1914 precisamente, ninguna de estas promesas de armonía funciona ya. Sin embargo, este pensamiento único sigue imponiéndose e imponiendo sus recetas de entre las dos guerras: proteccionismos nacionales, monedas competidoras fuertes, reducción del gasto público y de los salarios en respuesta a la crisis etc. ¿Será por pura inercia intelectual? En mi opinión la respuesta a esta pregunta no debe ser buscar en esta dirección, la del debate de las teorías económicas, sino en el plano de la realidad de equilibrios sociales que subtienden las políticas de la época. Hasta en el New Deal rooseveltiano y en el Frente Popular francés de 1936, la clase obrera permanece débil y aislada. ¿Por qué el capital le haría concesiones en estas condiciones? En el debate de ideas, Keynes critica precisamente el proceso del pensamiento único de entre las dos guerras, demostrando que inspira políticas económicas que agravan la crisis. Sin embargo esta crítica queda sin tener impacto. Será necesario que con la segunda guerra mundial los equilibrios sociales se transformen en pro de las clases obreras y de los pueblos oprimidos para que su mensaje sea entendido, y se transforme en el eje del nuevo pensamiento único.

El análisis que he propuesto aquí explica, en mi opinión, por qué un nuevo pensamiento único va a substituir al del liberalismo nacionalista a partir de 1945, para dominar la escena mundial hasta 1980. La segunda guerra mundial, en efecto, ha modificado, a través de la derrota del fascismo, la relación de fuerzas en favor de las clases obreras en el Occidente desarrollado (estas clases adquieren una legitimidad y una posición que nunca habían tenido hasta ahora), de los pueblos de las colonias que se liberan, de los países del socialismo realmente existente (prefiero decir del sovietismo). Esta nueva relación está detrás de la triple construcción del Estado de bienestar (el Welfare State) sostenida por las políticas keynesianas nacionales, del Estado de desarrollo en el tercer mundo, del socialismo de Estado planificado. Calificaré entonces el pensamiento único de la época (1945-1980) de “social y nacional”, operando en el marco de una mundialización controlada.

Karl Polanyi es el primero en haber entendido la naturaleza y el alcance de la cristalización de este nuevo pensamiento, que se transformaría en pensamiento único de la postguerra. No volveré aquí sobre la crítica que él había dirigido al liberalismo de la etapa 1880-1945, responsable de la catástrofe. Atacando de frente al núcleo duro de la utopía capitalista, mostraba que el trabajo, la naturaleza y la moneda sólo pueden ser tratados como mercancías si se paga el precio de la alienación del ser humano y la de su degradación, de la destrucción sin piedad de los recursos del Planeta y de la negación de la relación poder de Estado-moneda en beneficio de la especulación financiera. Estos tres fundamentos de irracionalidad del liberalismo subirán de nuevo a la superficie a partir de 1980.

El pensamiento único dominante de 1945 a 1980 se había entonces construido en parte por lo menos sobre la crítica del liberalismo. Es por esta razón que lo he calificado como “social y nacional”. Omitiendo el término de liberalismo, subrayo aquí este hecho. El nuevo pensamiento único, llamado muchas veces “keynesiano” para simplificar, es por supuesto un pensamiento capitalista. Esa es la razón por la cual no rompe radicalmente con los dogmas fundadores principales del liberalismo pero los aprovecha solamente en parte. El trabajo queda tratado como una mercancía, pero la dureza de este tratamiento está atenuada por el triple principio de la negociación colectiva, del seguro social y del crecimiento del salario paralelamente al de la productividad. Los recursos naturales, por lo contrario, son objeto de un desperdicio sistemático agravado, consecuencia ineluctable de la absurda “depreciación del futuro” que define la racionalidad del cálculo económico corto (mientras que se necesita, al contrario, “valorizar el futuro”). La moneda, por lo contrario, está en lo sucesivo sometida a una gestión política tanto a nivel de los Estados como al del sistema mundial (Bretton Woods se traza el objetivo de asegurar la estabilidad de los cambios).

Los dos calificativos de social (y no socialista) y de nacional traducen bien, en mi opinión, lo esencial de las políticas puestas en ejecución durante el período y, por consiguiente, de los medios movilizados con este fin. La solidaridad - que se ha traducido por una notable estabilidad en la repartición del ingreso, por el pleno empleo y por el aumento continuo de los gastos sociales - fué ideada para ser realizada primero en el terreno nacional con políticas de intervencionismo sistemático del Estado (de allí su calificativo de política keynesiana o neokeynesiana). La reformulación de estas políticas en términos de “regulación” (fordista o welfarista) ha permitido precisar las razones de la legitimidad y de la eficacia de la intervención del Estado así concebida. Sin embargo este nacionalismo –seguro– no era exagerado. Porque se inscribía en una atmósfera general de regionalización (como lo atestigua la construcción europea) y de apertura mundial (Plan Marshall, expansión de las multinacionales, negociaciones colectivas Norte-Sur organizadas en el seno de las Naciones Unidas, en la CNUCED, en el GATT, etc.) aceptada, deseada incluso, pero controlada.

La analogía entre los objetivos fundamentales de estas prácticas del Welfare State, por una parte, y los de la modernización y de la industrialización de los países del Tercer Mundo que se volvieron independientes (que he llamado el proyecto de Bandung para Asia y Africa, paralelamente al “desarrollismo” de América Latina), por otra parte, permite calificar este pensamiento de dominante a escala de todo el sistema mundial fuera de la zona del soviétismo. Para los países del Tercer Mundo se trata igualmente de “recuperar” el atraso, por una inserción eficaz y controlada, en un sistema mundial en expansión.

Se entiende entonces que el pensamiento único de la fase 1945-1980 no haya sido solamente una “teoría económica” (la del keynesianismo y de la gestión macroeconómica nacional que se desprende de ella), sino también la expresión de un verdadero proyecto societario, capitalista seguramente, pero “social”. Y en este marco se entiende que se hayan hecho progresos substanciales en el campo de los derechos sociales específicamente destinados a concretar los derechos generales. El derecho al trabajo y los derechos del trabajo, el derecho a la educación y a la salud, la protección social, la constitución de fondos de pensiones y de jubilación, la revisión de las escalas de remuneraciones mejorando la suerte de las mujeres en el trabajo han sido siempre formulados como objetivos propios a la expansión y al desarrollo. Sin embargo, es evidente que las realizaciones efectivas en estos campos han sido desiguales y ampliamente dependientes de la potencia de los movimientos sociales.

Al término de los cuatro decenios de la postguerra, el modelo había agotado su potencial de expansión. Es esta evolución, paralela a la del agotamiento del contramodelo soviético, la que está en el origen de la crisis global del sistema, que se abre en 1980, y se acelera durante el decenio para concluir en 1990 con el desmoronamiento generalizado de los tres subsistemas constitutivos de la fase anterior (el Welfare State, el proyecto de Bandoung, el sistema soviético). Esta crisis –que se despliega en el terreno de la realidad– ha causado el hundimiento del pensamiento único “social y nacional” operando en el marco de una “mundialización controlada” de la fase de la postguerra. Este hundimiento no es, evidentemente, el producto de un debate que se hubiese situado en el terreno de la “teoría económica”, oponiendo a los “jóvenes” neoliberales (los alumnos de Von Hayek, los monetaristas de Chicago, etc.) a los “dinosaurios socialistas” como se quiere a veces dejar creer en la polémica que ocupa el primer plano de la escena.

El período nuevo que se abre con la caída de los modelos de expansión real de la fase anterior, que todavía no ha encontrado el tiempo de estabilizarse. Es la razón por la cual lo he analizado en término de “caos” (y no de nuevo orden, nacional y mundial), y he analizado sus prácticas en terminos de “gestion de la crisis” y no de nuevo modelo de expansión.

Esta observación acciona la calificación que propongo del nuevo pensamiento único, propulsado por la crisis. Este pensamiento que se presenta como “neoliberal mundializado” podría ser más precisamente calificado de “neoliberal no social, operando en una mundialización desenfrenada”.

Pero, por ésto, es irrealista, utópico y, por consiguiente, no se puede poner en práctica real y plenamente. Los dogmas que lo constituyen son demasiado conocidos para que se necesite recordarlos aquí (privatización, apertura, cambios flexibles, reducción de los gastos públicos, desregulación de los mercados). No son duraderos porque encierran el capitalismo en un estancamiento fatal, cierran todas las puertas que permitirían sobreponerse a la crisis y dejar paso a una nueva expansión. He dado por otra parte las razones de este juicio que comparto con Sweezy y Magdoff, es decir que la ley unilateral de la ganancia, si no choca con la resistencia de las fuerzas sociales antisistémicas que representan las aspiraciones de los trabajadores y de los pueblos, arrastra fatalmente un desequilibrio en pro de la oferta, estructuralmente superior a la demanda. En otras palabras, contrariamente al dogma seudoteórico de la utopía capitalista (de la teoría de la economía pura) los mercados no son autoreguladores; necesitan ser regulados para funcionar.

Las alternativas duras que el nuevo pensamiento único impone no son el producto de una desviación intelectual que asegura el triunfo de sus partidarios en el debate teórico. Son el producto de una nueva relación de fuerzas que favorecían en grado sumo al capital, ya que las clases trabajadores y las naciones de la periferia habían perdido progresivamente las posiciones de fuerza en las cuales ellas se encontraban al salir de la derrota del fascismo. Los modelos de desarrollo sobre los cuales se apoyaban están acabados, las fuerzas populares todavía no han tenido tiempo para recrystalizarse alrededor de nuevos proyectos societarios adecuados, aceptables para ellas y posibles. Este desequilibrio está en el origen de la financiación la cual he propuesto analizar más adelante.

Si estas alternativas duras dominan ampliamente el discurso retórico, en la realidad están puestas en ejecución de una manera que entran en contradicción, a veces flagrante, con los dogmas de los cuales proceden. La mundialización pregonizada queda trunca, e incluso lo es cada

vez más en detrimento del mercado del trabajo por las restricciones reforzadas a los flujos de migraciones; el discurso sobre las virtudes de la competencia esconde mal las prácticas de defensa sistemática de los monopolios (como vemos que se despliegan en el seno del GATT y de la nueva Organización Mundial del Comercio, OMC), mientras que la afirmación de la depreciación del futuro (fortalecida por la financiación) reduce a nada el alcance del discurso medio ambientista. Por fin, a pesar de la afirmación de principios antinacionalistas, las Potencias (y singularmente los Estados Unidos) hacen sin cesar la demostración de su fuerza en todos los campos, militar (guerra del Golfo) y económico (artículo 301 del código americano de comercio internacional, etc.).

Claro es que el nuevo pensamiento único y las políticas que él inspira combaten sistemáticamente los derechos específicos que beneficiaban a los trabajadores y las clases populares; ellos se proponen desmantelarlos. Por ésto, el discurso sobre la democracia que el nuevo pensamiento único despliega se vacía de toda realidad, se transforma en retórica hueca. De hecho se substituye a una democracia de ciudadanos organizados, la utopía de la anarquía de derecha. La realidad toma entonces su revancha con la emergencia de la afirmación de las singularidades comunitarias, étnicas y religiosas fundamentalistas, frente a un Estado desprovisto de eficacia y a un mercado desorganizador.

El pensamiento único contemporáneo no tiene porvenir. Síntoma de la crisis, no es la solución del problema sino parte de éste.

Frente al discurso del capitalismo del cual he querido recordar aquí los grandes rasgos a la vez en la expresión de su unidad y en la de sus mutaciones sucesivas, ¿podemos esperar ver recomponerse un discurso anticapitalista coherente y eficaz? No trataré de responder aquí a esta pregunta que sale de nuestro tema. Diré solamente que el discurso anticapitalista es verdaderamente radical cuando se ataca a los caracteres fundamentales permanentes del capitalismo, es decir, en primer lugar, a la alienación economicista. Allí estaba, en mi opinión, el sentido del proyecto de Marx.

Por otra parte, discursos parcialmente antisistémicos (anticapitalistas) han sido desarrollados en el curso de la historia real de los dos últimos siglos, los cuales han demostrado una eficacia segura, a pesar de sus límites. Sin ellos, ni la social democracia occidental, ni el socialismo de Estado del Este, ni el proyecto de liberalización nacional del Sur, hubiesen podido existir e imponer al capital dominante los compromisos históricos que los han obligado a ajustarse a las exigencias de los trabajadores y de los pueblos formuladas en estos tres discursos. El modelo alternativo soviético procedía de este tipo de crítica no radical del capitalismo y, por esta razón, ha producido en los hechos un “capitalismo sin capitalistas”. Pero aquí también, como siempre, esta evolución no ha sido el producto de una visión teórica particular (aunque fuera calificada de “desviación” con relación a la proposición de Marx), sino el producto de los desafíos reales que las sociedades confrontaban, de las relaciones de fuerza sociales reales que las caracterizaban. Como siempre, la realidad produce su teoría más bien que a la inversa.

CAPÍTULO II

Estrategias para la transición
en el reto de la mundialización

Capitalismo, imperialismo, mundialización¹

1. El discurso dominante impuso, desde hace dos décadas, el uso del término mundialización (a veces escrito en «franglés» «globalización») para designar de manera general a los fenómenos de interdependencia en escala mundial de las sociedades contemporáneas. Nunca se pone en relación el término con las lógicas de expansión del capitalismo, aún menos con las dimensiones imperialistas de su despliegue. Esa ausencia de precisión permite sobrentender que se trata aquí de una barrera infranqueable, independiente de la naturaleza de los sistemas sociales. La mundialización se impondría de la misma manera a todos los países, más allá de su opción inicial (capitalista o socialista) que funciona como una ley de la naturaleza, resultado del estrechamiento del espacio planetario. Me propongo demostrar que se trata aquí de un discurso ideológico que se destina a legitimar las estrategias del capital imperialista dominante en la fase actual y, por lo tanto, que se pueden tomar en consideración constantes objetivas de la mundialización en la perspectiva de políticas distintas de las que se presentan como sin alternativa posible, cuyos contenidos y efectos sociales serían entonces ellos mismos completamente diferentes.

La forma de la mundialización depende entonces, en definitiva, como (todo) el resto, de la lucha de clases. De hecho, la mundialización no es un fenómeno nuevo y no cabe duda que la interacción de las sociedades es tan antigua como la historia de la humanidad. Por lo menos desde hace dos milenios las «rutas de la seda» vehiculizaron no sólo mercancías sino también favorecieron transferencias de conocimientos científicos, técnicos y de creencias religiosas, las cuales transformaron, por lo menos en parte, la evolución de todas las áreas del mundo antiguo: asiático, africano y europeo. Sin embargo, los mecanismos de estas interacciones y su meta eran muy distintos de lo que fueron después en los tiempos modernos, es decir, los del capitalismo. No se puede separar la mundialización de la lógica de los sistemas que sostienen el despliegue. Los sistemas sociales anteriores al capitalismo, que nombré en otros escritos como ‘tributarios’, se basaban en lógicas de sumisión de la vida económica a los imperativos de reproducción del orden político-ideológico, en oposición a la lógica del capitalismo que invirtió los términos (mientras en los sistemas antiguos el poder es fuente de riqueza, en el capitalismo, la riqueza funda el poder, mencioné con respecto a este tema). Esta caracterización del contraste entre los sistemas sociales antiguos y modernos provoca una gran diferencia entre los mecanismos y los efectos de la mundialización en los tiempos antiguos y los caracterizados al capitalismo.

La mundialización de los tiempos antiguos ofrecía realmente oportunidades para las regiones menos avanzadas de alcanzar a las demás. Según los casos, estas oportunidades fueron aprovechadas o no. Pero eso dependía exclusivamente de las determinaciones internas de esas mismas sociedades, en particular de las reacciones de sus sistemas políticos, ideológicos y culturales, ante los desalijos que representaban las regiones más avanzadas. La historia de Europa, área periférica y atrasada hasta muy tarde en la Edad Media, en comparación a los centros del sistema tributario (China, India y el mundo islámico), es el ejemplo más característico del éxito sobresaliente de este orden. Sin embargo, Europa recupera el atraso en un tiempo muy corto, entre los años 1200 y 1500, afirmándose a partir del Renacimiento como un centro de nuevo tipo, con potencialidad de ser más poderoso y más generador de nuevas evoluciones

1 Texto publicado en Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre Autor/a: José Seoane y Emilio Taddei (Comps.). CLACSO, Buenos Aires.2001

decisivas que todos sus antecesores. Consideré que esa ventaja provenía de una flexibilidad muy grande del sistema feudal europeo, en particular porque constituía una forma periférica del mundo tributario.

2. Por el contrario, la mundialización de los tiempos modernos, asociada al capitalismo, es polarizante por naturaleza. Con eso quiero decir que la lógica de expansión mundial del capitalismo produce en sí misma una desigualdad creciente entre los socios del sistema. Significa que esta forma de mundialización no deja siquiera la oportunidad de despegue, que hubiera podido ser aprovechada o no en función de las condiciones internas de los mismos socios. Los retrasos implican siempre la aplicación de políticas voluntaristas. Éstas entran en conflicto con las lógicas unilaterales de la expansión del capitalismo, y de esa manera las podemos calificar como políticas antisistémicas de desconexión. Este término que propuse no es sinónimo de autarquía y de intentos absurdos de «salir de la historia». Desconectar es adaptar las relaciones con el exterior a las exigencias prioritarias de su propio desarrollo interno. Entonces este concepto es antinómico al otro pregonado que pide «ajustarse» a las tendencias dominantes a nivel mundial, porque para los más débiles resulta de este ajuste un agravamiento de su periferización. Desconectar significa transformarse en un agente activo que contribuye a modelar la mundialización, forzándola a ajustarse a las exigencias del desarrollo propio de su sociedad.

3. La polarización que resulta de la mundialización se presentó con formas asociadas a las características principales de las fases de la expansión capitalista, que se expresan en formas adecuadas a la ley del valor mundializado. Son, por una parte, la articulación de las leyes del mercado truncado (debido a la persistencia de la fragmentación del mercado del trabajo) y, por otra parte, las políticas de Estado dominantes, que se asignan la tarea de organizar el mercado truncado con reglas adaptadas que producen esas mismas formas. Separar lo político de lo económico no tiene sentido en este caso. No existe capitalismo sin Estado capitalista excepto en la imaginación de los ideólogos de la economía burguesa. Esas formas políticas adecuadas vinculan los modos de dominación social internos, específicos a las sociedades del sistema, con los modos de inserción en el sistema mundial, o como formaciones dominantes (centros) o como formaciones dominadas (periféricas).

Durante la fase mercantilista (1500-1800) que precede a la revolución industrial -y que por esta razón se puede considerar como una transición del feudalismo hacia el capitalismo acabado-, la monarquía absolutista del Antiguo Régimen estuvo basada en el compromiso social feudalismo/burguesía mercantilista y en políticas de establecimiento de las primeras formas de polarización: la protección militar y naval de los monopolios del gran mercado, la conquista de las Américas y su conformación en periferias del sistema de la época (que se especializan en producciones particulares útiles para la acumulación del capital mercantil) y el trato negrero que la acompaña. Una segunda fase de la mundialización capitalista basada en el contraste centros industrializados/periferias, a quienes se rehusa la industrialización, se desarrolla desde la revolución industrial hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial (1800-1950). Este contraste que presenta una nueva forma de la ley del valor mundializado no es el resultado natural de las «ventajas comparativas» invocadas por la economía burguesa. Está aplicado sistemáticamente a recursos que abarcan tanto dimensiones económicas (el «libre comercio» impuesto a los socios de la nueva periferia en formación), como dimensiones políticas (las alianzas con las clases dominantes tradicionales de la nueva periferia, su inserción en los sistemas de «compradores», la intervención de las cañoneras y luego la conquista colonial). Esas formas de mundialización se articulan con sistemas políticos específicos de los centros industriales, que provienen o de las revoluciones

burguesas (Inglaterra, Francia, Estados Unidos), o de las unificaciones nacionales que juegan el mismo papel en la constitución de los mercados nacionales adaptados (Alemania, Italia), o también de las modernizaciones de los «déspotas iluminados» (Rusia, Austria, Hungría, Japón). La diversidad de las alianzas sociales hegemónicas específicas a esas formas no han de esconder su denominador común: todas esas formas tienen el objetivo de aislar a la clase obrera. También determinan las formas y los límites de la democracia burguesa de esa época.

Este sistema complejo marca una evolución, destacada ante todo por el paso hacia la dominación de los monopolios en la economía industrial y financiera de los centros -a partir del fin del siglo XIX y, a partir de 1917, por la desconexión de la URSS-, la acentuación de los conflictos intercentros (interimperialistas) y la aceleración de la colonización de las periferias -una de las apuestas más importantes de esa competencia reforzada- caracterizan la de aquel entonces. En paralelo a esta evolución, aparecen nuevas formas políticas que asocian al sistema -por lo menos en parte- a los representantes políticos de la clase obrera de los centros, aunque estos sistemas de «socialimperialismo» se quedan en estado de embrión en ese momento. Hasta el *New Deal* de Roosevelt y el Frente Popular francés, a final de los años 1930, los bloques hegemónicos siempre fueron antiobreros.

La Segunda Guerra Mundial trastocó las condiciones que encabezan la expansión capitalista polarizante de este siglo y medio de historia moderna. La caída del fascismo modificaba radicalmente las correlaciones sociales de fuerzas, en favor de las clases obreras, que consiguieron posiciones en los centros que nunca antes conocieron en el capitalismo; en favor de los pueblos de la periferia cuyos movimientos de liberación reconquistaron la independencia política de su nación, y en favor del modelo soviético del socialismo, nombrado como realmente existente, que aparece como la manera más eficaz del proyecto de desconexión y de aceleramiento. Al mismo tiempo, la afirmación de la prepotencia de los Estados Unidos sobre todos los centros capitalistas modificaba las condiciones de competencia interimperialista.

En otro momento propuse una lectura del medio siglo de la postguerra (1945-1990) basada en esa articulación nueva entre, por una parte, los sistemas político-sociales de las tres entidades que forman el mundo de aquel entonces y, por otra parte de las formas de mundialización que la acompañan. A nivel de la organización interna de las sociedades concernientes se destaca: 1. el gran consenso social capital-trabajo que caracteriza los centros antiguos (el *Welfare State*, las políticas keynesianas, etc.); 2. los modelos nacionalistas populistas modernizantes del Tercer Mundo; 3. el modelo soviético del socialismo (prefiero decir «del capitalismo sin capitalistas»). Por lo tanto, la mundialización característica de esta tercera fase de la historia moderna es negociada (por los Estados), delimitada y controlada por los consensos que esas negociaciones garantizan. Ya no es el capital de los centros dominantes que dicta de modo unilateral las condiciones de la mundialización, como ocurre en las fases anteriores. Es lo que explica por qué el discurso del «desarrollo» y las prácticas de desconexión antisistémicas más o menos radicales, que se enfrentan con las lógicas unilaterales de despliegue capitalista, son dominantes en esta fase.

Ahora esta misma fase terminó con la erosión y el derrumbe de los tres modelos de sociedad que la fundaban (las grietas del *Welfare State* en el Occidente, la desaparición de los sistemas soviéticos, la recompradorización de las periferias del Sur), y la vuelta a las correlaciones de fuerza favorables para el capital dominante. Volveré más tarde sobre las nuevas formas de alternativas a la mundialización que aparecen en este contexto y los conflictos que surgen de ellas.

En este análisis, el acento que pongo sobre la polarización resultante de la expansión mundial del capitalismo es de primer orden. Sin embargo, esta característica permanente de la mundialización es completamente ignorada por la ideología burguesa dominante, que sigue afirmando todavía que la mundialización da una «chance», que las sociedades pueden o no aprovechar, en función de factores que les conciernen a ellos mismos. Pero lo que aparece más grave a mi juicio es que el pensamiento socialista (incluyendo el del marxismo histórico) participó, por lo menos en parte, de la ilusión del progreso posible en el marco del capitalismo. La teoría de la mundialización capitalista que propongo, cuyos ejes principales son presentados anteriormente, la planteo como sinónimo de imperialismo. El imperialismo no es entonces una etapa, ni siquiera suprema, del capitalismo; constituye una característica permanente de él.

4. Los discursos de la ideología dominante de las últimas fases del capitalismo formulan sus propios conceptos de mundialización. El término mundialización reemplaza en este caso a la palabra imperialismo, prohibida en esos discursos. De 1880 a 1945, este discurso es liberal, nacional e imperialista (en el sentido leninista de la palabra). Liberal, en el sentido que se basa en la afirmación de antemano, de que los mercados son autoreguladores, aunque de hecho las políticas de Estado controlen su funcionamiento para ponerlos a disposición de las alianzas sociales dominantes (protegiendo la agricultura de los pequeños campesinos para asegurarse su apoyo electoral en contra de la clase obrera, por ejemplo). Nacional, en el sentido que la reproducción del mercado nacional autocentrado se convierte en el centro de las políticas de Estado, en su dimensión interior y exterior. Imperialista, en el sentido que en la época de los monopolios transformados en dominantes, esas políticas sufren la competencia internacional que las convierte en conflictos violentos entre Estados.

Sin embargo, si el discurso dominante admite muy bien esas dos primeras características que legitima al asociarlas a la democracia parlamentaria, no reconoce por otra parte su característica imperialista nunca mencionada. Por otro lado, el mismo término mundialización es desconocido, o más bien sumido en el oprobio como «cosmopolitismo antipatriótico». Este discurso comporta un nacionalismo chauvinista que tiene la función de solidarizar a la mayor parte, para no decir la totalidad de los ciudadanos, con el Estado de los monopolios. Entonces, la mundialización, cuyos términos de hecho fueron determinados por la colonización y el desprecio de los países no europeos, es la que domina el escenario. Pero nadie habla de eso, sino muy poco. La ruptura provocada en 1917 con la proclamación de un objetivo de sociedad socialista es rechazada: se trata de una aberración irracional y salvaje.

En la post Segunda Guerra Mundial el discurso dominante se transforma radicalmente; se califica como social y nacional, que actúa en una mundialización controlada. Utiliza social en el sentido que está construido específicamente en la base de consensos sociales históricos que «integran» (o que se proponen integrar, lo que logran en buena parte) a las clases obreras en el centro, a las clases populares en el este y en el sur. Social no es sinónimo de socialista, aunque se use el calificativo en este sentido varias veces para nombrar los proyectos societarios ya mencionados. Nacional, en el sentido que los compromisos son definidos en el marco de los Estados políticos y aplicados por políticas sistemáticas de los poderes públicos nacionales. El término mundialización se inserta en las formas de este discurso, aunque sea la exclusividad del «mundo libre», excluyendo a los países comunistas proclamados como «totalitarios». Se legitima esta mundialización con consideraciones casi naturales muy cerca de las que se encuentran en el discurso contemporáneo: el estrechamiento del planeta. Sin embargo, su aspecto imperialista se aparta de la forma colonial anterior, que fue derrotada por las victorias del movimiento de liberación de los pueblos de

la periferia. Desaparece también el conflicto entre los imperialistas. Se acepta e incluso se reivindica el alineamiento detrás de los EE.UU. —convertido en un tipo de super imperialismo— en nombre de la defensa común contra el comunismo. Hasta la unidad europea no pone en tela de juicio esta jerarquía mundial; acepta articular con la OTAN. El capitalismo mundializado de la posguerra mundial se distingue de dos maneras. La primera, porque está funcionando sobre la base de correlaciones sociales, lo que da un espacio al trabajo que no tiene que ver con la lógica propia del capitalismo, sino al contrario; expresa un compromiso entre esta lógica y las lógicas populares y nacionales antisistémicas. El crecimiento de los salarios en paralelo al aumento de la productividad, el pleno empleo, la seguridad social, el cargo de la industrialización por el Estado, la redistribución del ingreso por los impuestos, sin hablar de las grandes reformas agrarias o las colectivizaciones, no se relacionan con la lógica del máximo beneficio que ordena el modo de producción capitalista, sino que expresan las ambiciones de proyectos societarios populares y nacionales. Este compromiso entre lógicas societarias conflictivas obliga al capital a adaptarse a las reivindicaciones de los trabajadores y de los pueblos. Paradójicamente, fue eso lo que permitió a esa fase tener un crecimiento fuerte, sin comparación, en escala mundial. El modelo está en el extremo del que está propuesto e impuesto hoy en día. Este último se basa en la lógica exclusiva del capital, y en la pretensión de que los trabajadores y los pueblos son quienes tienen que ajustarse, lo que en última consecuencia encierra a la economía en el estancamiento.

Como complemento lógico de estos compromisos sociales, la mundialización que acompaña este modelo queda bajo el control de los Estados que lo garantizan. Entonces, el período se presenta como una disminución de los efectos polarizantes de la lógica unilateral de la expansión capitalista; disminución que revelan los ritmos elevados de la industrialización de los países del este y del sur. Los modelos societarios que habían impuesto los mismos compromisos alcanzaron sus límites históricos por el hecho de su propio éxito. Perdieron el aliento sin haber creado las condiciones que hubieran permitido a las fuerzas populares y democráticas dar un paso más adelante. Aunque los temas fundaban su legitimidad (el *Welfare State* y el progreso material permanente, la construcción del socialismo, la afirmación de las naciones modernizadas del Tercer Mundo) aparecieron como unas ilusiones. Por lo tanto, existían condiciones para permitir una nueva ofensiva masiva del capital que tratara de imponer su lógica unilateral. Después del rechazo del proyecto del «nuevo orden económico internacional» que proponían los países del Tercer Mundo en 1975 (un proyecto de rejuvenecimiento de la mundialización controlada que hubiera permitido salir con el crecimiento general) por los países del OCDE, se plantea la recompradorización del Tercer Mundo. Se detecta en los programas de «ajuste estructural», que son en realidad programas de desmantelamiento de las conquistas del nacionalismo populista de las décadas anteriores. Una vez que Thatcher y Reagan proclamaron su deseo de desmantelar el *Welfare State* a partir de 1980, seguido poco después por los países del OCDE, el neoliberalismo se convirtió en la ideología dominante. Y para cerrar, la caída de los sistemas soviéticos de Europa y de la URSS al fin de la década del 80 abrió el espacio para la reconquista de esas sociedades por un capitalismo salvaje, muy de moda hoy en día.

5. La lógica unilateral del capital, reestablecida, encuentra su expresión en la aplicación de políticas idénticas por todas partes: tasas de interés altas, reducción de los gastos públicos, desmantelamiento de las políticas de pleno empleo, y prosecución sistemática de un objetivo de restablecimiento del desempleo, alivio fiscal en favor de los ricos, desregulamiento, privatizaciones, etc. Este conjunto de medidas es el reflejo del retorno de los bloques hegemónicos antiobreros, antipopulares. Esta lógica sirve sólo para el beneficio del capital dominante y en particular de sus segmentos más poderosos —que son los mundializados también—: el capital financiero. La «financierización» constituye una

de las características más importantes del sistema actual, tanto en sus dimensiones nacionales como en su dimensión mundial. Ahí, esta lógica exclusiva del capital significa la supresión de los controles de transferencia de todo tipo, que sean para la inversión o para acumulación especulativa, y la adopción del principio de cambio libre y fluctuante.

El restablecimiento de la ley unilateral del capital no abre una nueva fase de expansión. Al contrario, encierra en un espiral de estancamiento la búsqueda de la máxima ganancia. Si no tropieza con obstáculos sociales potentes, provoca casi de manera fatal el agravamiento de las desigualdades en la distribución del ingreso (es la ley de pauperización de Marx). Ésta se observa realmente en todos los países asociados del sistema actual del Oeste, del Este y del Sur, así como en el plano internacional. Esa desigualdad produce a su vez crisis, es decir una superproducción creciente de capitales que no encuentra salidas en la expansión del sistema productivo. Los poderes establecidos se dedican exclusivamente a la administración de esta crisis, son incapaces de resolverla. Detrás del discurso neoliberal mundializado, se esconden políticas completamente coherentes de superación de la crisis, que tienen por único objetivo crear salidas financieras a la superproducción de capitales, para evitar lo más temido: la desvalorización masiva. La financierización es la marca de esta administración tanto en el plano nacional como mundial. Las tasas de intereses altas, los cambios fluctuantes y la libertad de cambios especulativos, las privatizaciones, y también el déficit de la balanza de pagos de los Estados Unidos, la deuda externa de los países del Sur tienen esas funciones.

Debemos situar el discurso sobre la mundialización en el marco de la administración de la crisis. Se añaden a las dimensiones económicas estas estrategias políticas complementarias, que califica como medios de gestión de la crisis. El objetivo actual de esas políticas es el desmantelamiento de las capacidades de resistencia que podrían representar los Estados, de tal manera que se haga imposible la constitución de fuerzas sociales populares eficaces. En este sentido se utiliza el etnicismo, para legitimar el estallido de los Estados. Cuantas más Eslovenia y Chechenia posibles, tal es el objetivo desarrollado aquí con mucho cinismo, escondido detrás de un discurso pseudo-democrático de reconocimiento de los «derechos de los pueblos!» Se movilizan otros recursos que pueden ser el aliento de fundamentalismos religiosos, hasta las múltiples manipulaciones de la opinión. De hecho, constatamos que las intervenciones en favor de la «democracia» y de los derechos humanos están sometidas a los objetivos estratégicos de los poderes imperialistas. «Dos pesos, dos medidas» sirve aquí como regla. De manera general, esas políticas quitan todo el contenido de las aspiraciones democráticas de los pueblos y preparan la administración del caos, a lo que llamo una «democracia de baja intensidad», que se acompaña de intervenciones -incluidas militares de «baja intensidad»- incentivando las guerras civiles.

6. Ni la utopía reaccionaria de la mundialización desbocada y del neoliberalismo generalizado, ni las prácticas de la gestión política del caos (y no de cualquier orden mundial nuevo) que esa utopía arrastra, son sostenibles. Para atenuar los efectos destructores y contener el peligro de expresión violentas, los sistemas de poder intentan entonces ordenar un mínimo el caos. Las regionalizaciones concebidas en este ámbito tienen este objetivo, cuando unen las diferentes regiones de las periferias a cada uno de los tres centros dominantes. El NAFTA somete a todo México (y en perspectiva a toda América Latina) a la locomotora norteamericana; con la asociación ACP-CEE los países africanos se someten igualmente a la Europa Comunitaria y la nueva ASEAN podría facilitar la instalación de una zona de dominación japonesa en Asia del Sureste. La misma unidad europea está en la tormenta de la reorganización neo-imperialista, asociada al despliegue de la utopía neoliberal. La sumisión del proyecto europeo

a los imperialistas neoliberales, expresada en el tratado de Maastricht con la prioridad dada a la creación de una moneda común (el euro), cuya gestión justamente se basa en los principios neoliberales, dejando de lado la progresión de un proyecto político y social común progresista, debilita el propio proyecto europeo, y lo debilitará cada vez más, cuando se desarrollen los movimientos sociales de protesta y de rechazo de las políticas neoliberales en práctica. Por lo tanto, las contradicciones del sistema de la mundialización actual son gigantescas, y destinadas a agravarse, tanto por la resistencia de los pueblos –en el centro y en la periferia– como por la acentuación de las diferencias en el bloque imperialista dominante, que el desarrollo de esas resistencias reforzará. Se encuentra la principal contradicción en el contraste destacado que opone a las dos nuevas mitades del sistema mundial. Así constatamos que todo el continente americano, la Europa del Oeste y su anexo africano, los países de Europa Oriental y de la ex-URSS, el Medio Oriente y Japón, padecen todas las crisis que provienen de la aplicación del proyecto neoliberal mundializado. Al contrario, Asia del Este, China, Corea, Taiwán, Asia del Sureste, escapan en gran parte del proceso, justamente porque en realidad los poderes que los gobiernan rehusan someterse a los imperativos de la mundialización desbocada que impuso su marco en otro lado. India se ubica a mitad de camino entre este «oeste» y este «este» nuevos. Esa opción asiática –cuya discusión sobre las raíces históricas nos llevaría fuera de tema– explica el origen del éxito de la región, que tiene una aceleración de su crecimiento económico cuando el resto del mundo se estanca. Estados Unidos desarrolla toda su estrategia con el deseo de romper esa autonomía que Asia del Este conquistó en sus relaciones con el sistema mundial. Por lo tanto se afanan en continuar el proyecto de dismantelar China, que podría ver cristalizarse alrededor de ella paulatinamente la región completa de Asia del Este. Apuestan en este caso a la dependencia de Japón, que necesita el apoyo de Washington para no sólo enfrentar a China, sino también a Corea e incluso a Asia del Sureste. Para lograr este objetivo, proponen reemplazar la regionalización informal de Asia del Este que existe, por una región Asia-Pacífico (el APEC).

Europa se presenta como una segunda región destinada a padecer turbulencias previsible. La terquedad neoliberal de las clases dirigentes de la Unión Europea y la protesta progresiva previsible de las clases populares amenazan el porvenir de su proyecto. Pero este proyecto también es amenazado por el caos en el Este. Porque la lógica a corto plazo del neoliberalismo llevó a Europa del Este y a los países de la ex-URSS a la solución de «latinoamericanización» de la zona. Pero esta periferización pesa en favor de una evolución global hacia una «Europa alemana». A medio plazo, esta opción favorece la permanencia de la hegemonía americana a nivel mundial; Alemania y Japón deciden por su lado quedarse en el camino de Washington. Pero, a largo plazo, tiene el riesgo de despertar las rivalidades intraeuropeas adormecidas.

En las otras áreas del mundo, la suerte no está echada. En América Latina, el NAFTA coincide, sin que sea un azar, con la rebelión de Chiapas en México. Y el proyecto de extensión del modelo propuesto por el NAFTA a todo el continente, ya se enfrenta a una crítica de la opción en favor de la mundialización desbocada, en las capitales del sur del continente. Aunque en su origen el proyecto MERCOSUR (Brasil, Argentina, Uruguay, extendido a Chile, Paraguay y Bolivia), fue concebido en una perspectiva neoliberal sin crítica, nada nos permite decir que no va a evolucionar hacia una autonomización –aunque relativa– de la región.

Hasta ahora la gestión de las contradicciones de la mundialización dio una nueva oportunidad a la permanencia de la hegemonía americana. El «menos Estado» significa «menos Estado en todas partes, a excepción de Estados Unidos que, con el doble monopolio del dólar y la potencia de la intervención militar, apoyado por Alemania y Japón, que se presentan como los brillantes

segundos, conserva su posición hegemónica a nivel general; frente a Asia del Este, a la que Washington trata de privar de alianzas posibles con Europa y Rusia.

7. El porvenir del sistema mundial, así como las formas de la mundialización en las cuales se expresarán las correlaciones de fuerza y las lógicas que determinarán la estabilidad eventual son, en gran parte, desconocidas. En la medida en que todo puede ser imaginado, esa incertidumbre permite –para quien lo quiere– dejarse llevar por el juego gratis de los «guiones». En contraparte, me propongo concluir el análisis de la mundialización expuesta aquí con el examen de unas tendencias de la evolución de acuerdo con la lógica interna del capitalismo y, por último, de los objetivos antisistémicos que las luchas populares podrían darse en las condiciones del mundo contemporáneo. En otros escritos sugerí que las tendencias de la evolución del capitalismo contemporáneo se articulaban con el reforzamiento de lo que llamé los «monopolios», que modelan la mundialización polarizante del imperialismo contemporáneo: 1) el monopolio de las nuevas tecnologías, 2) el monopolio del control del flujo financiero en escala mundial, 3) el control del acceso a los recursos naturales del planeta, 4) el control de los medios de comunicación y 5) el monopolio de las armas de destrucción masiva. De la acción conjunta, complementaria y también a veces conflictiva del gran capital de las multinacionales industriales y financieras y de los Estados a su servicio (lo que explica la importancia de los monopolios de naturaleza no económica citados aquí) surge la actividad de los monopolios. El conjunto de esos monopolios definen nuevas formas de la ley del valor mundializado, que permiten una centralización en beneficio de este gran capital de ganancias y superganancias proviniendo de la explotación de los trabajadores, una explotación diferenciada basada en la segmentación del mercado del trabajo. Esa nueva etapa de despliegue de la ley del valor mundializada no permite entonces el despegue por la industrialización de las periferias dinámicas. Pero crea una nueva división internacional desigual del trabajo en la cual las actividades de producción localizadas en las periferias subalternizadas, tienen la función de subsidiarias del capital dominante (un sistema que recuerda el «*putting out*» del capitalismo primitivo).

Se puede imaginar sin problemas el cuadro de una mundialización futura en adecuación a esta forma de la ley del valor. Los centros dominantes tradicionales mantendrían sus ventajas, reproduciendo las jerarquías que ya aparecen: los Estados Unidos conservarían la hegemonía mundial (con sus posiciones dominantes en la investigación-desarrollo, el monopolio del dólar y la gestión militar del sistema), acompañado por los segundos (Japón con su contribución a la investigación-desarrollo, Gran Bretaña como socio financiero, Alemania con su control sobre Europa). Las periferias activas de Asia del Este, de Europa Oriental y de Rusia, India y América Latina constituirían las áreas periféricas principales del sistema; mientras África y los mundos árabe e islámico, marginalizados, serían dejados a sus propias convulsiones, que no amenazan nada más que a ellos mismos. Incluso en los centros, la intensificación de las actividades determinadas por los cinco monopolios citados implicaría la gestión de una sociedad «con dos velocidades» como ya se suele decir: es decir, marginalizar partes importantes de la población con la miseria, los subempleos y el paro. Esta mundialización, que se ve a través de las opciones elegidas y que el neoliberalismo intenta legitimar presentándola como «una transición hacia la felicidad universal», no es inevitable. Al contrario, la fragilidad del modelo es obvia. Para garantizar su estabilidad se supone que los pueblos van a aceptar siempre las condiciones inhumanas que se les da, o que sus rebeldías permanecerán esporádicas, aisladas entre ellas, alimentándose de ilusiones (étnicas, religiosas, etc.) y entrando en un callejón sin salida. Por supuesto la gestión política del sistema, reuniendo la movilización de los medios de comunicación, con los recursos militares, intentará perpetuar esa situación, que todavía domina

la escena hoy en día. En oposición a eso, las estrategias para contestar de manera eficaz al desafío de esa mundialización imperialista tendrían que poner como objetivo la reducción de la potencia de los cinco monopolios, y definir a partir de eso las nuevas opciones de desconexión. Sin hablar de manera específica de esas estrategias, que sólo pueden ser concretas y basadas en la movilización real de las fuerzas políticas y sociales populares y democráticas, distintas en función de cada país, podemos enumerar los grandes principios que permitirían a las luchas populares antisistémicas organizarse.

La primera exigencia es la constitución de frentes populares y democráticos antimonopolios (antimperialista/anticomprador), sin lo cual ningún cambio sería posible. Revertir las correlaciones de fuerza en favor de las clases trabajadoras y populares constituye la primera condición para derrotar a las estrategias del capital dominante. Los frentes no sólo tienen que definir objetivos económicos y sociales por etapas realistas, así como la manera de cumplirlos, sino también considerar la necesidad de poner en tela de juicio las jerarquías en el sistema mundial. No tienen que subestimar la importancia de las dimensiones nacionales. En este sentido se trata de un concepto progresista de la nación y del nacionalismo, lejos de las formulaciones oscurantistas, etnicistas, religiosas fundamentalistas y chauvinistas que se presentan primero y que las estrategias del capital apoyan. Este nacionalismo progresista no subestima la cooperación regional. Por el contrario, podría incitar a la constitución de grandes áreas, como condición para luchar con eficacia contra los cinco monopolios ya mencionados. Se tratará de modelos de regionalización muy diferentes de los que promueven los poderes dominantes. Éstos están concebidos como correas de transmisión de la mundialización imperialista. Al nivel de América Latina, África, el mundo árabe, Asia del Sureste, junto a los países-continentes (China, India) y también Europa (del Atlántico hasta Vladivostock), la integración que se basa en alianzas sociales populares y democráticas, imponiendo al capital adaptarse a sus exigencias, forma lo que llamo el proyecto de un mundo policéntrico auténtico, otro modo de mundialización. Dentro de este marco podríamos imaginar las modalidades «técnicas» de organización de las interdependencias intra e interregionales, tanto a nivel de los «mercados» de capitales (cuyos objetivos serían incitar a comprometerse en la expansión de los sistemas productivos) como al nivel de los sistemas monetarios o los acuerdos de comercio. Todos estos programas reemplazarían las ambiciones de democratización de las sociedades nacionales y de la organización mundial. Por lo tanto, desde la perspectiva de la larga transición del capitalismo mundial hacia el socialismo mundial, los considero como una etapa de esa transición.

Geopolítica del imperialismo contemporáneo¹

EL ANÁLISIS que propongo está inscrito en una visión histórica general de la expansión del capitalismo, que no voy a desarrollar aquí por razones de espacio². En esta visión, el capitalismo ha sido siempre, desde sus orígenes, un sistema polarizante por naturaleza, es decir, imperialista. Esta polarización –es decir, la construcción concomitante de centros dominantes y periferias dominadas y su reproducción más profunda en cada etapa– es propia del proceso de acumulación del capital operante a escala mundial, fundado sobre lo que he llamado “la ley del valor mundializada”.

En esta teoría de la expansión mundial del capitalismo, las transformaciones cualitativas de los sistemas de acumulación entre una fase y otra de su historia construyen las formas sucesivas de la polarización asimétrica centros/periferias, es decir, del imperialismo concreto. El sistema mundial contemporáneo seguirá siendo, en consecuencia, imperialista (polarizante) para cualquier futuro posible, en tanto la lógica fundamental de su despliegue siga estando dominada por las relaciones de producción capitalistas. Esta teoría asocia al imperialismo con el proceso de acumulación del capital a escala mundial, hecho que considero como una sola realidad con diferentes dimensiones, de hecho indisolubles. Se diferencia de la versión vulgarizada de la teoría leninista del “imperialismo como fase superior del capitalismo” (como si las fases anteriores de la expansión mundializada del capitalismo no hubieran sido polarizantes) y de las teorías postmodernistas contemporáneas que califican a la nueva mundialización como “post imperialista”³.

Del conflicto permanente de los imperialismos al imperialismo colectivo

En su despliegue mundializado el imperialismo se conjugó siempre en plural, desde sus orígenes en el siglo XIX hasta 1945. El conflicto entre los imperialismos ocupó un lugar decisivo en la transformación del mundo a través de la lucha de clases, según la cual se expresan las contradicciones fundamentales del capitalismo. Luchas sociales y conflictos entre imperialismos se articulaban estrechamente y esta articulación es la que ha comandado la historia del capitalismo realmente existente. Señalo en este sentido que el análisis propuesto se separa ampliamente del de la “sucesión de hegemonías”.

La Segunda Guerra Mundial provocó una transformación mayor en lo concerniente a las formas del imperialismo: la sustitución de un imperialismo colectivo, asociando al conjunto de los centros del sistema mundial capitalista (para simplificar, la “tríada”: Estados Unidos y su provincia

-
- 1 Epílogo al libro *Guerra global, Resistencia Mundial y Alternativas* (2003), de Wim Dierckxsens y Carlos Tablada.
 - 2 Sugiero consultar los siguientes títulos de mi autoría: *Clase y nación en la historia y la crisis contemporánea*, capítulos VI y VIII (1979); *El eurocentrismo*, capítulo IV (1988); *Más allá del capitalismo senil por un siglo XXI no americano* (2001).
 - 3 Para la crítica del post-modernismo y la tesis de Negri, consultar los siguientes trabajos de mi autoría: “Crítica de la moda”, capítulo VI, en Harmattan (1997); *El tiempo de las cerezas* (2003[a]) y *El virus liberal*, página 20 y siguientes (2003[b]).

exterior canadiense, Europa Occidental y central y Japón) a la multiplicidad de imperialismos en conflicto permanente. Esta nueva forma de la expansión imperialista pasó por diferentes fases en su desarrollo, pero está aún presente. El rol hegemónico eventual de Estados Unidos, del cual habrá que precisar sus bases y las formas de su articulación con el nuevo imperialismo colectivo, debe ser situado en esta perspectiva. Estas cuestiones subrayan problemas, que son precisamente los que desearía tratar a continuación.

Los Estados Unidos obtuvieron un beneficio gigantesco una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial: sus principales combatientes –Europa, Unión Soviética, China y Japón– quedaron arruinados y Norteamérica en condiciones para ejercer su hegemonía económica, ya que concentraban más de la mitad de la producción industrial del mundo de entonces y tenían la exclusividad de las nuevas tecnologías que dirigirían el desarrollo de la segunda mitad del siglo. Además, Estados Unidos tenía la exclusividad del arma nuclear –la nueva arma “absoluta”. En Postdam el tono norteamericano cambió; días después de los bombardeos a Hiroshima y Nagasaki, Estados Unidos ya contaba con armamento nuclear.

Esta doble ventaja absoluta –económica y tecnológica– resultó erosionada en un tiempo relativamente breve (dos décadas) por la doble recuperación: económica para Europa capitalista y Japón, militar para la Unión Soviética. Recordaremos entonces cómo este repliegue relativo de la potencia norteamericana alimentó a toda una época en que floreció el discurso sobre el “declive americano” e incluso crecieron hegemonías alternativas (Europa, Japón y, más tarde, China).

El gaullismo es de esta etapa. De Gaulle consideraba que el objetivo de Estados Unidos después de 1945 había sido el control de todo el Viejo Mundo (“Eurasia”), y que Washington había logrado hacer avanzar sus peones destruyendo a Europa –a la Europa verdadera, del Atlántico a los Urales, es decir, incluyendo a la “Rusia Soviética” como él decía– agitando el espectro de una “agresión” de Moscú en la cual él no creía. Sus análisis eran, según mi punto de vista, realistas y perfectos. Pero él era casi el único que decía esto. La contra-estrategia que proponía frente al “atlantismo” promovido por Washington estaba fundada en la reconciliación franco-alemana, como base para concebir la construcción de una “Europa no americana” con el cuidado de mantener a Gran Bretaña fuera del proyecto, ya que estaba tildada, a justo título, de ser el Caballo de Troya del atlantismo. Europa entonces podría abrirse hacia una reconciliación con Rusia (soviética). Reconciliar y aproximar a los tres grandes pueblos europeos –franceses, alemanes y rusos– pondría un término definitivo al proyecto norteamericano de dominación del mundo. El conflicto interno propio del proyecto europeo puede reducirse a la opción entre dos alternativas: la Europa atlántica, proyecto norteamericano, o la Europa (integrando en esta perspectiva a Rusia) no atlántica. Pero este conflicto aún no está resuelto. Las evoluciones ulteriores –el fin del gaullismo, la admisión de Gran Bretaña en Europa, el crecimiento del Este, el derrumbe soviético– han favorecido hasta el presente lo que califico como la “supresión del proyecto europeo” y su “doble disolución en la mundialización económica neoliberal y en la alineación política y militar con Washington” (Amin, 2000). Esta evolución reconforta, además, la solidez del carácter colectivo del imperialismo de la triada.

¿Se trata de una transformación cualitativa “definitiva” (no coyuntural)? ¿Implicará forzosamente un “liderazgo” de Estados Unidos de una u otra manera? Antes de intentar responder a estas preguntas es necesario explicar con más precisión en qué consiste el proyecto de Estados Unidos.

El proyecto de la clase dirigente de Estados Unidos

La iniciativa de extender la doctrina Monroe a todo el planeta, en toda su demencial e incluso criminal desmesura, no nació de la cabeza del Presidente Bush hijo, para ser puesta en práctica por una junta de extrema derecha que logró el poder por una suerte de golpe de Estado como consecuencia de elecciones dudosas. Este es el proyecto que la clase dirigente de Estados Unidos concibe después de 1945 y del cual nunca se ha separado, a pesar de que, con toda evidencia, su puesta en marcha ha conocido algunas vicisitudes. A punto de fracasar, sólo pudo ser llevado a cabo con la coherencia y la violencia necesarias en ciertos momentos coyunturales como el nuestro, consecuencia del derrumbe de la Unión Soviética.

El proyecto le ha dado siempre un papel decisivo a su dimensión militar. Concebido en Postdam, tal y como argumenté anteriormente, este proyecto se fundó sobre el monopolio nuclear. Muy rápidamente Estados Unidos puso en marcha una estrategia militar global, repartiendo el planeta en regiones y delegando la responsabilidad del control de cada una de ellas a un *US Military Command*. Vuelvo aquí a recordar lo que escribí antes del derrumbe de la Rusia soviética acerca de la posición prioritaria que ocupaba el Medio Oriente en esta visión estratégica global (Amin y otros, 1992). El objetivo no era solamente “encerrar en un círculo a la URSS” (y a China) sino también disponer de los medios que harían de Washington el dueño absoluto de todas las regiones del planeta. Dicho de otra manera, extender a todo el planeta la Doctrina Monroe, que efectivamente otorgaba a Estados Unidos el “derecho” exclusivo sobre el Nuevo Mundo conforme a los que ellos definían como sus “intereses nacionales”. De esta manera, “la soberanía de los intereses nacionales de Estados Unidos” era colocada por encima de todos los otros principios que enmarcan a los comportamientos políticos considerados como medios “legítimos”, desarrollando una desconfianza sistemática frente a todo derecho supranacional. Ciertamente, los imperialistas del pasado no se habían comportado tampoco de manera diferente y aquellos que busquen atenuar las responsabilidades –y los comportamientos criminales– de la dirigencia de Estados Unidos en el momento actual, buscando “excusas”⁴, deben considerar el mismo argumento –el de los antecedentes históricos indiscutibles.

Hubiéramos deseado ver cambiar la historia tal como parecía suceder después de 1945. El conflicto entre los imperialismos y el desprecio del derecho internacional, dados los horrores que las potencias fascistas provocaron durante la Segunda Guerra Mundial, fueron los elementos que condujeron a que la ONU fuera fundada sobre un nuevo principio que proclamaba el carácter ilegítimo de las guerras. Estados Unidos, podríamos decir, no hizo suyo este principio, sino que además ha sobrepasado ampliamente a sus precoces iniciadores. Al día siguiente de la Primera Guerra Mundial, Wilson preconizaba volver a fundar la política internacional en principios diferentes a los que, después del tratado de Westfalia (1648), le habían dado la soberanía a los Estados monárquicos y luego a las naciones más o menos democráticas, dado que ese carácter absoluto estaba cuestionado por el desastre hacia el cual había conducido a la civilización moderna. Poco importa que las vicisitudes de la política interior de Estados Unidos hayan pospuesto la puesta en marcha de estos principios, ya que por ejemplo Franklin D. Roosevelt, e incluso su sucesor Henry S. Truman, tuvieron un desempeño decisivo en la definición del nuevo concepto de multilateralismo y en la condena a las guerras que lo acompañaban, base de la Carta de las Naciones Unidas.

4 Como por ejemplo Gérard Chaliand y Arnaud Blin, *America is back*, Bayard (2003).

Esta bella iniciativa –sostenida por los pueblos del mundo entero en aquel entonces– que representaba efectivamente un salto cualitativo hacia el progreso de la civilización, nunca contó con la convicción ni con el apoyo de las clases dirigentes de Estados Unidos. Las autoridades de Washington siempre se sintieron mal dentro de la ONU y hoy proclaman brutalmente lo que estuvieron obligadas a esconder hasta este momento: ellas no aceptan siquiera el concepto de un derecho internacional superior a lo que consideran ser las exigencias de la defensa de “sus intereses nacionales”. No creo que sea aceptable encontrar excusas ante este retorno a la visión que los nazis habían desarrollado en su momento al exigir la destrucción del SDN. Predicar a favor del derecho, con tanto talento y elegancia como lo hizo Dominique de Villepin ante el Consejo de Seguridad, lamentablemente sólo es una “mirada nostálgica hacia el pasado” en vez de constituir un recordatorio sobre lo que debe ser el futuro. Estados Unidos, en esa ocasión, defendió un pasado que creíamos sobrepasado definitivamente.

En la inmediata postguerra el liderazgo norteamericano no solamente fue aceptado, sino solicitado por las burguesías de Europa y de Japón. Porque aunque la realidad de una amenaza de “invasión soviética” sólo podía convencer a los débiles de espíritu, su invocación redituaba tanto a la derecha como a los socialdemócratas, con sus primos adversarios comunistas. Era posible creer que el carácter colectivo del nuevo imperialismo sólo se debió a este factor político, y que una vez que Europa y Japón recuperaran su desarrollo buscarían desembarazarse de la tutela molesta e inútil de Washington. Pero éste no fue el caso. ¿Por qué?

Mi explicación requiere remontarse al crecimiento de los movimientos de liberación nacional en Asia y en Africa –la era de Bandung 1955-1975 (Amin, 1989)– y el apoyo que la Unión Soviética y China les dieron (cada uno a su manera). El imperialismo se vio entonces obligado a actuar, no solamente aceptando la coexistencia pacífica con un área vasta que se les escapaba ampliamente (“el mundo socialista”), sino también negociando los términos de la participación de los países de Asia y de Africa en el sistema mundial imperialista. La alineación del colectivo de la tríada bajo el liderazgo norteamericano parecía un hecho inútil para poder dominar las relaciones Norte-Sur de la época. Esta es la razón por la cual los No-Alineados se encontraron confrontados frente a un “bloque occidental” prácticamente sin fallas.

El derrumbe de la Unión Soviética y el desvanecimiento de los regímenes nacional-populistas nacidos de las luchas de liberación nacional posibilitaron, evidentemente, que el proyecto de Estados Unidos se desplegara con vigor, sobre todo en el Medio Oriente, pero también en Africa y América Latina. El gobierno económico del mundo sobre la base de principios del neoliberalismo, puesto en práctica por el Grupo de los 7 y las instituciones a su servicio (OMC, Banco Mundial y FMI) y los planes de reajuste estructurales impuestos al Tercer Mundo, son la expresión de esto. En el plano político, podemos constatar que en un primer momento europeos y japoneses aceptaron alinearse con el proyecto de Estados Unidos, durante las guerras del Golfo (1991) y después en la de Yugoslavia y Asia Central (2002), aceptando marginar a la ONU en beneficio de la OTAN. Este primer momento no ha sido aún superado, aunque algunos signos indican un posible fin a partir de la guerra de Irak (2003[a] y [b]).

La clase dirigente norteamericana proclama sin reticencia alguna que no “tolerará” la reconstitución de ninguna potencia económica o militar capaz de cuestionar su monopolio de dominación del planeta y se adjudica, con esta finalidad, el derecho de conducir “guerras preventivas”. Tres adversarios potenciales se vislumbran.

En primer lugar Rusia, cuyo desmembramiento constituye el objetivo estratégico mayor para Estados Unidos. La clase dirigente rusa no parece haber comprendido esto hasta el momento. Antes bien, parece haberse convencido de que después de haber “perdido la guerra” ella podría “ganar la paz”, tal y como les sucedió a Alemania y a Japón. Olvida que Washington tenía la necesidad de ayudar a estos dos adversarios de la Segunda Guerra Mundial, precisamente para hacerle frente al desafío soviético. La nueva coyuntura es diferente, Estados Unidos no tiene competencia seria. Su opción es entonces destruir definitiva y completamente al adversario ruso derrotado. ¿Putin lo habrá comprendido y comienza Rusia a salir de sus ilusiones?

En segundo lugar China, cuya masa y éxito económico inquietan a Estados Unidos, cuyo objetivo estratégico es desmembrar a este gran país (Amin, 1996: capítulo VII). Europa está en tercer lugar dentro de esta visión global que tienen los nuevos dueños del mundo. Pero con este caso la dirigencia norteamericana no parece inquieta, al menos hasta el momento. El atlantismo incondicional de los unos (Gran Bretaña y los nuevos poderes serviles del Estado), las “arenas movedizas del proyecto europeo” (punto sobre el cual regresaré) y los intereses convergentes del capital dominante del imperialismo colectivo de la tríada, contribuyen al desvanecimiento del proyecto europeo, mantenido en su estatus de “modo europeo del proyecto de Estados Unidos”. La diplomacia de Washington ha logrado mantener a Alemania en su sitio y la reunificación y la conquista de Europa del Este han, aparentemente, reforzado esta alianza: Alemania se ha envalentonado y retoma su tradición de “expansión hacia el Este”. El papel de Berlín en el desmembramiento de Yugoslavia dado el reconocimiento de la independencia de Eslovenia y Croacia fue una expresión de esto (Amin, 1994) y, por el resto, ha sido invitada a navegar en la silla de Washington. Sin embargo, la clase política alemana parece vacilante y puede estar dividida en cuanto a sus opciones estratégicas. La alternativa de un renovado alineamiento atlántico tiene como contrapartida un reforzamiento del eje París-Berlín-Moscú, el cual se convertiría en el pilar más sólido de un sistema europeo independiente de Washington.

Podemos regresar entonces a nuestra cuestión central: naturaleza y solidaridad eventual del imperialismo colectivo de la tríada y las contradicciones y debilidades de su liderazgo por parte de Estados Unidos.

El imperialismo colectivo de la tríada y la hegemonía de Estados Unidos

El mundo de hoy es militarmente unipolar. Simultáneamente parecen dibujarse fracturas entre Estados Unidos y ciertos países europeos, en lo que concierne a la gestión política de un sistema mundializado, alineado –en una primera instancia– en su conjunto bajo los principios del liberalismo. ¿Estas fracturas son solamente coyunturales y de alcance limitado o anuncian cambios duraderos? Habría que analizar en toda su complejidad las lógicas que comandan el despliegue de la nueva fase del imperialismo colectivo (las relaciones Norte-Sur en un lenguaje corriente) y los objetivos propios del proyecto de Estados Unidos. En este espíritu es que abordaré sucinta y sucesivamente cinco series de cuestiones.

1. La naturaleza de las evoluciones que contribuyen a la constitución del nuevo imperialismo colectivo

Sugiero en este apartado que la formación del nuevo imperialismo colectivo tiene su origen en la transformación de las condiciones de la competencia. Hace algunas décadas, las grandes firmas libraban sus batallas competitivas por lo general en los mercados nacionales, se tratase de

Estados Unidos (mayor mercado nacional del mundo) o de los Estados europeos (a pesar de su talla modesta). Los vencedores de los *matches* nacionales podían situarse en buenas posiciones en el mercado mundial. En la actualidad, la talla del mercado necesario para llegar hasta el primer ciclo de los *matches* es cercana a los 500/600 millones de “consumidores potenciales”. Y son aquellos que logran este mercado quienes se imponen en sus terrenos nacionales respectivos. La mundialización profunda es el primer marco de actividad de las grandes firmas. Dicho de otra manera, en la pareja nacional/mundial los términos de la causalidad se invirtieron: antes la potencia nacional comandaba la presencia mundial, hoy es al revés. De esta manera, las firmas trasnacionales, sea cual sea su nacionalidad, tienen intereses comunes en la gestión del mercado mundial. Estos intereses se superponen a los conflictos permanentes y mercantiles que definen a todas las formas de competencia propias del capitalismo, sean cuales sean.

La solidaridad de los segmentos dominantes del capital trasnacional con todos los integrantes de la tríada es real, y se expresa en su afiliación al neoliberalismo globalizado. Dentro de esta perspectiva Estados Unidos está considerado el defensor (militar si fuera necesario) de sus “intereses comunes”. Eso no quiere decir que Washington entienda que debe “compartir equitativamente” los provechos de su liderazgo. Estados Unidos se empeña, por el contrario, en avasallar a sus aliados y sólo está dispuesto a consentirles a sus subalternos de la tríada concesiones menores. Este conflicto de intereses del capital dominante ¿llegará hasta el punto de entrañar una ruptura con la alianza atlántica? No es imposible, pero es poco probable.

2. *El lugar de Estados Unidos en la economía mundial*

La opinión general es que el potencial militar de Estados Unidos sólo constituye la punta del iceberg que extiende su superioridad en todos los dominios: económico, político y cultural. La sumisión ante la hegemonía estadounidense será entonces algo inevitable. Considero, por el contrario, que en el sistema de imperialismo colectivo Estados Unidos no tienen ventajas económicas decisivas, ya que su sistema productivo está lejos de ser el “más eficiente del mundo”, ya que casi ninguno de sus segmentos le ganaría a sus competidores en un mercado verdaderamente abierto como el que imaginan los economistas liberales. Testimonio de ello es el agravamiento de su déficit comercial. Prácticamente en todos los segmentos del sistema productivo, incluso en los bienes de alta tecnología, los beneficios han cedido su lugar a un déficit. La competencia entre Ariane y los cohetes de la Nasa y entre Airbus y Boeing da cuenta de la vulnerabilidad de la ventaja americana. Frente a Europa y a Japón en las producciones de alta tecnología, a China, Corea y otros países industrializados de Asia y América Latina en lo que respecta a productos manufacturados banales, y frente a Europa y al Cono Sur en cuanto a la agricultura, Estados Unidos no ganaría la competencia si no recurriera a medios “extra económicos” que violan los propios principios del liberalismo impuestos a sus competidores.

Estados Unidos sólo tiene ventajas comparativas establecidas en el sector armamentista, precisamente porque éste escapa ampliamente a las reglas del mercado y se beneficia con el apoyo estatal. Sin dudas, esta ventaja trae algunas otras para la esfera civil (Internet es el ejemplo más conocido) pero es igualmente la causa de serias distorsiones que constituyen *handicaps* para muchos sectores productivos.

La economía norteamericana vive como parásito en detrimento de sus socios en el sistema mundial. “Estados Unidos depende para el diez por ciento de su consumo industrial de bienes cuya importación no está cubierta por exportaciones de productos nacionales” (Todd, 2002). El mundo

produce, Estados Unidos (cuyo ahorro nacional es prácticamente nulo) consume. “La ventaja” de Estados Unidos es la de un depredador cuyo déficit está cubierto con el aporte de los otros, con su consentimiento o a la fuerza. Los medios puestos en práctica por Washington para compensar sus deficiencias son de naturaleza diversa: violaciones unilaterales repetidas de los principios del liberalismo, exportaciones de armas y búsqueda de rentas petroleras (que suponen el acuerdo de sus productores, uno de los motivos reales de las guerras de Asia central y de Irak). Lo esencial del déficit norteamericano está cubierto por los aportes en capitales que provienen de Europa y Japón, del Sur (países petroleros ricos y clases compradoras de todos los países del Tercer Mundo, incluyendo a los más pobres), a lo cual podríamos añadir la punción ejercida en nombre del servicio de la deuda impuesta a la casi totalidad de los países de la periferia del sistema mundial.

El crecimiento de los años Clinton, vanagloriado como el producto de un “liberalismo” al cual Europa se resistió desgraciadamente, es ficticio y no generalizable, porque reposó en transferencias de capital que implicaron la afectación de sus socios. En todos los segmentos del sistema productivo real, el crecimiento de Estados Unidos no ha sido mejor que el de Europa. El “milagro norteamericano” se alimentó exclusivamente del crecimiento de los gastos producidos por el agravamiento de las desigualdades sociales (servicios financieros y personales: legiones de abogados y de policías privados, etc.). En este sentido, el liberalismo de Clinton preparó bien las condiciones que permitieron el despegue reaccionario y la victoria ulterior de Bush hijo.

Las causas que originaron el debilitamiento del sistema productivo de Estados Unidos son complejas y estructurales. La mediocridad de los sistemas de enseñanza general y de formación, y el prejuicio tenaz que favorece sistemáticamente al servicio privado en detrimento del servicio público, cuentan entre las principales razones de la profunda crisis que atraviesa la sociedad norteamericana.

Debería entonces extrañarnos que los europeos, lejos de sacar estas conclusiones que se imponen al constatar la insuficiencia de la economía de Estados Unidos, se esfuerzen en imitarlos. El virus liberal tampoco explica todo, aunque tenga algunas funciones útiles para el sistema, como la de paralizar a la izquierda. La privatización a ultranza y el desmantelamiento de los servicios públicos sólo conseguirán reducir las ventajas comparativas de las cuales se beneficia aún la “Vieja Europa”, como la califica Bush. Pero sean cuales sean los daños que ocasionarán a largo plazo, estas medidas ofrecen al capital dominante, que vive en el corto término, la ocasión de provechos suplementarios.

3. Los objetivos propios del proyecto estadounidense

La estrategia hegemónica de Estados Unidos se sitúa en el marco de un nuevo imperialismo colectivo. Los economistas (convencionales) no disponen de herramientas analíticas que les permitan comprender toda la importancia del primero de estos objetivos. ¿No los oímos repetir hasta el cansancio que en la “nueva economía” las materias primas que brinda el Tercer Mundo perderán su importancia y, en consecuencia, será éste cada vez más marginal en el sistema mundial? En contraposición a este discurso ingenuo y vano, el *Mein Kampf* de la nueva administración de Washington⁵ confiesa que Estados Unidos se considera con derecho a apropiarse de todos los recursos naturales del planeta para satisfacer prioritariamente a sus consumidores. La carrera por las materias primas (petróleo, agua y otros recursos) ya se nos presenta con toda su virulencia. Especialmente en los casos de recursos en vías de extinción, no

5 Me refiero a La Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos, anunciada en 2002.

solamente por el cáncer exponencial provocado por el derroche del consumo occidental, sino también por el desarrollo de la nueva industrialización de las periferias.

Por otra parte, un respetable número de países del Sur están llamados a convertirse en productores industriales cada vez más importantes, tanto en sus mercados internos como en el mercado mundial. Importadores de tecnologías, de capitales, pero también competidores en la exportación, ellos estarán presentes en los equilibrios mundiales con un peso creciente. No se trata solamente de algunos países de Asia del este (como Corea), sino de la inmensa China y, mañana, de la India y de los grandes países de América Latina. Ahora bien, lejos de ser éste un factor de estabilidad, la aceleración de la expansión capitalista en el Sur sólo podrá ser la causa de conflictos violentos, internos e internacionales. Porque esta expansión no puede absorber, en las condiciones de la periferia, a la enorme fuerza de trabajo que se encuentra allí concentrada. En este sentido, las periferias del sistema son “zonas de tempestad”. Los centros del sistema capitalista tienen necesidad de ejercer su dominación en las periferias y de someter a sus pueblos a la disciplina feroz que exige la satisfacción de sus prioridades.

En esta perspectiva, la dirigencia norteamericana ha comprendido perfectamente que, para conservar su hegemonía, dispone de tres ventajas decisivas sobre sus competidores europeos y japoneses: el control de los recursos naturales del globo terráqueo, el monopolio militar y el peso que tiene la “cultura anglosajona” a través de la cual se expresa preferentemente la dominación ideológica del capitalismo. La puesta en práctica sistemática de estas tres ventajas aclara muchos aspectos de la política de Estados Unidos, sobre todo los esfuerzos sistemáticos que Washington realiza por el control militar del Medio Oriente petrolero, su estrategia ofensiva frente a Corea –aprovechándose de la “crisis financiera” del país– y frente a China, y el sutil juego que busca perpetuar las divisiones en Europa –movilizando con esta finalidad a su aliado incondicional británico– e impidiendo un acercamiento serio entre la Unión Europea y Rusia. En el plano del control global de los recursos del planeta, Estados Unidos dispone de ventajas decisivas sobre Europa y Japón. No solamente porque son la única potencia militar mundial, hecho por el cual ninguna intervención fuerte en el Tercer Mundo puede ser conducida sin ellos, sino porque Europa (ex URSS excluida) y Japón están desprovistos de los recursos esenciales para la sobrevivencia de sus economías. Por ejemplo, su dependencia en el dominio energético será considerable durante largo tiempo, incluso aunque decrezca en términos relativos. Tomando –militarmente– el control de esta región con la guerra de Irak, Estados Unidos ha demostrado que es perfectamente consciente de la utilidad de este medio de presión frente a sus aliados-competidores. Anteriormente, el poder soviético había comprendido esta vulnerabilidad de Europa y de Japón y ciertas intervenciones soviéticas en el Tercer Mundo habían tenido el objetivo de recordarlo, de manera de llevarlos a negociar en otro terreno. Evidentemente, las deficiencias mencionadas podrían haberse compensado mediante un serio acercamiento Europa-Rusia (la “casa común” de Gorbachov). Esta es la razón por la cual el peligro de esta construcción en Eurasia fue vivido por Washington como una pesadilla.

4. Los conflictos que enfrentan a Estados Unidos con sus socios de la tríada

Aunque los socios de la tríada comparten intereses comunes en la gestión mundial del imperialismo colectivo en sus relaciones con el Sur, ellos tienen también una relación conflictiva potencialmente seria.

La superpotencia americana vive gracias a los flujos de capitales que alimentan el parasitismo de su economía y de su sociedad. La vulnerabilidad de Estados Unidos constituye, en ese sentido, una seria amenaza para el proyecto de Washington.

Europa –en particular– y el resto del mundo –en general– deberán escoger entre una de las dos opciones estratégicas siguientes: utilizar el “excedente” de los capitales (“de ahorro”) de que disponen para financiar el déficit de Estados Unidos (de consumo, inversiones y gastos militares), o conservar e invertir en ellos estos excedentes.

Los economistas convencionales ignoran el problema, en base a una hipótesis (carente de sentido) según la cual la “mundialización” suprimirá a las naciones y las grandezas económicas (ahorro e inversiones) no podrán ser administradas a nivel internacional. Se trata de un razonamiento tautológico que implica en sus propias premisas las conclusiones a las cuales queremos llegar: justificar y aceptar el financiamiento del déficit de Estados Unidos por parte de los otros porque, a nivel mundial, ¡encontraremos la igualdad entre ahorro e inversiones! ¿Por qué tal ineptitud es aceptada? Sin dudas, los equipos “de sabios economistas” que existen en las clases políticas europeas (y otras, como las rusas y las chinas) de derecha y de la izquierda electoral son las propias víctimas de la alienación economicista que llamo el “virus liberal”. Más aún, a través de esta opinión se expresa el juicio político del gran capital transnacional, el cual considera que las ventajas procuradas por la gestión del sistema mundializado por Estados Unidos por cuenta del imperialismo colectivo están por encima de sus inconvenientes: el tributo a pagar a Washington para asegurarse la permanencia. Porque se trata de un tributo y no de un negocio de buena rentabilidad garantizada. Hay países calificados como “países pobres endeudados” que están obligados a asegurar el servicio de su deuda a cualquier precio. Pero hay también “países potentes endeudados” que tienen todos los medios que les permitirían desvalorizar su deuda si lo consideraran necesario.

La otra opción para Europa (y el resto del mundo) consistiría en poner fin a la transfusión a favor de Estados Unidos. Los excedentes podrían ser entonces utilizados en los lugares de origen y relanzar las economías. Porque la transfusión exige la sumisión de los europeos a las políticas “desinflacionarias” (término impropio del lenguaje de la economía convencional y que sustituiría por “sentenciarías”) para poder sacar un excedente de ahorro exportable. Ello hace retardar los avances de Europa, siempre mediocres, de los sostenidos artificialmente de Estados Unidos. En sentido inverso, la movilización de este excedente para empleos locales en Europa permitiría relanzar simultáneamente el consumo (a través de la reconstrucción de la dimensión social de la gestión económica devastada por el virus liberal), la inversión –en particular en las nuevas tecnologías (y financiar sus investigaciones)–, e incluso los gastos militares (poniéndole término a las “ventajas” norteamericanas en este dominio). La opción a favor de esta respuesta ante el desafío implica un re-equilibrio de las relaciones sociales a favor de las clases trabajadoras. Conflictos entre naciones y luchas sociales se articulan de esta manera. En otras palabras, el contraste Estados Unidos/Europa no opone fundamentalmente los intereses de los segmentos dominantes del capital de los diferentes socios sino que es resultado, ante todo, de las diferencias en las respectivas culturas políticas.

5. Los problemas teóricos que sugieren las reflexiones precedentes

La complicidad/competencia entre los socios del imperialismo colectivo por el control del Sur (saqueo de sus recursos naturales y sumisión de sus pueblos) puede ser analizada a partir de diversos ángulos y visiones diferentes. En este sentido, tres observaciones me parecen esenciales.

Primera observación: el sistema mundial contemporáneo, que califico como imperialista colectivo, no es “menos” imperialista que los precedentes. El no es un “Imperio” de naturaleza

“postcapitalista”. Propongo, en consecuencia, una crítica a las formulaciones ideológicas del “disfraz” que alimenta este discurso dominante “a la moda”⁶.

Segunda observación: merece hacerse una lectura de la historia del capitalismo, mundializado desde sus orígenes, anclada en la distinción entre las diferentes fases del imperialismo (relaciones centros/periferias). Existen, por supuesto, otras lecturas de esta misma historia, sobre todo las que se articulan alrededor de la “sucesión de hegemonías” (Amin, 1996: capítulo III). Personalmente tengo algunas reservas con respecto a esta última. De entrada y en lo esencial, porque ella es “occidentalocéntrica”, en el sentido en que considera que las transformaciones que se operan en el corazón del sistema, en sus centros, comandan de manera decisiva –y casi exclusiva– la evolución global del sistema. Creo que las reacciones de los pueblos de las periferias ante el despliegue imperialista no deben ser subestimadas porque ellas provocaron la independencia de América, las grandes revoluciones hechas en nombre del socialismo (Rusia y China), la reconquista de la independencia de los países asiáticos y africanos, y porque además no creo que podamos rendir cuentas de la historia del capitalismo mundial sin tener en cuenta los “ajustes” que estas transformaciones le han impuesto al propio capitalismo central. La historia del imperialismo me parece que ha sido construida más por los conflictos de los imperialismos que por el tipo de “orden” que las hegemonías sucesivas hayan impuesto. Los períodos de “hegemonía” aparente han sido siempre muy breves y la hegemonía en cuestión es algo muy relativo.

Tercera observación: mundialización no es sinónimo de “unificación” del sistema económico por medio de la “apertura desregulada de los mercados”. Esta –en sus formas históricas sucesivas (“la libertad de comercio” en el ayer, la “libertad de empresa” hoy)– sólo ha sido un proyecto del capital dominante. En realidad, este programa ha estado casi siempre obligado a ajustarse ante exigencias que no forman parte de su lógica interna, exclusiva y propia. Sólo ha podido ser puesto en práctica en breves momentos de la historia. El “libre intercambio”, promovido por la mayor potencia industrial de su época –Gran Bretaña–, sólo fue efectivo durante dos décadas (1860-1880), a las cuales le sucedió un siglo (1880-1980) caracterizado por el conflicto entre los imperialistas y por la fuerte desconexión de los llamados países socialistas (a partir de la Revolución Rusa de 1917, y después la de China) y la más modesta de los países del nacional populismo (Asia y África, 1955-1975). El momento actual de reunificación del mercado mundial (la “libre empresa”) inaugurado por el neoliberalismo a partir de 1980 se ha extendido al conjunto del planeta con el derrumbe soviético. El caos que éste ha generado testimonia su carácter de “utopía permanente del capital”, término con el cual lo calificué en *El imperio del caos* (Amin, 1991).

El Medio Oriente en el sistema imperialista

El Medio Oriente, con sus antiguas extensiones hacia el Cáucaso y el Asia central ex soviéticas, ocupa una posición de importancia particular en la geoestrategia/geopolítica del imperialismo y, singularmente, en el proyecto hegemónico de Estados Unidos. Esta posición se debe a tres factores: su riqueza petrolera, su posición geográfica en el corazón del Viejo Mundo y el hecho de que constituye en la actualidad el “vientre” del sistema mundial.

El acceso al petróleo relativamente barato es vital para la economía de la tríada dominante y el mejor medio de ver este acceso garantizado consiste, bien entendido, en asegurarse el control político de la región.

6 Cf. nota 2.

Pero la región le debe su importancia también a su posición geográfica, a la misma distancia de París, Pekín, Singapur y Johannesburgo. En otros tiempos, el control de este lugar de paso obligatorio le dio al Califa el privilegio de sacar los mayores beneficios de la mundialización de la época (Amin, 1996: capítulos I y II). Después de la Segunda Guerra Mundial, la región, situada en el flanco sur de la URSS, ocupaba, por este hecho, un lugar importante en la estrategia de encerrar militarmente a la potencia soviética. Y la región no perdió su importancia a pesar del derrumbe del adversario soviético, porque instalándose en ella Estados Unidos podría simultáneamente avasallar a Europa y someter a Rusia, China y la India a un chantaje permanente nacido de las intervenciones militares si fuera necesario. El control de la región permite entonces, efectivamente, la extensión de la doctrina Monroe hacia el Viejo Mundo, lo cual constituye el objetivo del proyecto hegemónico norteamericano.

Los esfuerzos desplegados con continuidad y constancia por Washington desde 1945 para asegurarse el control de la región –excluyendo a los británicos y a los franceses– no habían sido hasta el momento coronados por el éxito. Recordemos el fracaso de la tentativa de asociar la región a la OTAN a través del Pacto de Bagdad, y más tarde la caída del Shah de Irán, uno de sus aliados más fieles.

La razón era simplemente que el proyecto de populismo nacionalista árabe (e iraní) entraba en conflicto con los objetivos de la hegemonía norteamericana. Este proyecto árabe tenía la ambición de imponer a las potencias el reconocimiento de la independencia del mundo árabe. Este fue el sentido que tuvo el “no alineamiento” formulado en Bandung por el conjunto de los movimientos de liberación de los pueblos de Asia y de África que tenían el viento a su favor. Los soviéticos comprendieron rápidamente que aportándole su apoyo a este proyecto mantendrían en jaque los planes agresivos de Washington.

Pero la historia dio vuelta esta página, de entrada porque el proyecto nacional populista del mundo árabe rápidamente agotó su potencial de transformación y porque los poderes nacionalistas se convirtieron en dictaduras sin programa. El vacío creado por esta deriva le abrió la vía al Islam político y a las autocracias oscurantistas del Golfo, aliados preferenciales de Washington. La región se convirtió en uno de los vientres del sistema global, produciendo coyunturas que permitieron intervenciones exteriores (incluidas las militares) que los regímenes en plaza no lograron contener –ni incluso desalentar– debido a la falta de legitimidad ante sus pueblos.

La región constituía –y constituye– en el mapa geomilitar norteamericano que cubre al planeta entero una zona considerada como de primera prioridad (al igual que el Caribe), es decir, una zona donde Estados Unidos se ha otorgado el “derecho” de intervención militar. ¡Y después de 1990 no se priva de esto!

Estados Unidos opera en el Medio Oriente en estrecha colaboración con sus aliados Turquía e Israel, fieles e incondicionales. Europa se ha mantenido fuera de la región, aceptando que Estados Unidos defiende sólo los intereses vitales globales de la tríada, es decir, el abastecimiento de petróleo. A pesar de los signos de irritación evidentes después de la guerra de Irak, los europeos continúan en su conjunto navegando en la región tras la huella de Washington.

Por otra parte, el expansionismo colonial de Israel constituye un desafío real. Israel es el único país del mundo que rechaza reconocer fronteras definitivas (y por ello carece del derecho de ser miembro de las Naciones Unidas). Al igual que Estados Unidos en el siglo XIX, Israel considera

que tiene el “derecho” de conquistar nuevas áreas y de tratar a los pueblos que habitan los nuevos territorios colonizados desde hace miles de años como Pieles Rojas. Israel es el único país que declara abiertamente no sentirse implicado en las resoluciones de la ONU.

La guerra de 1967, planificada en acuerdo con Washington desde 1965, perseguía diversos objetivos: amortiguar el derrumbe de los regímenes nacional-populistas, romper su alianza con la Unión Soviética, obligarlos a reposicionarse bajo las órdenes norteamericanas y abrir tierras nuevas para la colonización sionista. En los territorios conquistados en 1967 Israel puso en práctica un sistema de *apartheid* inspirado en el de África del Sur.

Y en este punto es que los intereses del capital dominante mundial se concilian con los del sionismo. Porque un mundo árabe modernizado, rico y potente, cuestionaría el acceso garantizado de los países occidentales al saqueo de sus recursos petroleros, hecho necesario para continuar con el derroche asociado a la acumulación capitalista. Los poderes políticos de los países de la tríada, fieles sirvientes del capital transnacional dominante, no desean que exista un mundo árabe moderno y potente.

La alianza entre las potencias occidentales e Israel está fundada entonces en la solidez de sus intereses comunes. Esta alianza no es ni el producto de un sentimiento de culpabilidad de los europeos, responsables del antisemitismo y del crimen nazi, ni tampoco de la habilidad del “lobby judío” para explotar ese sentimiento. Si las potencias occidentales pensaran que sus intereses no estaban en conjunción con el expansionismo colonial sionista, encontrarían rápidamente los medios para sobreponerse a su “complejo” y neutralizar al “lobby judío”. No soy de aquellos que creen ingenuamente que la opinión pública en los países democráticos se impone ante los poderes. Sabemos que la opinión “se fabrica” también. Israel sería incapaz de resistir mucho tiempo medidas (incluso moderadas) de bloqueo, tal y como las que las potencias occidentales le han impuesto a Yugoslavia, a Irak y a Cuba. No sería entonces nada difícil hacer entrar a Israel en razones y crear las condiciones para una paz verdadera, si se deseara. Pero no se desea.

Al día siguiente de la derrota en 1967, Sadate declaraba que ya que Estados Unidos tenía en sus manos el “noventa por ciento de las cartas” (ésta fue su propia expresión) había que romper con la URSS, reintegrarse al campo occidental y que, gracias a esto, podrían obtener de Washington la concesión de que ejerciera una presión suficiente sobre Israel para hacerlo entrar en razones. Más allá de esta “idea estratégica” propia de Sadate –sobre cuya inconsistencia los eventos subsiguientes dieron cuenta– la opinión pública árabe permaneció ampliamente incapaz de comprender la dinámica de la expansión capitalista mundial, y aún menos de identificar sus contradicciones y debilidades reales. ¿No oímos decir y repetir que “los occidentales comprenderían a la larga que su propio interés era el de mantener buenas relaciones con los doscientos millones de árabes –sus vecinos inmediatos– y no sacrificar estas relaciones por el apoyo incondicional a Israel”? Esto significa implícitamente pensar que los “occidentales” en cuestión (es decir, el capital dominante) desean un mundo árabe modernizado y desarrollado, y no comprender que desean, por el contrario, mantenerlos en la impotencia y que para ello les resulta útil el apoyo a Israel.

La opción escogida por los gobiernos árabes (con excepción de Siria y del Líbano) de suscribir el plan norteamericano de pretendida “paz definitiva” no podía dar resultados diferentes que los que dio: envalentonar a Israel en hacer avanzar sus peones en su proyecto expansionista. Rechazando en la actualidad abiertamente los términos del “contrato de Oslo” (1993), Ariel Sharon demuestra

solamente lo que debíamos haber comprendido antes –que no se trataba de un proyecto de “paz definitiva”, sino de comenzar una nueva etapa de la expansión colonial sionista.

El estado de guerra permanente que Israel, junto a las potencias occidentales que sostienen su proyecto, le impone a la región, constituye un potente motivo que permite a los sistemas árabes autocráticos perpetuarse. Este bloqueo, ante una evolución democrática posible, debilita las oportunidades de renovación árabe y permite el despliegue del capital dominante y de la estrategia hegemónica norteamericana. El lazo está anudado: la alianza norteamericana-israelí sirve perfectamente a los intereses de ambos socios.

En un primer momento, el sistema de *apartheid* puesto en marcha después de 1967 dio la impresión de ser capaz de lograr sus fines. La gestión miedosa de la cotidianidad en los territorios ocupados por parte de los notables y de la burguesía comerciante parecía aceptada por el pueblo palestino. La OLP, alejada de la región después de la invasión del Líbano por parte del ejército israelí (1982), parecía no tener los medios –desde su lejano exilio en Túnez– para cuestionarse la anexión sionista.

La primera Intifada estalló en diciembre de 1987. Explosión de apariencia “espontánea”, ella expresaba la irrupción en la escena de las clases populares, y singularmente de sus segmentos más pobres, confinados en los campos de refugiados. La Intifada boicoteó el poder israelí a través de la organización de una desobediencia cívica sistemática. Israel reaccionó con brutalidad, pero no logró ni restablecer su poder policial con eficacia ni el de las clases medias palestinas. Por el contrario, la Intifada llamaba a un retorno en masa de las fuerzas políticas en el exilio, la constitución de nuevas formas locales de organización y la adhesión de las clases medias a la lucha de liberación desatada. La Intifada fue provocada por jóvenes, inicialmente no organizados en las redes formales de la OLP (Fath, devoto de su jefe Yasser Arafat, el FDLP, el FPLP, el Partido Comunista) que se integraron inmediatamente en la Intifada y se ganaron la simpatía de la mayor parte de sus Chebab. Los Hermanos Musulmanes, sobrepasados dada su débil actividad durante los años precedentes, a pesar de algunas acciones del Jihad islámico, hicieron su aparición en 1980, cediendo el lugar a una nueva expresión de lucha: Hamas, constituido en 1988.

En tanto que esta primera Intifada daba, después de dos años de expansión, signos de agotamiento, dada la violenta represión de los israelitas (uso de armas de fuego contra niños, cierre de la “línea verde” a los trabajadores palestinos, fuente casi exclusiva de entradas para sus familias, etc.), la escena estaba montada para una “negociación” iniciada por Estados Unidos que condujo a los acuerdos de Madrid (1991) y después los llamados de la paz en Oslo (1993). Estos acuerdos permitieron el retorno de la OLP a los territorios ocupados y su transformación en una “Autoridad Palestina” (1994).

Los acuerdos de Oslo imaginaron la transformación de los territorios ocupados en uno o varios Bantustanes, definitivamente integrados en el espacio israelí. En este marco, la Autoridad Palestina sólo debía ser un falso Estado –como el de los Bantustanes– y de hecho, ser la correa de transmisión del orden sionista.

De regreso en Palestina, la OLP convertida en Autoridad logró establecer su orden, no sin algunas ambigüedades. La Autoridad absorbió en sus nuevas estructuras a la mayor parte de los Chebab que habían coordinado la Intifada. Ella logró legitimidad por la consulta electoral de 1996, en la cual los palestinos participaron en masa (ochenta por ciento) en tanto que Arafat se hizo

plebiscitar como Presidente de esta Autoridad. La Autoridad permaneció, sin embargo, en una posición ambigua: ¿aceptaría las funciones que Israel, Estados Unidos y Europa le atribuían, la de “gobierno de un Bantustán”, o se alinearía con el pueblo palestino que se negaba a someterse?

Como el pueblo palestino rechazó el proyecto de Bantustán, Israel decidió denunciar los acuerdos de Oslo, de los cuales, sin embargo, había dictado los términos, para sustituirlos por el empleo de la violencia militar pura y simple. La provocación de las Mesquitas, puesta en marcha por el criminal de guerra Sharon en 1998 (pero con el apoyo del gobierno trabajista que le brindó los medios de asalto), y la elección triunfal de este criminal al frente del gobierno de Israel (con la colaboración de los “colombes” contra Simon Peres), fueron la causa de la segunda Intifada, en curso actualmente.

¿Logrará ésta liberar al pueblo palestino de la perspectiva de sumisión planificada por el *apartheid* sionista? Demasiado pronto para decirlo. En todo caso, el pueblo palestino dispone ahora de un verdadero movimiento de liberación nacional con sus especificidades. No es del estilo “partido único”, de apariencia (sino de realidad) “unánime” y homogéneo. Tiene componentes que conservan su personalidad propia, sus visiones de futuro, sus ideologías incluso, sus militantes y sus clientelas, pero que, aparentemente, saben entenderse para llevar a cabo la lucha de conjunto.

El control del Medio Oriente es ciertamente una pieza maestra del proyecto de hegemonía mundial de Washington. ¿Cómo entonces Estados Unidos imagina asegurar el control? Hace ya una decena de años Washington había tomado la iniciativa de avanzar en el curioso proyecto de un “mercado común del Medio Oriente”, en el cual los países del Golfo habrían aportado el capital, y los otros países la mano de obra barata, reservándole a Israel el control tecnológico y las funciones de intermediario obligado. Aceptado por los países del Golfo y Egipto, el proyecto se enfrentaba al rechazo de Siria, Irak e Irán. Para ir hacia delante había entonces que abatir a estos tres regímenes. Ahora bien, esto ya está hecho en Irak.

El problema es entonces saber qué tipo de régimen político debe ser impuesto para que sea capaz de sostener este proyecto. El discurso propagandístico de Washington habla de “democracias”. De hecho, Washington sólo se emplea en sustituir autocracias nacidas del populismo sobrepasado por autocracias oscurantistas pretendidas “islámicas” (obligado por el respeto de la especificidad cultural de las “comunidades”). La alianza renovada con un Islam político llamado “moderado” (es decir, capaz de dominar la situación con la suficiente eficacia para prohibir las derivas “terroristas” –las dirigidas contra Estados Unidos y sólo contra ellos, por supuesto), constituye el eje de la opción política de Washington, permaneciendo como la única opción posible. En esta perspectiva es que la reconciliación con la autocracia arcaica del sistema será buscada. Frente al despliegue del proyecto norteamericano, los europeos inventaron su propio proyecto, bautizado como “sociedad euro-mediterránea”. Proyecto intrépido, lleno de habladorías, pero que, igualmente, se proponía “reconciliar a los países árabes con Israel”. A la vez que excluían a los países del Golfo del “diálogo euro-mediterráneo”, los europeos reconocían que la gestión de éstos era de responsabilidad exclusiva de Washington (Amin y Kenz, 2003).

El contraste entre la audacia temeraria del proyecto norteamericano y la debilidad del de Europa son bellos indicadores de que el atlantismo realmente existente ignora el *sharing* (compartir responsabilidades y asociación en la toma de decisiones, poniendo en condiciones iguales a Estados Unidos y a Europa). Anthony Blair, que se considera el abogado de la construcción de

un mundo “unipolar”, cree poder justificar esta opción porque el atlantismo que se le permitiría estaría fundado en el *sharing*. La arrogancia de Washington desmiente cada día más esta esperanza ilusa, aunque sirva simplemente como medio para engañar a la opinión europea. El realismo del propósito de Stalin, que había dicho en su momento que los nazis “no sabían dónde detenerse”, se aplica a la junta que gobierna Estados Unidos. Y las “esperanzas” que Blair intenta reanimar se parecen a las que Mussolini colocaba en su capacidad de “clamar” Hitler.

¿Es posible otra opinión europea? El discurso de Chirac, oponiendo al mundo “atlántico unipolar” (que comprende bien, parece, que la hegemonía unilateral de Estados Unidos reduce al proyecto europeo a ser sólo el modo europeo del proyecto de Washington) frente a la construcción de un mundo “multipolar”, ¿anuncia el fin del atlantismo? Para que esta posibilidad se convierta en realidad, faltaría aún que Europa logre salir de las arenas movedizas sobre las cuales resbala.

Las arenas movedizas del proyecto europeo

Todos los gobernantes europeos hasta el presente se han aliado a la tesis del liberalismo. Esta alianza no significa otra cosa que el fin del proyecto europeo, su doble disolución económica (las ventajas de la unión económica europea se disuelven dentro de la mundialización económica) y política (la autonomía política y militar europea desaparecen). Ya no existe, en este momento, ningún proyecto europeo. Ha sido sustituido por un proyecto noratlántico (o eventualmente de la tríada) bajo el comando norteamericano.

Las guerras *made in USA* han ciertamente despertado a la opinión pública e incluso a ciertos gobiernos (en primer lugar el de Francia, pero también los de Alemania, Rusia y China). No obstante, estos gobiernos no han cuestionado su fiel alineamiento ante las exigencias del liberalismo. Esta contradicción mayor deberá ser sobrepasada de una manera o de otra, ya sea a través de la sumisión ante las exigencias de Washington, ya sea por una verdadera ruptura que ponga término al atlantismo.

La conclusión política más importante que saco de este análisis es que Europa no podrá salir del atlantismo en tanto las alianzas políticas que definen sus bloques de poder permanezcan centradas en el capital transnacional dominante. Solamente si las luchas sociales y políticas logran modificar el contenido de estos bloques e imponer nuevos compromisos históricos entre el capital y el trabajo será Europa capaz de tomar alguna distancia frente a Washington, hecho que permitiría, en consecuencia, el renacer de un eventual proyecto europeo. En estas condiciones Europa podría –debería incluso– comprometerse igualmente en el plano internacional, en sus relaciones con el Este y con el Sur, en otro camino diferente al trazado por las exigencias exclusivas del imperialismo colectivo, amortiguando, de esta manera, su participación en la larga marcha “más allá del capitalismo”. Dicho de otra manera, Europa será de izquierda (el término izquierda es tomado aquí muy en serio) o no será Europa.

Conciliar la adhesión al liberalismo con la afirmación de una autonomía política de Europa es el objetivo de ciertas fracciones de las clases políticas europeas preocupadas por preservar las posiciones exclusivas del gran capital. ¿Podrán ellas lograrlo? Lo dudo mucho.

En contrapunto, las clases populares en Europa, ¿serán capaces de sobreponerse ante la crisis que enfrentan? Yo lo creo posible, precisamente por las razones que hacen que la cultura política de

ciertos países europeos al menos sea diferente de la de Estados Unidos, y podría producirse un renacimiento de la izquierda. La condición es evidentemente que éstas se liberen del virus del liberalismo.

El “proyecto europeo” nació como el modo europeo del proyecto atlántico de Estados Unidos, concebido al día siguiente de la Segunda Guerra Mundial, dentro del espíritu de la “Guerra Fría” puesta en marcha por Washington, proyecto frente al cual los burgueses europeos –a la vez debilitados y temerosos frente a sus propias clases obreras– se adhirieron prácticamente sin condiciones.

Sin embargo, el propio despliegue de este proyecto –de origen dudoso– ha modificado progresivamente datos importantes del problema y de sus desafíos. Europa del Oeste logró terminar con su retraso económico y tecnológico con respecto a Estados Unidos. Por otra parte, el enemigo soviético ya no está. El despliegue del proyecto aglutinó a las principales adversidades que habían marcado durante siglo y medio la historia europea: los tres países mayores del continente –Francia, Alemania y Rusia– se reconciliaron. Todas estas evoluciones son, según mi punto de vista, positivas, y están llenas de un potencial aún más positivo. Ciertamente, este despliegue se inscribe en bases económicas inspiradas en los principios del liberalismo, pero de un liberalismo temperado hasta los años 80 por la dimensión social tenida en cuenta por y a través del “compromiso histórico socialdemócrata”, que obligaba al capital a ajustarse ante las demandas de justicia social expresadas por las clases trabajadoras. Después el despliegue continuó en un marco social nuevo, inspirado por un liberalismo “a la americana”, completamente antisocial.

Este último viraje ha lanzado a las sociedades europeas hacia una crisis multidimensional. De entrada, está la crisis económica de la opción liberal. Una crisis agravada por la alineación de los países europeos ante las exigencias económicas de su líder norteamericano, consintiendo éstos en financiar el déficit de este último en detrimento de sus propios intereses. Luego la crisis social, acentuada con el crecimiento de las resistencias y de las luchas de las clases populares contra las consecuencias fatales de la opción liberal. Finalmente, el intento de una crisis política –el rechazo de alinearse, sin condiciones al menos, bajo la opción de Estados Unidos en la guerra sin fin contra el Sur.

¿Cómo harán frente los pueblos europeos a este triple desafío?

Los europeos se dividen en tres conjuntos diferentes:

- Los que defienden la opción liberal y aceptan el liderazgo de Estados Unidos, casi sin condiciones.
- Los que defienden la opción liberal, pero desearían una Europa política independiente, fuera de la alineación norteamericana.
- Los que desearían (y luchan por) una “Europa social”, es decir, un capitalismo temperado por un nuevo compromiso social capital/trabajo que opere a escala europea, y simultáneamente, una Europa política practicante de “otras relaciones” (amistosas, democráticas y pacíficas) con el sur, Rusia y China. La opinión pública general en toda Europa ha expresado, durante el Foro Social Europeo (Florencia 2002) y en la ocasión de la guerra contra Irak, su simpatía por esta posición de principios.

Hay ciertamente otros, los “no europeos”, en el sentido de que no piensan que sea posible ni deseable ninguna de las tres opciones pro-europeas. Estos son aún minoritarios, pero ciertamente están llamados a reforzarse en una de dos opciones fundamentalmente diferentes:

- Una opción “populista” de derecha, que rechaza la progresión de los poderes políticos –e incluso económicos– supranacionales, con la excepción evidente de los del capital trasnacional.
- Una opción popular de izquierda, nacional, ciudadana, democrática y social.

¿Cuáles son las fuerzas en las que se apoya cada una de estas tendencias y cuáles son sus oportunidades de éxito respectivas?

El capital dominante es liberal por naturaleza. En este sentido, lógicamente sostiene la primera de estas tres opciones. Anthony Blair representa la expresión más coherente de lo que he calificado como “el imperialismo colectivo de la tríada”. La clase política, reunida detrás de la bandera estrellada, está dispuesta, si fuera necesario, a “sacrificar al proyecto europeo” –o al menos a disipar toda ilusión al respecto– usando el desprecio por sus orígenes: ser el modo europeo del proyecto atlantista. Pero Bush, al igual que Hitler, no concibe otros aliados que los subordinados alineados sin condiciones. Esta es la razón por la cual segmentos importantes de la clase política, incluyendo la derecha –aunque sean en principio los defensores de los intereses del capital dominante– rechazan alinearse a Estados Unidos como ayer lo hicieron frente a Hitler. Si hay un Churchill posible en Europa, éste sería Chirac. ¿Lo será?

La estrategia del capital dominante puede acomodarse en un “antieuropeísmo de derecha”, el cual se contentaría con retóricas nacionalistas demagógicas (movilizando, por ejemplo, el tema de los emigrados), en tanto que se sometería de hecho frente a las exigencias de un liberalismo no específicamente “europeo”, sino mundializado. Aznar y Berlusconi constituyen los prototipos de estos aliados de Washington. Las clases políticas serviles de Europa del Este lo son igualmente.

En este sentido, creo que la segunda opción elegida por los europeos más importantes (Francia-Alemania) es difícil de mantener. ¿Expresa ella las ambiciones de un capital suficientemente potente para ser capaz de emanciparse de la tutela de Estados Unidos? No tengo respuesta salvo indicar que intuitivamente lo veo poco probable.

Esta opción, sin embargo, es la de los aliados frente a un adversario norteamericano que constituye el enemigo principal de toda la humanidad. Estoy persuadido de que, si ellos persisten en su opción, deberán hacer frente a la lógica de proyecto unilateral del capital (el liberalismo) y a buscar alianzas de izquierda (las únicas que pudieran darle fuerza a su proyecto de independencia frente a Washington). La alianza entre los conjuntos dos y tres no es imposible. Tal y como lo fue la gran alianza antinazi.

Si esta alianza toma forma, ¿deberá operar exclusivamente en el marco europeo si todos son incapaces de renunciar a la prioridad brindada a este marco? No lo creo, porque este marco, tal como es, sólo favorece sistemáticamente la opción del primer grupo proamericano. ¿Habrá entonces que hacer estallar a Europa y renunciar definitivamente a su proyecto?

No lo creo tampoco necesario, ni siquiera deseable. Otra estrategia es posible: la de dejar el proyecto europeo “dormir” un tiempo en su estadio actual de desarrollo, y paralelamente construir otros ejes de alianzas.

Una primera prioridad es entonces la construcción de una alianza política y estratégica París-Berlín-Moscú, prolongada hasta Pekín y Delhi si fuera posible. Y digo específicamente política con el objetivo de darle el pluralismo internacional y todas las funciones que deberían tener en la ONU. Estratégica, en el sentido de construir fuerzas militares a la altura del desafío norteamericano. Estas tres o cuatro potencias tienen todos los medios (económicos, tecnológicos y financieros) reforzados por sus tradiciones militares, frente a los cuales Estados Unidos palidece. El desafío norteamericano y sus ambiciones criminales lo imponen en virtud de su carácter desmesurado. Constituir un frente antihegemónico es en la actualidad tan prioritario como en el pasado lo fue constituir una alianza antinazi.

Esta estrategia reconciliaría a los “proeuropeos” con los grupos dos y tres y con los “noeuropeos” de izquierda. Se crearían condiciones favorables para retomar más tarde un proyecto europeo, que integraría incluso probablemente a una Gran Bretaña liberada de su sumisión frente a Estados Unidos y a una Europa del Este desprendida de su cultura servil. Debemos ser pacientes porque esto tomará bastante tiempo. No habrá progreso posible alguno de un proyecto europeo en tanto que la estrategia norteamericana no sea desviada de su rumbo.

Europa frente a su propio Sur árabe y mediterráneo

El Mundo Árabe y el Medio Oriente ocupan un lugar decisivo en el proyecto hegemónico de Estados Unidos. La respuesta que los europeos le darán al desafío norteamericano en la región será uno de los tests decisivos que tendrá el propio proyecto europeo.

El problema consiste en saber si los costeros del Mediterráneo y sus prolongaciones —europeos, árabes, turcos, iraníes y países del África— se orientarán o no hacia una representación de su seguridad que se diferencie de la que está dirigida por la primacía de la salvaguarda de la hegemonía mundial americana. La razón pura debería hacerlos evolucionar en esta dirección. Pero hasta el momento, Europa no ha brindado ningún signo de ir en este sentido. Una de las razones que podría explicar en parte la inercia europea es que los socios de la Unión Europea, aunque no son demasiado divergentes, están cargados de un coeficiente de prioridades relativas muy diferente de un país al otro. La fachada mediterránea no es central en las polarizaciones industriales del capitalismo desarrollado: las fachadas del Mar del Norte, del Noreste Atlántico americano y del Japón central tienen una densidad sin denominador común. Para los del norte de Europa —Alemania y Gran Bretaña— el peligro del caos en los países situados al sur del Mediterráneo no resulta tener la misma gravedad que para los italianos, españoles y franceses.

Las diferentes potencias europeas tuvieron hasta 1945 políticas mediterráneas propias a cada una de ellas, a menudo conflictivas. Después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados de Europa Occidental no tuvieron prácticamente ninguna política mediterránea ni árabe, ni particular, ni común, más allá de la que implicaba el alineamiento implicado por Estados Unidos. En este marco, Gran Bretaña y Francia, que tenían sus posesiones coloniales en la región, libraron batallas para conservar sus ventajas. Gran Bretaña renunció a Egipto y a Sudán (1954) y, después de la derrota en la aventura de agresión tripartita (1956), se sucedió un viraje violento que, a finales de los años ‘60, implicó el abandono de su influencia en los países costeros del Golfo.

Francia, eliminada desde 1945 de Siria, aceptó finalmente la independencia de Argelia (1962), pero conservó cierta nostalgia de su influencia en Maghreb y en el Líbano, envalentonada por

las clases dirigentes locales, al menos en Marruecos, Túnez y en el Líbano. Paralelamente, la construcción europea no sustituyó el retiro de las potencias coloniales por una política común operante en este sentido. Recordemos que, después de la guerra israelo-árabe de 1973, los precios del petróleo fueron reajustados y la Europa comunitaria, sorprendida en sus sueños, descubrió que tenía “intereses” en la región. Pero este despertar no suscitó de su parte ninguna iniciativa de importancia, por ejemplo, concerniente al problema palestino. Europa se quedó, tanto en este dominio como en otros, vegetativa y finalmente inconsistente. Algunos progresos en dirección de una autonomía frente a Estados Unidos fueron vistos en los años 70, pero tras la Cumbre de Venecia (1980) se erosionaron durante los años 80 para finalmente desaparecer con la alineación junto a Washington que se adoptó durante la Crisis del Golfo. Es por ello que las percepciones europeas concernientes al futuro de las relaciones Europa-Mundo Árabe e Iraní deben ser estudiadas a partir de análisis propios a cada uno de los Estados Europeos.

Gran Bretaña no tiene ninguna política mediterránea ni árabe que le resulte específica. En este dominio, como en otros de la sociedad británica en todas sus expresiones políticas (conservadores y laboristas), la opción ha sido el alineamiento incondicional con Estados Unidos. Se trata, en este caso, de una opción histórica fundamental, que sobrepasa ampliamente las circunstancias coyunturales y que refuerza considerablemente la sumisión de Europa ante las exigencias de la estrategia norteamericana.

Por razones diferentes, Alemania no tiene tampoco política árabe ni mediterránea específica y no buscará probablemente desarrollar ninguna en un futuro cercano. Debilitada por su división y su status, la RFA consagró todos sus esfuerzos a su desarrollo económico, aceptando tener un perfil político bajo y ambiguo con Estados Unidos y la Europa de la CEE. En un primer momento, la reunificación de Alemania y su reconquista de la plena soberanía internacional no modificaron este comportamiento, sino que, por el contrario, acentuaron sus expresiones. La razón es que las fuerzas políticas dominantes (conservadoras, liberales y socialdemócratas) escogieron brindar la prioridad a la expansión del capitalismo germánico en Europa central y oriental, reduciendo la importancia relativa de una estrategia europea común, tanto en el plano político como en el de la integración económica. Quedaría por saber si esta tendencia se ha invertido en la actualidad, tal y como parece sugerirlo la actitud de Berlín frente a la Guerra de Irak.

Las posiciones de Francia son más matizadas. País a la vez atlántico y mediterráneo, heredero de un Imperio colonial, clasificado entre los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, Francia no renunció a expresarse como potencia. Durante la primera década de la postguerra, los sucesivos gobiernos franceses trataron de preservar las posiciones coloniales de sus países a través de posiciones atlantistas anticomunistas y antisoviéticas. Sin embargo, no adquirieron el apoyo de Washington, tal y como lo demostró la actitud de Estados Unidos durante la agresión tripartita contra Egipto (1956). La política mediterránea y árabe de Francia era simplemente retrógrada. De Gaulle rompió simultáneamente con las ilusiones paleocoloniales y proamericanas, y concibió el triple proyecto de modernizar la economía francesa, conducir un proceso de descolonización que permitiera sustituirlo por un neocolonialismo frente a las viejas fórmulas y compensar las debilidades intrínsecas a todo país medio como Francia a través de la integración europea. En esta última perspectiva, De Gaulle concebía una Europa capaz de ser autónoma, no solamente en el plano económico y financiero, sino también en el plano político e incluso, a término, en el plano militar, al igual que concebía, a la larga, la asociación de la URSS con la construcción europea (“la Europa del Atlántico hasta los Urales”). Pero el gaullismo no sobrevivió a su fundador y, a partir de 1968, las fuerzas políticas francesas, tanto de la derecha clásica como de la izquierda socialista, regresaron

progresivamente a sus actitudes anteriores. Su visión de la construcción europea se estrechó hasta la sola dimensión de un “mercado común” entre Francia y Alemania Federal (hasta el momento en que la unificación alemana se realizó, en París estuvieron un poco sorprendidos e inquietos...) y en la invitación con presiones hecha a Gran Bretaña para unirse a la CEE (olvidando que Inglaterra sería el Caballo de Troya de los norteamericanos en Europa). Naturalmente, este cambio implicaba el abandono de toda política árabe digna del nombre propio de Francia, es decir, de una política que fuera más allá de la simple defensa de los intereses mercantiles inmediatos. En el plano político, Francia se comportó objetivamente tanto en el mundo árabe como en África Subsahariana como una fuerza suplementaria de apoyo a la estrategia de hegemonía norteamericana. Es en este marco que hay que colocar el discurso mediterráneo, que llama a asociar a los países del Maghreb al carro europeo (de la misma manera en que se asoció a Turquía hoy en crisis), lo que conllevó a romper la perspectiva de un acercamiento unitario árabe y abandonar a Mashrek ante la intervención israelo-norteamericana. Sin dudas, las clases dirigentes del Maghreb son responsables, dada la simpatía que mostraron por este proyecto. Sin embargo, la Crisis del Golfo le dio un fuerte golpe a este proyecto, y las masas populares de África del Norte afirmaron, en esa ocasión y con fuerza, su solidaridad con Maghreb, hecho totalmente previsible.

Italia es, por su posición geográfica incluso, un país muy sensible frente a los problemas mediterráneos. Esto no significa que ella tenga una política real mediterránea y árabe, y mucho menos que ésta tenga eficacia y autonomía. Por su desarrollo capitalista marginal, Italia se vio obligada a inscribir sus ambiciones mediterráneas bajo la tutela europea en una alianza con otras potencias del área, más decisivas que ella. Desde que se logró su unidad a mitad del siglo pasado con la caída de Mussolini en 1943, Italia vaciló entre la alianza con los dueños del Mediterráneo –es decir, con Gran Bretaña y Francia– o con aquellos que podían contestar las posiciones anglo-francesas, es decir, Alemania. El atlantismo, que se ejerce en Italia en una visión que implica un perfil político exterior bajo la tutela de Estados Unidos, ha dominado la acción y las opciones de los gobiernos italianos desde 1947. El es igualmente dominante, aunque en una visión más ideológica aún, en ciertos sectores de la burguesía laica (los Republicanos y los Liberales, y algunos socialistas). Porque entre los cristianos demócratas existe la presión del universalismo de la tradición católica. Por ello resulta significativo que el Papa haya tomado, a menudo, posiciones más retrógradas frente a los pueblos árabes (sobre todo en el problema palestino) y del Tercer Mundo que las de los numerosos gobiernos italianos y occidentales en general. El paso hacia la izquierda de una parte de la Iglesia Católica, bajo la influencia de la Teología de la Liberación de América Latina, refuerza en la actualidad este universalismo, del cual encontramos versiones laicas en los movimientos pacifistas, ecologistas y tercermundistas. La corriente “*mittel*” europea tiene sus raíces en el siglo XIX italiano y en el corte Norte-Sur que no ha logrado mitigar la unidad italiana. Afilada a los intereses del gran capital milanés, ésta sugiere brindar la prioridad a la expansión económica de Italia hacia el este europeo, en asociación estrecha con Alemania. En este marco, Croacia constituye en la actualidad un objetivo inmediato. Bien entendida, esta opción implicaría que Italia continuara la tradición de bajo perfil internacional, y que se mantenga sobre todo marginal en sus relaciones con el Sur del Mediterráneo. Una opción paralela de España la aislaría aún más del concierto europeo, reduciéndola a su más bajo denominador común. La corriente mediterránea, que aún es débil, a pesar del aporte que el universalismo podría significarle, se expresa, por esta razón, en una versión “levantina”: se trata de “hacer negocios” aquí o allá, sin preocuparse por el marco de estrategia política en el cual se inscriben. Para tomar otra consistencia, más noble, asociando a Italia a aperturas económicas que se inscriban en una perspectiva de reforzar su autonomía y la de sus socios árabes, sería necesario que se lograra una convergencia entre este proyecto y las ideas universalistas, sobre todo de una parte de la izquierda italiana, comunista y cristiana. Por su parte,

la derecha italiana, reunificada bajo la dirección de Berlusconi en el poder, ha optado por inscribirse bajo la tutela del eje atlántico de Washington-Londres. El comportamiento de las fuerzas de policía durante la reunión del G8 en Génova (julio de 2001) expresa claramente esta opción.

España y Portugal ocupan un lugar importante en la geoestrategia de hegemonía mundial de Estados Unidos. El Pentágono considera, en efecto, que el eje Azores-Canarias-Gibraltar-Baleares es esencial para la vigilancia del Atlántico Norte y Sur y el cuidado de la entrada al Mediterráneo. Estados Unidos forjó su alianza con estos dos países inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, sin tener la más mínima preocupación por su carácter fascista. Por el contrario, incluso el anticomunismo de las dictaduras de Salazar y de Franco sirvió bien a la causa hegemónica norteamericana, permitiendo admitir a Portugal dentro de la OTAN y establecer en suelo español bases americanas de primera importancia. En contrapartida, Estados Unidos y sus aliados europeos apoyaron sin reservas a Portugal hasta el final de su fracasada guerra colonial.

La evolución democrática de España después de la muerte de Franco no fue la ocasión de un cuestionamiento de la integración del país al sistema militar norteamericano. Por el contrario, incluso la adhesión formal de España a la OTAN (en mayo de 1982) fue objeto de un verdadero chantaje electoral que dejó entrever que la participación de la CEE exigía esta adhesión, a la cual se oponía la mayor parte de la opinión pública española.

Después, el alineamiento de Madrid bajo las posiciones de Washington ha sido sin reserva. En contrapartida, Estados Unidos habría, al parecer, intervenido para “moderar” las reivindicaciones marroquíes e incluso para intentar convencer a Gran Bretaña acerca de Gibraltar. En este sentido, podemos dudar de la propia realidad de estas intervenciones. El alineamiento atlantista reforzado de Madrid se tradujo en cambios radicales en la organización de las fuerzas armadas españolas, calificados por los analistas como un “movimiento hacia el sur”. En la tradición española, en efecto, el ejército estaba diseminado sobre todo el territorio del país. Concebido además –después de Franco de una manera evidente– como una fuerza de policía interior más que como una fuerza dirigida contra el exterior, el ejército español permaneció siendo rústico y, a pesar de la marcada atención que le brindaba el poder supremo de Madrid a los cuerpos de generales y oficiales, no había sido objeto de una verdadera modernización, tal y como fueron los casos de Francia, Gran Bretaña y Alemania.

Los gobiernos socialistas, y después los de derecha, procedieron a una reorganización de las fuerzas españolas para combatir un “frente sur” eventual y se comprometieron en un programa de modernización del ejército de tierra, de la aviación y de la marina. Este cambio, exigido por Washington y la OTAN, es una de las numerosas manifestaciones de la nueva estrategia hegemónica norteamericana, sustituyendo el Sur por el Este para la defensa de Occidente. Este está acompañado en España por un nuevo discurso que pone en evidencia a un “enemigo hipotético que viene del Sur”, cuya identificación no deja lugar a ninguna duda. Curiosamente, este discurso de los medios democráticos (y socialistas) españoles recuerda la vieja tradición de la Reconquista, muy popular dentro de los círculos católicos del ejército. El cambio en las fuerzas armadas españolas es entonces el signo de una determinación de España de tener un papel activo en el seno de la OTAN, en el marco de la reorientación de las estrategias occidentales en previsión de intervenciones en el Tercer Mundo. Desde hace tiempo la Península Ibérica constituye la primera escala del eje Washington-Tel Aviv, la cabeza del puente europeo principal de la *Rapid Deployment Force* americana (la cual tuvo un papel decisivo en la Guerra del Golfo),

completada con las bases de Sicilia (que, igualmente, nunca habían servido hasta las operaciones dirigidas contra el Mundo Árabe como Libia, bombardeo israelí a Túnez, etc.) y, curiosamente, las facilidades acordadas por Marruecos. Evidentemente, esta opción occidental vacía el discurso “euro-árabe” de todo contenido serio. La nueva España democrática, que pretende activar una política de amistad en dirección de América Latina y el Mundo Árabe, ha dirigido más bien sus movimientos en un sentido inverso, de hecho, a las exigencias de su proclamación de principios.

El gobierno de derecha dirigido por Aznar ha confirmado este alineamiento atlantista de Madrid. Más aún que Italia, España rechaza capitalizar su posición mediterránea en beneficio de una nueva política europea en dirección al mundo árabe, Africa y el Tercer Mundo, y tomar distancia ante las exigencias de la hegemonía norteamericana. La idea francesa de un grupo mediterráneo en el seno de la Unión Europea queda, por estas razones, suspendida en el aire y sin puntos de apoyo serios. Por otra parte, en el plano económico, el capital español, heredero de la tradición franquista, ha colocado sus principales esperanzas de expansión en el desarrollo de acuerdos con Alemania y Japón, invitados a participar en la modernización de Cataluña.

Mientras existió la línea de confrontación Este-Oeste pasaba a través de los Balcanes. La afiliación obligada de Estados de la región ante Moscú o Washington –con la única excepción de Yugoslavia desde 1948 y de Albania a partir de 1960– le había colocado una sordina a las querellas nacionalistas locales que hicieron de los Balcanes el traspasio europeo.

Turquía se colocó en el campo occidental desde 1945, después de haber puesto término a su neutralidad frente a la Alemania hitleriana. Las reivindicaciones soviéticas sobre el Cáucaso formuladas por Stalin a partir de la victoria fueron rechazadas por Ankara gracias al apoyo decidido de Washington. En contrapartida, Turquía, miembro de la OTAN, a pesar de su sistema político poco democrático, acogió a las bases americanas más próximas de la URSS. No hay lugar a dudas que la sociedad turca continúa siendo del Tercer Mundo, aunque después de Atatürk las clases dirigentes de este país proclamen la parte europea de la Nueva Turquía, tocando a la puerta de una Unión Europea que no la desea. Aliada fiel de Estados Unidos y de sus socios europeos, ¿deseará Turquía reintegrar su pasado y tener un papel activo en el Medio Oriente, haciéndole pagar al Occidente los servicios que podría brindarle en esta región? Parece ser que el problema de los kurdos, sobre el cual desconoce hasta su propia existencia, ha conllevado a hacer vacilar la toma de esta opción hasta el presente. Lo mismo resulta para una eventual opción pan-turaniana, sugerida por ciertos medios kemalistas, y relegada después al museo de la historia. Pero en la actualidad, la descomposición de la URSS podría constituir una invitación para que el poder de Ankara tome la dirección de un bloque turco que, desde Azerbaiján hasta Sinkiang, domine el Asia Central. Irán siempre expresó sus reales temores hacia una evolución de este tipo, que no solamente cuestionaría el estatus del Azerbaiján meridional iraní sino también la seguridad de su amplia frontera asiática septentrional con Turkmenistán y Ouzbekistán.

Grecia no se alistó en el campo soviético. Ella estuvo obligada y forzada por la intervención británica de 1948 a alinearse con Estados Unidos. En conformidad con los Acuerdos de Yalta, la URSS, como todos sabemos, abandonó a su suerte a la resistencia griega, dirigida por el Partido Comunista que, sin embargo, en este país al igual que en Yugoslavia y Albania, había liberado al país y conquistado por ello el apoyo popular mayoritario. De esta manera, los occidentales estuvieron obligados a apoyar contra este movimiento popular a regímenes represivos sucesivos y, finalmente, a una dictadura de coroneles fascistas, sin ver en ello una contradicción importante

con su discurso, según el cual la OTAN protegería al “mundo libre” contra el “Satán” totalitario. El retorno de Grecia a la democracia, por la victoria electoral de Pasok (1981), arriesgaba, en esas condiciones, cuestionar la fidelidad de este país con la OTAN. La Europa comunitaria vino entonces al apoyo de Washington para, al igual que en el caso de España, unir a la candidatura griega con la CEE, y mantenerla en su participación dentro de la alianza atlántica. Esta integración en la CEE fue ampliamente discutida por la opinión pública griega de la época. La opción de Papandreu de unirse a pesar de todo, después de algunas vacilaciones y a pesar de los principios tercermundistas y neutralistas de Pasok, parece haber desatado una evolución irreversible incluso a nivel de las mentalidades, adulando las aspiraciones del pueblo griego a la modernidad y al europeísmo. Sin embargo, los nuevos socios europeos de Grecia no le han ofrecido gran cosa a este país, quedando durante todo el tiempo en la posición de pariente pobre de la construcción comunitaria.

La fidelidad de Atenas ante el Occidente euro-americano no le ha valido un apoyo real en su conflicto con Turquía. Incluso aunque la dictadura griega haya tenido una determinada responsabilidad en la tragedia chipriota (1974), la agresión turca abierta (operación Atila) y la creación posterior de una República Turca de Chipre, en franca violación del estatus de la isla, no solamente han sido aceptadas, sino probablemente también acordadas con los servicios del Pentágono, frente a los cuales Europa cede una vez más. Resulta evidente que, para Estados Unidos, la amistad con Turquía, potencia militar regional considerable, está muy por encima de Grecia, por democrática que ésta sea.

El conjunto de la región de los Balcanes-Danubio (Yugoslavia, Albania, Hungría, Rumania y Bulgaria) entró en 1945 bajo la égida de Moscú, ya fuera por la ocupación militar soviética y la aceptación de los socios de Yalta, o por su propia liberación y la opción escogida por los pueblos de Yugoslavia y de Albania.

La Yugoslavia de Tito, aislada durante los años 1948-1953, entre el ostracismo de Moscú y el anticomunismo occidental, había logrado con éxito una estrategia de construcción de un frente de “no alineados”, que le valió su amistad con el Tercer Mundo, particularmente a partir de la Conferencia de Bandung (1955). Los analistas del pensamiento geoestratégico de la época señalan curiosamente que este pensamiento era poco sensible ante la dimensión mediterránea de su país. Quizás el abandono de Italia después de la Segunda Guerra Mundial de sus visados tradicionales y la solución encontrada en 1954 ante el difícil problema de Trieste fueron la causa de este “olvido histórico”. Yugoslavia vivió después como un Estado preocupado ante todo por los problemas de equilibrio de sus relaciones regionales y, sobre todo, por el del equilibrio mundial entre las superpotencias. Porque en primer lugar, ella había logrado capitalizar la doble atracción nordista y danubiana de Croacia y Eslovenia y la rusa y balcánica de Serbia. El acercamiento iniciado por Kroutchev y continuado por sus sucesores, reconociendo como positivo el neutralismo de Tito en la arena mundial, así como el debilitamiento de los regímenes del Pacto de Varsovia a partir de los años 60 y sobre todo en los 70, garantizó, durante un tiempo, la seguridad yugoslava, que había cesado de sentirse como el objeto de cualquier conflicto regional. La diplomacia yugoslava pudo entonces desplegarse en las arenas internacionales, dándole al país un peso fuera de proporción con respecto a su tamaño. Pero, a pesar de que esta diplomacia había indiscutiblemente marcado puntos en Asia, en África y en América Latina, falló en Europa, donde su llamado a ampliar el frente de neutralistas nunca tuvo ecos favorables. Sin embargo, frente a la Europa de la OTAN, desde el norte hasta el sur del continente, entre dos pactos militares adversos, Suecia, Finlandia y Austria hubieran podido buscar iniciativas positivas comunes que se separaran del espíritu de la Guerra Fría. Más

tarde la Grecia de Pasok intentó ampliar el campo neutral europeo desembocando esta idea en 1982 en la proposición de cooperación para la desnuclearización de los Balcanes, dirigiéndose, simultáneamente, a ciertos países miembros de las dos alianzas (Turquía, Rumania y Bulgaria) o a neutrales (Yugoslavia y Albania). Estas proposiciones tampoco encontraron eco alguno.

La descomposición de Europa suroriental a partir de 1989 cambió todo el problema. La erosión, y luego el derrumbe de la legitimidad de los regímenes –fundada sobre un determinado desarrollo, sean cuales hayan sido sus límites y sus aspectos negativos–, hizo estallar la unidad de la clase dirigente, cuyas fracciones intentaron fundar su legitimidad bajo el nacionalismo. Las condiciones estaban dadas no solamente para permitir la ofensiva del capitalismo salvaje sostenido por Estados Unidos y la Unión Europea, sino también para que Alemania retomara la iniciativa en la región, arrojando leña al fuego –a través del reconocimiento de la independencia de Eslovenia y de Croacia, que la propia Unión Europea reafirmó– y acelerando en consecuencia el estallido de Yugoslavia y la guerra civil. Curiosamente, los europeos intentaron imponer en Bosnia ¡la coexistencia de las comunidades que ellos habían insistido en separar! Si es posible que los serbios, croatas y musulmanes coexistan en la pequeña Yugoslavia que resulta ser Bosnia, ¿por qué no hubieran podido coexistir en la gran Yugoslavia? Evidentemente, una estrategia de este tipo no hubiera tenido ningún éxito, lo que le permitió a Estados Unidos intervenir en pleno corazón de Europa. En la estrategia de Washington, el eje de los Balcanes-Cáucaso-Asia Central prolonga al Medio Oriente.

De los análisis propuestos anteriormente y que conciernen a las opciones político estratégicas de los países de la Rivera Norte del Mediterráneo saco una importante conclusión: la mayor parte de estos países, en el ayer fieles partidarios de Estados Unidos en el conflicto Este-Oeste, continúan alineados bajo la estrategia de hegemonía norteamericana frente al Tercer Mundo, y singularmente frente a los países árabes y de la región del Mar Rojo-Golfo. Los otros países (balcánicos y del Danubio) ayer implicados de una u otra manera en el conflicto Este-Oeste, han cesado de ser agentes activos en el permanente conflicto Norte-Sur, y se han convertido en objetos pasivos ante el expansionismo occidental.

Conclusiones: el Imperio del caos y la guerra permanente

He calificado el proyecto de dominación de Estados Unidos –la extensión de la doctrina Monroe a todo el planeta, particularmente desde el derrumbe de la Rusia soviética (1991)– como Imperio del Caos. El crecimiento de las resistencias de las naciones del Viejo Mundo anuncia que no aceptarán someterse tan sencillamente. Estados Unidos estará llamado a sustituir el derecho internacional por el recurso a las guerras permanentes (proceso que ha comenzado en el Medio Oriente, pero que apunta ya hacia Rusia y Asia), desliziéndose por la pendiente fascista (la “ley patriótica” ya le ha dado poderes a su policía frente a los extranjeros –*aliens*– que resultan ser similares a los que poseía la Gestapo).

Los Estados europeos, socios en el sistema del imperialismo colectivo de la tríada, ¿aceptarán esta deriva que los colocará en posiciones subalternas? La tesis que he desarrollado coloca el acento no tanto en los conflictos de intereses del capital dominante como en la diferencia que separa las culturas políticas de Europa y la que caracteriza a la formación histórica de Estados Unidos, y encuentra en esta nueva contradicción una de las principales razones del probable fracaso del proyecto de Estados Unidos⁷.

7 Ver El virus liberal, página 20 y siguientes (2003[a]), y La ideología americana, publicado en inglés en Ahram Weekly (2003[c]), ambos libros de mi autoría.

Bibliografía

- 1979 *Clase y nación en la historia y la crisis contemporánea* (Minuit).
- 1988 *El eurocentrismo* (Anthropos).
- 1989 *La derrota del desarrollo* (Harmattan).
- 1991 *El imperio del caos* (Harmattan).
- 1994 *La etnia al asalto de las naciones* (Harmattan).
- 1996 *Los desafíos de la mundialización* (Harmattan).
- 1997 *Crítica de la moda* (Harmattan).
- 2000 *La hegemonía de los Estados Unidos y el fin del proyecto europeo* (Harmattan).
- 2001 *Más allá del capitalismo senil, por un siglo XXI no americano* (PUF).
- 2003[a] *El tiempo de las cerezas* (s/d).
- 2003[b] *El virus liberal* (The New York Press).
- 2003[c] *The American Ideology* (El Cairo: Ahram Weekly).
- Amin, Samir y Ali El Kenz 2003 *El mundo árabe, finalidades sociales y perspectivas mediterráneas* (Harmattan).
- Amin, Samir y otros 1992 *Las finalidades estratégicas en el Mediterráneo* (Harmattan).
- Chaliand, Gérard y Arnaud Blin 2003 *America is back* (Bayard).
- Todd, Emmanuel 2002 *Después del Imperio* (Gallimard).

El reto de la mundialización¹

La mundialización, coartada del capitalismo salvaje

El discurso dominante hace de la mundialización una “obligación absoluta”, una “ley incuestionable” contra la que no se puede hacer nada. Aún más, la mundialización sólo tendría un aspecto, la que se nos propone en su nombre, siendo todas las demás forzosamente utopías.

Ahora bien, la historia nos muestra exactamente lo contrario. La historia no está dirigida por el despliegue infalible de las “leyes de la economía pura”, tal como lo imaginan los ideólogos del sistema. Se construye por las reacciones sociales a las tendencias que estas leyes expresan, las cuales definen a su vez las relaciones sociales concretas en el marco en que estas leyes operan. Este rechazo organizado, coherente y eficaz de la sumisión unilateral y total a las exigencias de estas supuestas leyes modela la verdadera historia así como la lógica “pura” de la acumulación capitalista. Dirigen las posibilidades y las formas de la expansión que se desarrolla por tanto en aquellos marcos en que imponen su organización.

Los retos a los que los pueblos se enfrentan hoy día son, sin duda, diferentes a los de ayer. Hay novedades. Son el resultado del conjunto de las transformaciones que han sufrido las relaciones sociales y las relaciones internacionales. Estas relaciones habían sido construidas al finalizar la Segunda Guerra Mundial sobre la base de la derrota del fascismo. En Occidente, esto había creado una relación de fuerzas considerablemente más favorable para la clase obrera como no lo había sido nunca en la historia precedente. Esta nueva relación constituye la clave que permite comprender el compromiso histórico capital-trabajo del Estado socialdemócrata.

Igualmente, las victorias de la Unión Soviética y de la Revolución China, crearon unas condiciones que estimularon el desarrollo, obligando precisamente al capital a ajustarse al compromiso histórico socialdemócrata. El debate sobre la naturaleza social de este desarrollo –socialista o no– y sus contradicciones internas en el origen de su derrumbe no debe hacernos olvidar este efecto estimulante de la competencia política Oeste Este. Simultáneamente el ascenso de los movimientos de liberación en el Tercer Mundo –la liquidación de la colonización– y la capacidad de los regímenes salidos de estas victorias para movilizar en su provecho los conflictos Oeste-Oeste han favorecido el crecimiento de las economías del Sur, crecimiento prodigioso en muchos de sus aspectos.

Por lo tanto, la expansión de la postguerra se produjo por el reajuste de las estrategias del capital ante las condiciones sociales que las fuerzas democráticas y populares le imponían. Justo lo contrario de las llamadas políticas de reajuste de nuestra época. Pero el período posterior a la Guerra (1945-1990) es también el de la erosión progresiva de los equilibrios sobre los que se asentaba su sistema. Por una parte es, en efecto, el de la industrialización de las periferias; y, por la otra, el desmantelamiento progresivo de los sistemas productivos nacionales centralizados y su recomposición en tanto que elementos constitutivos de un sistema productivo mundial integrado. Esta doble erosión es la nueva manifestación de la profundización de la mundialización. Esta ha carcomido progresivamente la eficacia de las gestiones de la modernización por el Estado

1 Distribuido en el Foro del Tercer Mundo, Dakar, 2002.

nacional a la vez que aparecían nuevas dimensiones de golpes mundiales del problema. (el desafío del medio ambiente a escala planetaria). El sistema mundial ha entrado entonces en una fase de crisis estructural a partir de 1968-1971, crisis de la cual no ha salido aún un cuarto de siglo más tarde, expresándose por la vuelta masiva y tenaz del paro en Occidente, la caída de los regímenes del sovietismo, graves involuciones en ciertas regiones del Tercer Mundo generalmente acompañadas por una endeudamiento exterior insoportable.

Es así como se han recreado unas condiciones favorables para la puesta en marcha de la lógica unilateral del capital. La mundialización es hoy día la coartada detrás de la cual se esconde esta ofensiva del capital, que quiere aprovecharse de las nuevas relaciones de fuerza que le son más favorables para aniquilar las conquistas históricas de las clases obreras y de los pueblos. Lo que aquí decimos sobre la mundialización se aplica igualmente al proyecto europeo, porque también se nos presenta el proyecto europeo bajo un aspecto exclusivo, el de un “mercado común” privado de cualquier dimensión social progresista. En estas condiciones, este proyecto sirve igualmente de excusa para dismantelar el orden social producido por las socialdemocracias nacionales sin que le sustituya un compromiso capital/trabajo análogo a escala europea.

La gestión capitalista de la crisis mundial

La crisis se expresa por el hecho de que los beneficios obtenidos de la producción no encuentran salidas suficientes en inversiones rentables financieramente susceptibles de desarrollar las capacidades de producción. La gestión de la crisis consiste entonces en encontrar “otros mercados” a este excedente de capitales flotantes, para evitar su desvalorización masiva y brutal, tal como ya se produjo en los años 30.

La mundialización exige que la gestión de la crisis opere a este nivel. La liberación de las transferencias internacionales de capitales, la adopción de cambios flotantes, las tasas de interés elevadas, las políticas de déficit sistemático de la balanza de pagos americana, la deuda exterior del Tercer Mundo, las privatizaciones, constituyen en conjunto una política perfectamente racional que ofrece a estos capitales flotantes la salida de una huida hacia delante en la inversión financiera especulativa, descartando por ahí mismo el peligro mayor, el de una desvalorización masiva del excedente de capitales. Se puede hacer una idea de la enormidad de la grandeza de este excedente uniendo dos cifras: la del comercio mundial, que es del orden de 3.000 millones de dólares por año, y el de los movimientos internacionales de capitales flotantes, que es del orden de 80 a 100.000 millones, o sea, treinta veces más importante.

En este marco de gestión de la crisis las instituciones internacionales son instrumentalizadas, a fin de servir especialmente para controlar las relaciones Oeste-Sur y las nuevas relaciones Oeste-Este. Los programas de reajuste estructural impuestos en este marco no son pues en absoluto lo que su nombre quisiera sugerir. No se trata de transformar las estructuras de una manera que permitiera seguidamente un nuevo impulso general y la expansión de los mercados. No se trata más que de adaptaciones coyunturales sometidas a las lógicas a corto plazo de gestión de la crisis, en particular a las exigencias de la garantía de la rentabilidad financiera de los capitales excedentes. Las exigencias de la gestión de la crisis están en el origen de la “financiarización” del sistema. La protección prioritaria de la rentabilidad de las inversiones financieras, en detrimento de las inversiones productivas, agrava la desigualdad en la repartición de los beneficios tanto en las escalas nacionales como en la mundial, y encierra en una espiral de estancamiento que hace difícil la salida de la crisis. Por el contrario, eso implicaría la modificación de las reglas

sociales que dirigen el reparto del beneficio, el consumo, las decisiones de inversión, la gestión financiera, es decir, otro proyecto social distinto al que prevalece actualmente.

Otros aspectos de la mundialización son necesarios y posibles

El capitalismo es un sistema mundial y la ofensiva del capitalismo salvaje también lo es. La respuesta a esto, la solución del problema, por tanto, debe serlo también. Pero el socialismo mundial –la única respuesta humana al desafío– no es para mañana, hay que actuar desde ahora mismo en un sentido que favorezca una evolución favorable a más largo plazo, saber insertarse en los márgenes de acción posibles –por ténues que sean– para reforzar las capacidades de elección en un futuro. Sin duda estas posibilidades son diferentes en cada país, pero se inscriben en una misma perspectiva porque, en definitiva, las políticas del capital son las mismas al Norte que al Sur, en todas parten producen el paro, la pobreza y la exclusión, incluso si la herencia histórica y la posición ocupada en la jerarquía mundial dan dimensiones más o menos dramáticas a la catástrofe social. Existe pues una base objetiva sobre la cual puede y debe erigirse el internacionalismo de los pueblos, frente al del capital. Si el mundo no puede gestionarse como un “mercado mundial”, el hecho de lo que la mundialización representa no puede ya ser rechazado y negado. Nunca es posible “remontar hacia atrás” el curso de la historia. Volver a los modelos de la expansión de postguerra implicaría regresiones económicas y de otros tipos insostenibles. Es por lo que las ideologías del pasado que niegan el carácter irreversible de la evolución recorrida, necesariamente son llamadas a funcionar como fascismos, es decir, a someterse de hecho a las exigencias de las nuevas condiciones impuestas por la mundialización mientras que se pretende liberarse de las mismas. Están pues fundadas sobre el engaño y la mentira, y es por lo que únicamente pueden funcionar mediante la negación de la democracia. Por lo tanto, ellas están abocadas a movilizar a las sociedades sobre falsos problemas –la emigración, la pureza étnica, la sumisión a leyes supuestamente religiosas– y a instrumentalizar estos métodos para imponer sus dictaduras mediante el terror o la manipulación del chovinismo.

Por tanto, ahora el reto consiste en conciliar la interdependencia que la mundialización implica y las desigualdades de poder frente a esta mundialización que, como se dice, caracterizan los diferentes “compañeros sociales” y los diferentes “compañeros nacionales”. Hay que partir de esta evidencia banal: el mundo es a la vez único y diverso. Pero cuidado, la diversidad no es únicamente –o incluso principalmente– cultural. El acento puesto sobre esta última relega a un segundo plano la diversidad mayor, la de las posiciones ocupadas en la jerarquía económica del capitalismo mundializado. Es a esta última a la que hay que combatir en primer lugar.

No solamente ésta se manifiesta en las desigualdades entre los pueblos sino también en las desigualdades sociales internas. No habrá solución a la crisis en tanto no sean reforzadas las posiciones de todos los “débiles” del sistema: los pueblos de las periferias, las clases sociales dominadas en todos los países de los centros y de las periferias. Dicho de otra manera, salir del “colonialismo global” y de los mitos liberales, rechazar los repliegues neofascistas ilusorios. Tales son los grandes principios a partir de los cuales se puede desarrollar una reflexión útil para la construcción de un contraproyecto humanista, universalista (preocupado por respetar las diversidades, pero no las desigualdades), y democrático. La realización de un proyecto tal implica la construcción de un sistema político mundial no “al servicio”, del mercado mundial, sino definiendo el marco de operación de éste, como el Estado nacional ha representado históricamente no el campo de despliegue del mercado nacional, sino el marco social de este

despliegue. Un sistema político mundial que tendría pues mayores responsabilidades en cada uno de los cuatro dominios siguientes:

- (I) La organización de un desarme global en los niveles apropiados, liberando a la humanidad de la amenaza de holocaustos nucleares y otros.
- (II) La organización de un acceso equitativo, cada vez menos desigual, en el uso de los recursos del planeta, y la puesta en marcha de sistemas mundiales de decisión en este terreno, incluido un arancel de los recursos que imponga la reducción del despilfarro y el reparto del valor y de la renta asignada a estos recursos, iniciando por ahí incluso los elementos de un sistema fiscal mundializado.
- (III) La negociación de relaciones económicas flexibles, abiertas pero controladas entre las grandes regiones del mundo; desarrolladas desigualmente, reduciendo progresivamente los monopolios tecnológicos y financieros de los centros.
- (IV) La organización de negociaciones que permitan una gestión correcta del conflicto dialéctico mundial/nacional en los terrenos de la comunicación, de la cultura y de la política. Esta gestión implica la creación de instituciones políticas que permitan la representación de los intereses sociales que operan a escala mundial, de alguna manera el inicio de un “Parlamento mundial”, dejando atrás el concepto de las instituciones inter-Estados en vigor hasta ahora.

Resulta más que evidente que los objetivos del proyecto humanista evocado no constituyen el centro inmediato de los conflictos en curso. No nos asombra e incluso nos sorprendería si fuera así. La erosión del antiguo sistema de la mundialización no prepara por sí misma su propia superación y no puede desembocar en lo inmediato más que en el caos. Las fuerzas dominantes inscriben su acción en este caos, buscando únicamente obtener la cobertura para su beneficio a corto plazo, agravando por eso mismo el caos. Las respuestas inmediatas de los pueblos a la degradación de sus condiciones no son ya necesariamente positivas; en el desconcierto de las respuestas ilusorias, como son los repliegues fundamentalistas o chovinistas, pueden movilizar fuerzas importantes. Nos toca construir en la teoría y en la práctica las condiciones de la respuesta humanista al desafío. A falta de ello y hasta que sea así, involuciones regresivas –y criminales– seguirán estando dentro de lo posible.

Más allá de la mundialización liberal: ¿un mundo mejor o peor?¹

El futuro visto por las potencias dominantes

La masa informativa sobre todos los países del mundo recolectadas por la CIA no tiene parangón. Esta institución no hace sin embargo ningún análisis riguroso; sin duda porque sus dirigentes están atrapados en sus prejuicios, incapaces de escapar al mundo anglosajón y, por lo tanto, desprovistos de espíritu crítico y de imaginación.

El informe de la CIA sobre el estado del mundo en 2020 no contempla que los principios de la mundialización liberal en vigor, calificada como “Proyecto Davos”, puedan ser cuestionados. Porque para Washington y sus amigos estos principios son evidentemente perfectos. Por consiguiente no existe una alternativa creíble a los mismos, y los que no piensan así no pueden ser sino unos extraviados irracionales o demagogos sin principios. El liberalismo mundializado es considerado como portador de un gran crecimiento económico allí donde, seriamente, se lleva a cabo. La mundialización liberal es, por definición, feliz.

Desde luego en su desarrollo real este proyecto que constituye “el fin de la historia” (evidentemente, para sus defensores) padece insuficiencias generadoras de fracasos – pasajeros – y engendra reacciones absurdas (porque cuestionan los buenos principios del liberalismo) que provocan situaciones caóticas. Según esta visión, los “pueblos”, los “políticos” y los “ideólogos” son los únicos responsables del fracaso y del caos. La lógica de la expansión del liberalismo mundializado (es decir, la lógica de la acumulación de capital) sólo puede ser portadora de bienestar para todos (o casi).

Estas maneras de razonar y estas visiones del mundo no son potestad sólo de los equipos en el poder en Washington. Reproducen el discurso dominante de la mayoría de los poderes y dan cuenta de los estrechos límites que imponen los prejuicios sobre los cuales aquéllas están fundadas. Un análisis de la realidad que aspire a ser tan verdadero como posible, debe empezar por cuestionar estos prejuicios y someter las tesis que inspiran a una crítica rigurosa.

Las “distancias” entre el mundo en 2020 visto por el *establishment* de los EE.UU. y el mundo de hoy tienen sólo una importancia relativa. Estas “distancias” refieren al lugar de Asia (China y la India, en particular) en la economía mundial derivadas del sostenido crecimiento de estos dos grandes países. Este crecimiento se inscribiría en la mundialización liberal y sería perfectamente compatible con el mantenimiento del liderazgo de los EE.UU. En ningún momento se cuestiona la supervivencia indefinida de este modelo, sin que las contradicciones internas de los países en cuestión conozcan un nuevo e imprevisto rumbo.

En otras partes, “nada para señalar” (o casi)

Europa sería prisionera de sus “impotencias” (para reformarse radicalmente en el sentido liberal, para adoptar un modelo de gestión de sus inmigrantes inspirado por la práctica de los EE.UU.,

1 Traducido por: Damián Pierbattisti.

etc.) y por este motivo su economía se vería afectada por una aguda atonía. Pero en ningún momento se ha considerado que ésta pueda transformarse en insostenible, a punto tal de poner en cuestión el liberalismo en el plano nacional, paneuropeo o en las relaciones con el resto del mundo. No se piensa que Europa pueda renunciar a su política atlantista y a la protección de los EE.UU. frente a los terroristas, que sólo Washington estaría en condiciones de doblegar por medio de guerras preventivas.

Rusia, siempre refractaria a la democracia, sería incapaz de reconstituirse como potencia industrial modernizada y dinámica y se volvería una potencia exclusivamente petrolera (como Arabia Saudita). Afectada por su estructura demográfica, atascada en sus tensas relaciones con los nuevos Estados de Asia Central y del Cáucaso, definitivamente separada de Ucrania, preferiría navegar tras la estela de Washington antes que intentar un acercamiento a Europa, en el cual esta última no está interesada.

América Latina continuaría tal cual se la ve hoy en día. Avance del liberalismo en el Cono Sur y en México y en dirección de la integración en base al proyecto de la Zona de Libre Comercio de las Américas (ALCA); una prueba más del liderazgo de Washington. El “vestigio del pasado” (Cuba) desaparecería, los sobresaltos populistas (tipo Chávez) no tendrían futuro y el crecimiento de los indigenismos resultaría controlable.

El África negra no entraría nunca en la era de la industria, incapaz de seguir en esto los ejemplos de Asia y de América Latina. Afectada por la extensión de la pandemia del sida y por una fuerte tradición de “mal gobierno”, sólo conocería un crecimiento económico a través de la explotación de sus materias primas (petróleo) y, quizás, de algunos productos agrícolas.

Finalmente, los mundos árabe y musulmán –de Marruecos a Indonesia– continuarían paralizados por el agrupamiento masivo de sus pueblos al fantasma de la reconstrucción de un “Califato” mítico. El fracaso permanente de este proyecto produciría inestabilidad política –volviendo imposible el progreso democrático– y una mediocre performance económica, sin que el problema del terrorismo llegue a constituir una real amenaza para el resto del mundo. El fracaso del terrorismo tiene, sin embargo, un precio: la ocupación permanente de Irak (ya prevista por Washington antes de su agresión) y la postergación a las calendas giregas de la democracia en ese país; junto a la falta de solución del problema palestino y a las restricciones de los derechos democráticos en los países del Occidente “civilizado”.

Estos posibles escenarios conducen a la conclusión de que el liderazgo de los EE.UU. no estaría amenazado. Ni siquiera por la Asia triunfante, por la Europa hundida en el estancamiento y atada por el Atlantismo (y la OTAN) a los EE.UU. La ONU continuaría en decadencia, relevada en su rol del control del gobierno político del sistema mundial por los EE.UU. con el sostén eventual (pero no necesario) de la OTAN. Guerra preventiva, deber de intervención (llamada humanitaria), propagación (manipulación de hecho) de los derechos del hombre, constituirían lo esencial del discurso de legitimación del nuevo imperialismo, en 2020 como hoy en día.

Esta imagen del porvenir del mundo plantea un problema

Este futuro está presentado en el marco de pretendidos “escenarios” que, de hecho, se resumen a la alternativa de “el mundo según Davos” (es decir, la profundización de la mundialización liberal, que asegura el liderazgo más o menos exclusivo de los EE.UU.) o el “caos”. Este

es un falso dilema porque en la realidad es la continuación del “proyecto de Davos” el que engendra el caos (las reacciones “populistas” a los fracasos sociales, el terrorismo, etc.). Entonces sólo nos encontramos frente a un único escenario: la prolongación del proyecto liberal garantizado por el liderazgo de los EE.UU. y la gestión del caos por la militarización de la mundialización.

Mi análisis del capitalismo realmente existente me lleva a una conclusión completamente diferente. Este sistema –en su forma liberal mundializada– no es viable, en la medida en que el caos que engendra, lejos de ser “controlable” por los medios imaginados por las clases dirigentes del sistema, sólo puede agravarse rápidamente y en proporciones dramáticas. Ejemplos de esto son: el fracaso militar y político en Irak, el creciente rechazo del “proyecto europeo” por los pueblos involucrados, las explosiones de violencia (como las que surgieron en noviembre de 2005 en los suburbios populares de las ciudades de Francia), y muchos otros fenómenos cotidianos. En función de esto, no sostengo que una salida aceptable “se impondrá necesariamente”. Aun en el horizonte próximo de 2020, el mundo de mañana será probablemente diferente del de hoy, pero no necesariamente mejor. Podría ser igualmente peor.

Los escenarios interesantes y útiles para avanzar en la reflexión son, desde mi punto de vista, aquellos que esbozan tanto el peor como el mejor de los mismos y que por ello identifican las condiciones de su emergencia.

¿Es viable el proyecto europeo?

Los discursos optimistas en relación al “proyecto europeo”, alimentan la verborragia de la mayor parte de los políticos del continente, tanto de izquierda como de derecha. Solamente los “extremistas populistas” (tanto de izquierda como de derecha) rechazarían este proyecto que no tendría alternativa. Y, sin embargo, los indicadores que muestran una creciente decepción de los pueblos son llamativos.

Porque, de hecho, el proyecto europeo es muy particular: pretende, sobre todo desde el Tratado de Maástricht (1992), reducir los márgenes de las políticas económicas nacionales sin construir, como contrapartida, un gobierno sustituto a nivel de la Unión. Dicho de otra forma, la Unión Europea funciona en los hechos como la región más “mundializada” en el sentido más brutal del término (anulación del margen de autonomía de los Estados). No es el caso de los EE.UU., ni el de otras regiones del mundo donde el Estado, aún frágil y vulnerable, continúa manteniendo el control de sus decisiones; limitado “solamente” por las reglas de la OMC (si bien estas también tienen como perspectiva la anulación progresiva de los derechos y prerrogativas de los Estados). Europa está, en este gran retroceso general, un paso adelante del resto del mundo.

Esta mutilación que se autoinflingieron los Estados europeos afecta a todos los ámbitos de la vida económica. Europa ya no tiene ni política monetaria, ni política de cambio, ni política presupuestaria, ni política de empleo, ni política industrial.

El Banco Central Europeo (BCE) se autolimitó para llevar adelante una política monetaria. Esta fue substituida, invocando la prohibición absoluta para que los Estados financien sus déficits a través de “su” banco central, por el objetivo exclusivo de la estabilidad de precios garantizada. Al operar en estas condiciones, el BCE ya no tiene un interlocutor público (ni los Estados, ni

la Unión) ante los cuales debería justificar su política. Por principio, esta opción deflacionista, constituye un obstáculo suplementario permanente al dinamismo de la economía.

El BCE ya no puede implementar ninguna política de cambio activa, cuyos objetivos (euro “fuerte” o euro “débil”) deberían ser definidos por un interlocutor público que ya no existe. Por el contrario, el gobierno de los EE.UU. conservó todas sus prerrogativas en el ámbito de la gestión monetaria. Así, es Washington quien decide si el dólar será fuerte o débil, mientras que el euro solamente puede ajustarse a ello. A esto hay que agregar otro aspecto: el patrón dólar es, de hecho, un patrón petróleo/dólar. Los precios del petróleo son fijados en dólar y los EE.UU. prohíben a los países productores, si es necesario a través de la intervención militar (como fue el caso en Irak), ofrecer su petróleo contra pagos en euros. Los Estados europeos, hasta hoy, han rechazado entrar en este juego y “dar pena” a su amigo transatlántico. Mutilado de esta forma, el euro no puede transformarse en una moneda internacional a la par del dólar.

El “pacto de estabilidad” sepultó toda posibilidad de diseñar políticas presupuestarias. Esta opción fue justificada invocando una dudosa teoría de la cobertura del déficit de las finanzas públicas a través de impuestos o de empréstitos. Esta justificación resulta superflua porque este Pacto limitó al 3% el déficit máximo autorizado y a 60% del PBI el techo de la deuda. Ni los EE.UU., ni ningún otro país del mundo (salvo las semicolonias sometidas a la administración del FMI), se han infligido semejante mutilación, calificada como simplemente “estúpida”, con sobrada razón, por Romano Prodi.

La abolición de toda política industrial nacional (bajo la excusa de una supuesta “transparencia” de la “competencia” la que, sin protección o subvención, impulsaría la asignación más eficaz de las inversiones) y de toda política de empleo, dejando todo en manos de las leyes del mercado (la flexibilidad, supuestamente, resuelve los problemas), reforzado esto último por el desmantelamiento de los servicios públicos y las privatizaciones, no ha sido compensada, ni siquiera parcialmente, por políticas comunitarias. No hay ni “Europa industrial”, ni “Europa social” a la orden del día. Sin duda, desde este punto de vista, Europa se acerca al modelo que siempre ha sido el de los EE.UU., resquebrajando todas las tradiciones que, durante los siglos XIX y XX, fueron el origen de su éxito. Es interesante observar que las dos únicas manifestaciones de la tecnología europea (Airbus y el cohete Ariane) han sido el producto de intervenciones de servicios públicos y que, dejados a la iniciativa privada, estos dos resultados no habrían, jamás, tenido lugar.

En un ámbito particular, el de la agricultura, Europa implementó, en efecto, una política activa, comunitaria, liberada del liberalismo doctrinario. Esta política ha dado resultados envidiables: permitió la modernización de la agricultura familiar, el aumento de las superficies y la intensificación del equipamiento; una especialización más fuerte, garantizada por los precios que aseguran la equivalencia entre el ingreso del trabajador del campo y del trabajador urbano, finalmente liberado de los excedentes de exportación importantes (incluso demasiado). ¿Cuánto costó? La mitad del presupuesto de la Comunidad Europea, pero este es insignificante (menos del 1% del PIB de los países en cuestión). Hoy en día, como se sabe, la PAC está siendo puesta en cuestión.

Beneficiándose del segundo puesto de los gastos de la Unión (un tercio del presupuesto), las políticas regionales están fundadas en graves ambigüedades que vehiculizan ambiciones políticas discutibles. El objetivo no es tanto la reducción de las desigualdades (entre los Estados y la

Unión y en el seno de aquellos entre las regiones que los constituyen) cuanto el sostenimiento de su capacidad de “mantener la competencia”, suponiendo que esta es portadora de progreso para todos (el liberalismo doctrinario nunca fue puesto en duda a pesar de las desmentidas contundentes que, tanto el pasado como el presente, le infligen). El sostenimiento de los Estados menos desarrollados tiende, por otra parte, a perder importancia (al menos relativa) después de la incorporación de las PECO en la Unión. Articulados principalmente a partir de los apoyos a las regiones, en lo que concierne a sus gastos de infraestructura y de educación, las políticas de regionalización implementadas acentuaron las desigualdades y favorecieron a las “regiones portadoras de futuro” (como las regiones de Baviera, Lombardía y Cataluña). El objetivo político que se persiguió fue reducir el alcance de las “unidades nacionales” en beneficio de las fidelidades “regionales”. El liberalismo mundializado prefiere siempre los Estados pequeños a los grandes, porque el desmantelamiento de las funciones del Estado es más fácil entre los primeros. En la Unión Europea se prefiere la afirmación “baviera”, “catalana” o “lombarda” a la de las naciones (siempre sospechadas de derivaciones “chauvinistas”).

En definitiva, las concepciones que dominan las visiones de la expansión de la Unión no son de naturaleza diferente de aquellas que fundaron el proyecto de integración de los EE.UU. para América Latina, en una vasta zona de libre comercio.

Las políticas de cooperación de la Unión con África subsahariana sólo fueron “neocoloniales” y han perpetuado el encierro del continente en un estatuto “preindustrial”. El alineamiento liberal de la Unión rige los acuerdos de Cotonou (2000) y los postulados de los “acuerdos económicos regionales” (APER), agravando esta evolución desfavorable. África es, en esta perspectiva, el objeto de una “exclusión programada” (Cf. S. Amín y alii, *Afrique: renaissance ou exclusion programmée*, 2005). De hecho la “mundialización abierta”, asociada al sostenimiento del continente en un estatuto pre-industrial es una estrategia implementada para dar al capital transnacional dominante los medios de saquear, a buen precio, los recursos naturales del continente. Pero hay que saber que este saqueo beneficiará más a las transnacionales de los EE.UU. que las europeas. En esta perspectiva de la decadencia sostenida de África, las políticas de cooperación (hoy calificadas de “Asociación”) entre la Unión Europea y los ACP perderán, progresivamente, su importancia en beneficio de otras iniciativas en dirección de América Latina, de Asia y de la región mediterránea. Pero hasta hoy, nada indica que estas iniciativas podrían innovar y tomar distancia con respecto a las lógicas de expansión del capital transnacional. Los proyectos “euro-mediterráneos” están vaciados de todo alcance potencial por el agrupamiento, de hecho, de los europeos a instancias de Washington y de Tel Aviv; a pesar de la retórica presente tanto de un lado como del otro.

El proyecto europeo, tal cual es, llevó hasta el absurdo la adhesión a lógicas sistemáticamente desfavorables para alcanzar un despliegue económico del continente. ¿Debemos, entonces, plantearnos la pregunta de por qué estas opciones fueron escogidas (que Prodi calificó, con justa razón, de “idiotas”)?

La única respuesta razonable que se pueda dar a esta cuestión es que esta elección ha sido hecha por el gran capital dominante porque era el medio –el único posible, para éste– de quebrar la fuerza social que los trabajadores europeos (clases obreras en primer lugar) habían adquirido al término de dos siglos de luchas. El desmoronamiento del sistema soviético posibilitaba esta situación. La opción era perfectamente “racional”, pero a partir de una lógica política de corto término, que siempre contó con el beneplácito del gran capital. Es absurdo el comportamiento de

los partidos socialistas y socialdemócratas europeos que creyeron que, con el desmoronamiento de los partidos comunistas, harían su negocio, mientras que la estrategia liberal apuntaba a liquidar tanto a unos como a otros.

No creo, por consiguiente, que el proyecto europeo tanto en su dimensión liberal extrema cuanto en su alineamiento con la geoestrategia de Washington, sea viable. La cuestión de saber cómo será puesto en cuestión, a qué tipo de coacciones, ligadas a su evolución, estará sometido, queda, sin embargo, abierta.

Vuelvo al punto de mi análisis que conduce a las “culturas políticas”. Estas, en una buena parte del continente europeo, pueden ser leídas como una sucesión de desarrollos mayores que formaron la escisión derecha-izquierda: la filosofía de las Luces, la Revolución francesa y, particularmente, la Convención Serrana, la formación del movimiento obrero y socialista del siglo XIX, el marxismo y la Comuna de París, la Revolución Rusa y la formación de los partidos comunistas. La derecha se constituyó como oposición en el curso de la Restauración (la “Santa Alianza”), por la formulación de ideologías “antimarxistas” (que derivaron hacia los fascismos), la corrupción ideológica procolonial (y racista), el antisovietismo. Las etapas de la formación de la cultura política de los EE.UU. no tienen nada que ver con esta historia. Esta cultura se fue construyendo a partir de una sucesión diferente de desarrollos mayores: la inmigración en Nueva Inglaterra de sectas antiluministas, el genocidio de los Indios y el esclavismo al interior de la sociedad (cuyo impacto es diferente al del esclavismo practicado en las lejanas colonias), la ausencia de conciencia de clase política en lugar de la cual las sucesivas olas de inmigrantes instalaron los diferentes comunitarismos. La cultura política producida por esta historia no es la de un fuerte contraste izquierda (potencialmente socialista) –derecha, sino la de un “consenso”– procapitalista que relativiza fuertemente la bipolaridad electoral (Demócratas-Republicanos).

La pregunta que se plantea hoy en Europa es saber si la herencia de la cultura política está llamada a desmoronarse (y la izquierda a desaparecer en tanto portadora de un proyecto poscapitalista) en beneficio de una “americanización” en curso (los partidos socialliberales forman parte del concierto de los defensores del “capitalismo eterno”), o si una “nueva izquierda” es capaz de cristalizarse alrededor de programas a la altura de los desafíos. Las dos evoluciones son, en mi opinión, posibles.

La ofensiva ideológica de la nueva derecha (que integra la mayoría de la izquierda electoral) desarrolló un discurso “antifrancés” rabioso, porque, con sobrada razón, esta derecha ve en Francia –la que jugó un rol mayor en la cristalización de las culturas políticas en Europa– el “eslabón débil” del sistema europeo, comprometido con la ruta de la americanización. “Colbertismo” (es decir un sistema que, en su tiempo, construyó con la monarquía absoluta las bases de la modernidad capitalista superando el feudalismo), “jacobinismo” (que había comprendido que el liberalismo económico era el enemigo de la democracia y que la Revolución debería ser popular y no estrictamente burguesa, como lo fue la de Inglaterra), “laicidad” (a cuyo “radicalismo” le falta la maduración de identidades “comunitarias”, deseado por el modelo de derecha proamericano), incluso “gaullo-comunismo” (al cual Cohn Bendit prefiere, sin duda, el petainismo antisoviético), constituyen todos los temas repetidos ad nauseam por esta propaganda mediática. Ahora bien, es necesario constatar que todos estos temas son dominantes en los discursos “europeos” (en el sentido “proUnión Europea” tal cual es y tal cual quiere ser).

Más allá de la práctica del proyecto europeo, sería oportuno hacer el análisis de su discurso. En este discurso, toda referencia a la herencia de la cultura política europea es calificada como algo “pasado de moda”: la defensa de los intereses de clases (incansablemente tratada de “corporatismo”), el respeto de “lo nacional” (se prefieren los regionalismos impotentes frente al capital; los comunitarismos, incluso las etnocracias a la báltica, croata, etc.). En cambio, son “modernos”: el elogio de la competencia entre trabajadores, regiones y países (cualquiera sea el precio social), o el de conceptos antilaicos de la religión (como la papolatría a la polaca).

La reconstrucción de una izquierda europea exige, evidentemente, la crítica radical de todos estos discursos. Exige, además, que se identifiquen los principios a partir de los cuales tal alternativa podrá ser construida y extraer las conclusiones en términos de programas a corto y a largo plazo.

Las consideraciones precedentes constituyen una lectura rigurosa no sólo del “proyecto europeo” tal cual es, sino también de las reacciones que suscita aun en el seno de los movimientos sociales progresistas y comprometidos. El proyecto tal cual es debería, sin duda, ser calificado no de “proyecto europeo” sino de “postigo europeo del proyecto atlántico ubicado bajo la hegemonía de los EE.UU.”. Las mayores reacciones críticas del proyecto me parecen estar más articuladas a la búsqueda de un equilibrio menos asimétrico en el seno de la tríada imperialista (por un acomodamiento, en este marco, de las relaciones entre Europa y los EE.UU.) que a la de un equilibrio mundial menos desventajoso para el “resto del mundo”.

El Sur, ¿puede hacer retroceder al imperialismo?

El imperialismo colectivo de la Tríada (EE.UU., Europa, Japón) está a la ofensiva y se aboca activamente a rehacer el mundo en función de sus propios objetivos. Ya llegó a reducir los poderes en la casi totalidad de los países del Sur al estatuto de “compradores”. En este marco, los EE.UU., en tanto constituyen la punta de la espada de esta ofensiva, están en posición de desplegar su proyecto hegemónico específico. Este proyecto pasa por la implementación de un “control militar del Planeta” (los mismos términos en los que Washington expresa, sin pudor, sus ambiciones).

Para la implementación de este proyecto, Washington eligió a Medio Oriente como región para dar el primer golpe, por diferentes razones que yo recordé en otro lugar (Cf. S. Amin, *L'hégémonie des Etats Unis et l'effacement du projet européen*, 2000). Pero el proyecto apunta mucho más allá del Oriente Medio: al Sur en su conjunto, es decir, a que toda Asia, África y América Latina continúe siendo imperialista) y el “Sur”.

El momento actual se caracteriza por el estallido del Sur, y por el creciente contraste entre un grupo de países llamados “emergentes” (como China, India, Brasil, pero también por países de talla más modesta como Corea, entre otros) con un polo, un “cuarto mundo” estancado. ¿Podemos concluir que los países emergentes están en el camino del desarrollo en el sentido de la recuperación? Mi análisis, que refiere a las características del nuevo sistema centros –periferia, me conduce a una respuesta negativa a esta pregunta. En este análisis, las nuevas ventajas decisivas que definen las posturas de dominación de los centros ya no estarán constituidas por el monopolio de la industria como en el pasado, cuando la contradicción centro– periferia era prácticamente sinónimo de país industrializado –país no industrializado, sino por el control de las tecnologías, de los flujos financieros, del acceso a los recursos naturales, de la información y de las armas

de destrucción masiva. Por medio de esto, los centros imperialistas controlan efectivamente las industrias deslocalizadas en las periferias “emergentes”– las verdaderas periferias del futuro.

En esta perspectiva, el *establishment* de los EE.UU. considera que China constituye su adversario estratégico mayor. Este *establishment* está, sin embargo, dividido sobre esta cuestión central. Una fracción piensa que China podría continuar su desarrollo económico acelerado inscribiéndose en la mundialización liberal tal cual es y que, por este motivo, aceptará jugar el juego y se acomodará al liderazgo de los EE.UU. Pero otra fracción de la clase dirigente de Washington teme que la China juegue su propio juego, intente apropiarse de las tecnologías avanzadas y, simultáneamente, refuerce sus capacidades militares. Sería necesario, entonces, encarar una guerra preventiva contra este adversario estratégico antes que sea demasiado tarde.

Se hacen demasiadas ilusiones, en los países emergentes en cuestión, sobre el futuro que prepara el desarrollo en curso. En el caso de China, el éxito de la opción de lo que podría ser una perspectiva capitalista nacional –la de un capitalismo poderoso devenido actor activo en el sistema mundial– se choca con obstáculos que siempre pueden ser más serios. Por un lado, esta opción no puede asociar las extensas masas populares urbanas y campesinas a los beneficios del crecimiento económico. Las resistencias de aquéllas son llamadas a manifestarse, siempre, con más vigor. Yo llamé la atención aquí con la resistencia particular de los campesinos, beneficiarios de una revolución radical en su favor, amenazados por el proyecto de privatización del suelo agrario (un proyecto de “cercamiento”). El desarrollo de estas luchas podría hacer desviar el proyecto chino en dirección de un “socialismo de mercado” auténtico, es decir de una combinación que da toda su fuerza a la prioridad social (la justicia social) en el modelo de desarrollo, reorientado hacia la expansión prioritaria de la demanda interna de las clases populares. Nos alejaríamos mucho, entonces, del modelo de la China que se inscribe simplemente en la mundialización liberal. Yo remito aquí a los debates sobre este tema, muy vivos en China (S. Amin, *Theory and practise of chinese market socialism*, 2005).

Por otro lado, habría que ser muy inocente para pensar que las potencias imperialistas dominantes aceptarían, sin reaccionar, ver un país del tamaño de China erigirse en “socio igualitario”. Cuando China creyó poder comprar una transnacional de petróleo para insertarse más en la mundialización liberal y de esta forma asegurarse su abastecimiento, los EE.UU. –en violación de todos los principios, que solo los doctrinarios del liberalismo creen ser los que rigen la realidad de las relaciones económicas–, hicieron zozobrar tal tentativa a través de una intervención política brutal. Los choques entre China y las potencias imperialistas, en todos los ámbitos que refieren al acceso de los recursos naturales del planeta, la dirección de las tecnologías modernas, los derechos de propiedad industrial, pueden volverse violentos de un momento al otro. Más aún que los conflictos que no tardarán, tampoco, en desarrollarse a medida que China se imponga en los mercados internacionales de productos terciarios.

Las ilusiones que alimentan tanto a unos como a otros, en los otros países emergentes, son todavía más groseras. En Brasil, por ejemplo, pero también en otros países de América Latina, segmentos importantes de la izquierda imaginan la posibilidad de construir bloques hegemónicos administrados en la tradición de la socialdemocracia (la “buena”, aquella del *Welfare State* de la posguerra en Europa, no la de hoy en día alineada con el liberalismo).

Se olvidan, así, las condiciones absolutamente excepcionales que permitieron el *Welfare State* socialdemócrata. Las sociedades occidentales en cuestión disponían de un avance sobre todas

las otras; lo que permitía, a la vez, concesiones del capital al trabajo y la prolongación de su dominación imperialista sobre el resto del mundo. La socialdemocracia ha sido socialimperialista e incluso socialcolonialista. Además, la amenaza que constituía la alternativa comunista fue decisiva en este deslizamiento del poder en dirección del compromiso histórico capital-trabajo, que caracteriza a este momento excepcional de la historia.

La suerte que el proyecto imperialista reserva a los pueblos de las periferias “no emergentes” es todavía más dramático. Las regiones del mundo llamadas “marginalizadas” constituyen, de hecho, el objeto de políticas sistemáticas de las fuerzas dominantes que califico como estrategias “de exclusión programada” de los pueblos, la que facilita una integración acelerada de sus recursos naturales sometidos a un saqueo intensificado. La implementación de este proyecto sólo es posible mediante la agresión y la ocupación militar (como en Irak) y el sometimiento mediante deudas (el caso de los países de África). En este marco, Europa y Japón se alinearon, prácticamente, con Washington. La conferencia de la Euro Med llevada a cabo en Barcelona (fin de noviembre de 2005) refleja tal alineamiento: Europa, allí, intentó imponer la agenda de preferencia de Bush – la prioridad en la “lucha contra el terrorismo”. Los gobiernos árabes, hoy dóciles al extremo frente a las exigencias de los amos del sistema, han sido coaccionados para recordar que no era posible despreciar, a tal punto, los derechos del pueblo palestino e iraquí. Europa intenta sostener sus “intereses” en la región árabe luego de los EE.UU., expresados en el proyecto llamado “Gran Medio Oriente”. Lo mismo en lo que concierne al África subsahariana, como lo ilustran los acuerdos de Cotonou (2000) y los proyectos llamados de asociación entre la UE y las Comunidades Regionales de África. El alineamiento de todos en los mismos discursos insípidos, que refieren a la “reducción de la pobreza” o al “buen gobierno”, a la arrogante toma de posición del nuevo Director General de la OMC (el “socialista” Pascal Lemy), empalidecen a los embajadores de la administración Bush; [esto] testimonia la unidad de los socios de la tríada imperialista.

Frente a este desafío de una brutalidad nunca vista, las reacciones del Sur son tímidas al extremo, o inapropiadas. Los gobiernos, como aquellos de los protectorados antiguos, no disponen más que de un limitado margen de movimiento, guardándose de criticar el liberalismo económico, cuyos países cubren los gastos. Desamparados, vastos sectores de las clases populares se acoplan detrás de retóricas parareligiosas o paraéticas, que reflejan las divisiones entre los pueblos del Sur.

Reconstruir el frente unido del Sur, contra el imperialismo colectivo de la tríada y la ofensiva militarista de los EE.UU., constituye el desafío al que están confrontados los pueblos de Asia, África y de América Latina.

Los pueblos de Asia y de Africa habían llegado –durante la “era de Bandung” (1955-1975)– a hacer retroceder al imperialismo de la época, gracias al frente unido que le oponían. Pero las condiciones que permitieron estos éxitos no son más las que rigen la coyuntura actual. En aquella época, los poderes establecidos, salidos de los movimientos de liberación nacional y de auténticas revoluciones populares, se beneficiaban, por este motivo, de una legitimidad verdadera y de la confianza de sus pueblos. Además, los Estados que dirigían podían contar, hasta un cierto punto, con el apoyo de la Unión Soviética, restringiendo a los agresores imperialistas a una cierta discreción. Se sabe que, pasado el tiempo, después de la desaparición de la Unión Soviética, las potencias imperialistas regresaron a su tradición de agresión brutal.

La auténtica alternativa –que yo llamaré un Bandung (y una Tricontinental) de los Pueblos– choca, pues, con obstáculos serios. Las tareas que las izquierdas en los países del Sur tienen que

cumplir no son más fáciles que las del desafío ante el cual las izquierdas europeas están siendo confrontadas.

Sobre el frente cultural: todo para atrás

El retroceso eventual de la cultura europea y la americanización del mundo se traduce en la generalización del principio de “consenso amplio”, fundado sobre la afirmación de “la identidad comunitaria”. No se debe subestimar el peligro fatal para la civilización humana que constituiría el éxito posible de una evolución—que yo calificaría de desvío—en esta dirección. Este desvío, que por otra parte ya se inició, podría constituir una salida por derecha de la crisis del capitalismo senil y permitir su superación no por avances en dirección del socialismo, sino por la reconstrucción de un nuevo sistema de tipo “tributario” (“neotributario”), cuyos rasgos principales precisaré más adelante. Dicho de otra forma, no solamente “otro mundo es posible”, sino “otro mundo”, simplemente, puede ser mejor pero también peor que éste en el cual vivimos.

La reflexión que propongo sobre este tema está fundada en el rechazo de la versión lineal del “progreso humano inevitable de etapa en etapa en el despliegue de la historia”; versión fundada en la ideología (europea, en su origen) de la Razón asociada al economicismo de la modernidad burguesa o en la interpretación marxista vulgar de la sucesión de los modos de producción. En los puntos de inflexión de la historia, es decir cuando el despliegue de un sistema llegó a su término a causa de la acumulación de las contradicciones que este produjo (dicho de otra forma, cuando este sistema entra en la edad de la senilidad), el futuro posible se conjuga en plural. En estos puntos de inflexión, las bifurcaciones de la evolución ulterior son múltiples y las direcciones de la evolución posible, diversas. En el análisis que propongo, las instancias ideológicas y políticas conquistaron una autonomía real en sus relaciones con la instancia económica. Una combinación particular de estas diferentes instancias—entre otras posibles—y la predominancia de una o la otra de éstas, que caracteriza tal combinación, permite, entonces, calificar al sistema que se constituye en respuesta a la crisis del modelo actual, como senil.

Intenté demostrar, además, que el sistema capitalista había entrado, sin lugar a dudas, en este tiempo final de la senilidad, en el sentido de que la gravedad de las contradicciones producidas por la lógica de su desarrollo es tal que, en adelante, su gestión implica un uso permanente de la violencia política y militar de los amos del sistema (la guerra permanente del Norte contra el Sur, por ejemplo).

No resulta de esta constatación que la crisis del sistema capitalista mundial senil en curso desemboque necesariamente en su superación por el socialismo, igualmente, mundial. Es una posibilidad. Lo cual exigiría en el análisis que propongo: (i) a nivel de las evoluciones políticas y sociales, la asociación del progreso social, de la profundización de la democracia y el refuerzo del margen de autonomía de las Naciones en una mundialización multipolar negociada; (ii) en el plan ideológico y cultural, el renovamiento de los valores del universalismo.

En esta segunda dimensión, las evoluciones dominantes en curso van exactamente en el sentido inverso. Las manifestaciones de este gran retroceso son visibles en lo que propone el “postmodernismo”, al menos en sus corrientes dominantes, por su puesta en duda de la “verdad objetiva” y la valorización de la “multiplicidad de los discursos”. Alan Sokal y Jean Bricmont proponen una crítica cáustica de esta renuncia de la Razón (Cf. A. Sokal, *Pseudosciences et postmodernisme*, 2005).

Pero en esta versión, el postmodernismo que viene viento en popa no propone este modo de crítica. Pretende poner en cuestión el estatuto privilegiado de la ciencia en materia de conocimiento. Pretende que la “verdad objetiva”, simplemente, no existe; que la verdad es lo que “la gente” piensa que es verdad. Dicho de otra forma, ubica el discurso científico (calificado como “narración”) en el mismo campo que las otras narraciones (las de la magia, de las paraciencias, de las religiones). Sostiene, incluso, que la multiplicidad de las narraciones existentes anulen toda pretensión de universalidad. Ubica todos estos discursos en un mismo plan y, cosa curiosa (pero no incomprensible), se abstiene de someter a los que se autocalifican como contrahegemónicos con el mismo rigor crítico que reserva al “discurso dominante”.

El discurso postmodernista acompaña y legitima las evoluciones mayores en curso, es decir, la emergencia de los “culturalismos” (a conjugar siempre en plural). Entiendo por eso la afirmación de que las “culturas” constituirían realidades transhistóricas fundadas en valores diversos, incommensurables y permanentes. Nada en la historia real de los pueblos confirma este a priori aberrante. El “culturalismo” –que no hay que confundir con el hecho banal y evidente que constituye la diversidad cultural– legitima los discursos de prolongación de lo absoluto, del cual se nutren todos los movimientos parareligiosos (el Islam político, el hindutva, el cristianismo fundamentalista de los EE.UU., las innumerables “sectas” de toda naturaleza) o paraétnicos. Se trata, nada menos, que de discursos súper reaccionarios que no participan en nada en las aspiraciones de liberación de los seres humanos, particularmente de las clases y pueblos dominados; sino que, por el contrario, los encierran en un callejón sin salida y les hacen aceptar la dominación real de la cual ellos son las víctimas: la del capitalismo senil.

Las cuestiones que conciernen a la diversidad cultural y a los discursos contrahegemónicos son tales que facilitan, a menudo, la confusión que creo necesario evitar. Seamos, pues, claros en este tema. Sí, la modernidad realmente existente producida por el capitalismo imperialista es, culturalmente, desviada, eurocéntrica, masculina y patriarcal, prometeana, en el sentido en que trata a la naturaleza como si fuera un objeto. Sí, los discursos contrahegemónicos que lo demuestran (el feminismo, el ecologismo, el antiimperialismo cultural) constituyen los elementos positivos inevitables de toda alternativa humanista. Pero esta alternativa, lejos de ser la negación de la modernidad, es el desarrollo racional y radical que suprime el eurocentrismo, la dictadura machista y el desprecio de las naciones.

Frente a este desafío, llamar a renunciar a la aspiración universalista es, fundamentalmente, reaccionario. Es aceptar que se les de un lugar a los discursos contrahegemónicos bajo la condición de que queden encerrados en los ghettos que se les asignaron. La democracia estilo los EE.UU. alienta esta “diversidad” impotente. Se alinearán los “*women studies*” con los “*black studies*”, para los cuales todas las proclamas están autorizadas; mientras que el discurso convencional de la economía dominante seguirá su ruta sin experimentar la menor molestia. Esta ideología llamada “postmodernista” no puede inspirar el radicalismo necesario para cambiar el mundo.

Reconstruir el internacionalismo de los pueblos frente al imperialismo

En el análisis que propuse tanto en lo que concierne a Europa como a los Sures, los movimientos de lucha y de protesta están lejos de haber desarrollado una visión estratégica alternativa coherente y fuerte, a la altura de los desafíos. Hay que tener el coraje lúcido para decirlo. Demasiados “movimientos” se autocongratulan mutuamente por sus acciones (perfectamente legítimas) sin creer necesario ir más lejos, menos aún poner el acento en las insuficiencias. Una cierta ideología del “movimiento” pretende

que la adición de todas estas resistencias y luchas produce, por ella misma, la alternativa. Ni la historia ni la reflexión teórica y la observación de la realidad, reconfortan este punto de vista fácil.

Esta proposición no significa, en absoluto, que la respuesta al desafío sea “fácil”. El derrumbamiento necesario en el sistema de las ideas y de los valores dominantes que la proposición implica es, en efecto, de una amplitud gigantesca. Supone que los pueblos de los centros del sistema –en particular los europeos– reinventen una cultura de izquierda auténtica, en ruptura con el capitalismo y el imperialismo. Que a la larga serie de los capítulos sucesivos que han constituido a la “cultura política de la izquierda europea” (el Iluminismo, la Revolución francesa, el movimiento obrero y el marxismo, la Revolución rusa) el imaginario de los pueblos europeos se demuestre capaz de inventar un nuevo capítulo. Supone que los pueblos de la periferia –la zona de las tempestades– se liberen a la vez de las ilusiones de un desarrollo posible en el marco de la mundialización capitalista y de los fantasmas de alternativas del pasado y que formulen alternativas de una nueva desconexión que responda a los desafíos y a las posibilidades de nuestra época. Supone que los unos y los otros reinventen formas de organización y de acción política adecuadas y efectivas, cuya agenda de exigencias está llena de preguntas que aún no presenta respuestas convincentes.

Yo indicaría aquí, en términos muy breves, algunos de los ejes principales del desafío tal cual lo observo:

- (i) Definir nuevos sujetos históricos capaces de controlar las evoluciones y darles las direcciones deseadas.
- (ii) Definir el desafío estratégico político que propongo “resumir” en los términos siguientes: concebir programas capaces de asociar (y no disociar): a) el progreso social, b) los avances democráticos, c) el respeto de las Naciones y de los pueblos. Esto implica entre otras cosas concebir una Unión Europea respetuosa de las Naciones y no construida contra éstas.
- (iii) Combinar la socialización por el mercado, una socialización mediante la democracia llamada a afirmarse progresivamente dominante.
- (iv) Combinar la “competencia” y la “solidaridad”, tomando como medida la superioridad de la solidaridad que, a través de la historia, ha sido el origen del progreso mucho más que la competencia.
- (v) Traducir en términos concretos las políticas de regulación y de protección efectivas para avanzar en dirección de un desarrollo multidimensional, socialmente igualitario, y durable ecológicamente, lo que implica que se atribuya a la “ley” una autoridad superior a la del contrato (conforme con la tradición europea en conflicto aquí, igualmente con la de los EE.UU.).
- (vi) Tomar la medida exacta de las evoluciones demográficas del continente europeo (el “envejecimiento” que no es “negativo”, salvo para aquellos que lo único que les interesa es la maximización del beneficio, sino el producto del progreso de la humanidad), darles respuestas correctas en términos de migraciones (fundadas en el rechazo de la perspectiva comunitarista) y en términos de “financiamiento de las jubilaciones” (fundadas sobre el principio de la repartición y no de los Fondos de Pensión que oponen a las generaciones).
- (vii) Identificar los constituyentes de bloques hegemónicos nacionales, populares y democráticos y antiimperialistas, en las condiciones concretas de los diferentes países del Sur y formular objetivos estratégicos de etapa que le corresponde.

Los avances en estas direcciones devienen sinónimos de construcción progresiva del internacionalismo de los pueblos. Se trata, en efecto, de articular las luchas de los pueblos del Norte (a través de la recomposición de la cultura de la izquierda europea) y las de los pueblos del Sur. Este internacionalismo necesario de los pueblos –de todos los pueblos– no puede estar fundado en vagos conceptos de “solidaridad humana a escala mundial”, que a menudo rozan la caridad o la indigencia del análisis. La lucha contra la “pobreza”, el “buen gobierno”, la afirmación de los intereses comunes de la humanidad frente a los desafíos ecológicos (rarefacción de los recursos, deterioro de los climas) son emblemáticos de este método “idealista” (en el sentido peyorativo del término) que ignoran los intereses de los grupos sociales en cuestión y sus conflictos eventuales. El internacionalismo en cuestión debe estar fundado en la identificación de intereses comunes, frente a un adversario común que sólo se puede calificar como “capitalismo imperialista”.

En su tiempo, la tercera internacional leninista, después maoísta, había construido alianzas mundiales que respondían –en teoría y en parte, al menos– a un desafío análogo, formuladas en las condiciones y los límites de la época. No podría producirse una “remake” de este capítulo de la historia, cerrado definitivamente. La nueva articulación de las luchas antiimperialistas tanto en el Norte como en el Sur dejan por inventar, prácticamente, de la A a la Z.

Sin pretender estar en medida de formular más que la cuestión que aquí nos concierne, propodré considerar que esta construcción pasa primero por la derrota del proyecto de los EE.UU. de control militar del planeta. Es esta, en mi análisis, la condición necesaria sin la cual todo avance democrático o social realizado aquí, o allí, permanecerá vulnerable al extremo.

Si la construcción del internacionalismo de los pueblos da cuenta, en definitiva, de la responsabilidad de los pueblos (por distinción de los “gobiernos”), es decir, de las clases trabajadoras como de los movimientos y de las organizaciones que son las suyas, el combate por avanzar en esta dirección no puede descuidar las contradicciones (ya fueran “secundarias”) entre las clases dirigentes (es decir, los Estados). Remitiré a las proposiciones de lectura que he hecho de los conflictos Norte-Sur que se cristalizan actualmente (Cf. Interview de S. Amin por Rémy Herrera, “50 ans après Bandung”, *Recherches Internationales*, 2004).

Otro mundo –mejor, por supuest– es posible. Las condiciones objetivas existen para que esto pueda ser así. No hay determinismo histórico anterior a la historia. Las tendencias inherentes a la lógica del capital se chocan con la resistencia de fuerzas que no aceptan sus efectos. La historia real es, entonces, el producto de este conflicto entre la lógica de la expansión capitalista y las que derivan de la resistencia de fuerzas sociales víctimas de su expansión. El desarrollo de las luchas sociales puede llevar al poder a bloques hegemónicos diferentes de los que gobiernan el orden neoliberal mundializado actual, fundados en compromisos entre intereses sociales cuya diversidad y divergencia se reconoce (bloques de compromiso capital-trabajo en los centros capitalistas, bloques nacionales-populares-democráticos en las periferias). En este caso el Estado posee un amplio margen de maniobra en el marco de un sistema mundial fundado en el principio de la multipolaridad negociada. Hay que obrar para que esto sea así. La multipolaridad es, entonces, sinónimo de margen de autonomía real para los Estados. Este margen será utilizado de una manera dada, definida por el contenido social del Estado en cuestión.

El momento actual está caracterizado por el desarrollo de un proyecto nor-americano de hegemonía a escala mundial. Este proyecto es el único en ocupar hoy en día toda la escena. No hay un contraproyecto tendiente a limitar el espacio sometido al control de los EE.UU., como

era el caso en la época del bipolarismo (1945-1990); más allá de sus ambigüedades de origen, el proyecto europeo ha entrado en una fase de oscurecimiento; los países del Sur (el grupo de los 77, los No Alineados) que habían tenido la ambición durante el período de Bandoung (1955-1975) de oponer un frente común al imperialismo occidental, renunciaron a ello. China, que actúa aislada, apenas tiene la ambición de proteger su proyecto nacional (ambiguo, por cierto) y no se plantea como socio activo en la confección del mundo.

Rusia, China y la India son los tres adversarios estratégicos del proyecto de Washington. Los poderes en vigor en estos tres países cobran, probablemente, una conciencia creciente de ello. Pero parecen creer que pueden maniobrar sin chocar directamente con la administración de los EE.UU. Un acercamiento euro-asiático (Europa, Rusia, China y la India) que involucraría ciertamente al resto de Asia y de Africa, aislando a los EE.UU., es, por cierto, deseable. Hay algunos signos que van en ese sentido. Pero aún estamos lejos de ver, mediante su cristalización, poner un término a la elección atlantista de Europa.

Los desafíos a los cuales la construcción de un mundo multipolar auténtico está confrontada son más serios de lo que se imaginan numerosos movimientos “altermundialistas”. En lo inmediato, se trata de derrotar al proyecto militar de Washington. Es la condición inevitable para que se abran los márgenes de libertad necesarios sin los cuales todo progreso social y democrático, y todo avance en dirección de la construcción multipolar, será vulnerable al extremo.

El mundo multipolar auténtico solo será realidad cuando se cumplan las cuatro condiciones que siguen:

- (i) Que Europa haya realmente avanzado en la vía de “otra Europa” social (y, por consiguiente, comprometida en la larga transición al socialismo mundial) y que ella haya iniciado su proceso de ruptura con respecto a su pasado y presente imperialista. Esto implica salir, evidentemente, del atlantismo y del neoliberalismo extremo.
- (ii) Que en China la vía del “socialismo de mercado” haya primado sobre las fuertes tendencias a la dirección ilusoria de la construcción de un “capitalismo nacional” que sería imposible estabilizar porque excluye a las mayorías obreras y campesinas.
- (iii) Que los países del Sur (pueblos y Estados) hayan llegado a reconstruir un “frente común”, condición, a su turno, para que los márgenes de movimiento permitan a las clases populares no solamente imponer “concesiones” a su favor sino ir más allá transformando la naturaleza de los poderes constituidos, substituyendo a los bloques “compradores” dominantes por bloques “nacionales, populares y democráticos”.
- (iv) Que en el plan de la reorganización de los sistemas de derechos, nacionales e internacionales, se haya avanzado en la dirección de construcción que concilie el respeto de las soberanías nacionales (progresando de la soberanía de los Estados a la de los pueblos) y el de todos los derechos individuales y colectivos, políticos y sociales.

CAPÍTULO III

Condenar toda intervención
militar de EEUU

*La ideología estadounidense**

Animada por su éxito reciente, la extrema derecha controla en la actualidad los resortes del poder en Washington. La alternativa que se ofrece está clara: o bien se acepta la hegemonía de EEUU y el 'liberalismo' a ultranza que promueve -y que significa poco más que una exclusiva obsesión por hacer dinero- o se rechazan ambos. En el primer caso, estaremos dando a Washington vía libre para 'rediseñar' el mundo a imagen de Texas. Sólo eligiendo la segunda opción podremos ser capaces de hacer algo para contribuir a la reconstrucción de un mundo que sea esencialmente plural, democrático y pacífico.

Samir Amin

Hoy EE.UU. está gobernado por una junta de criminales de guerra que llegaron al poder a través de una especie de golpe [de Estado]. Aquel golpe pudo haber estado precedido por unas (dudosas) elecciones: pero no debemos olvidar que Hitler fue igualmente un político elegido. En esta analogía, el 11 de septiembre cumple la función del “incendio del Reichstag”, permitiendo a la Junta garantizar sus poderes de fuerza policial similares a aquellos de la Gestapo. Tienen su propio *Mein Kampf* –la Estrategia de Seguridad Nacional–, sus propias asociaciones de masas –las organizaciones patrióticas– y sus propios predicadores. Es vital que tengamos el coraje de decir esas verdades y de dejar de enmascararlas en frases como “nuestros amigos estadounidenses” que han dejado de tener significado.

La cultura política es el producto a largo plazo de la Historia. Como tal, es obviamente específica de cada país. La cultura política estadounidense es claramente distinta de lo que ha emergido en la historia del continente europeo: mediante el establecimiento de Nueva Inglaterra por sectas protestantes extremistas se ha configurado el genocidio de los pueblos indígenas del continente, la esclavitud de los africanos y la emergencia de comunidades segregadas por sus especificidades étnicas como resultado de sucesivas oleadas migratorias durante el siglo XIX.

La modernidad, el secularismo y la democracia no son el resultado de una evolución en las creencias religiosas o siquiera revolucionarias; por el contrario, es la fe la que ha tenido que ajustarse para satisfacer las exigencias de estas nuevas fuerzas. Este ajuste no se ha producido exclusivamente en el protestantismo; tuvo el mismo impacto en el mundo católico aunque de modo distinto. Se creó un nuevo espíritu religioso, liberado de todo dogma. En ese sentido, no fue la Reforma la que otorgó la precondition para el desarrollo capitalista, aunque la tesis de Weber ha sido ampliamente aceptada en las sociedades protestantes de Europa, que fueron favorecidas por la importancia que les dio. Tampoco la Reforma representa interpretaciones tempranas del cristianismo; al contrario, la Reforma fue simplemente la más primitiva y confusa forma de una ruptura.

Un aspecto de la Reforma fue el trabajo de las clases dominantes conducidas por la creación de iglesias nacionales (anglicana o luterana) controladas por dichas clases. Como tales, esas iglesias representaron un compromiso entre la burguesía emergente, la monarquía y los grandes terratenientes, a través del cual pudieron acorralar la amenaza que representaban los pobres y los campesinos.

* Publicado el 21 de mayo de 2003. Al Ahram Weekly, 15-21 de mayo de 2003, núm. 638.

Marginar con eficacia la idea católica de universalidad estableciendo iglesias nacionales sirvió, en particular, para reforzar el poder de la monarquía, fortaleciendo su autoridad como árbitro entre las fuerzas del Antiguo Régimen y aquéllas de la burguesía ascendiente, y reforzar el nacionalismo de esas clases, retrasando, con ello, la emergencia de nuevas formas de universalismo que serían promovidas más tarde por el socialismo internacionalista.

Sin embargo, otros aspectos de la Reforma fueron conducidos por las clases más bajas que eran las principales víctimas de las transformaciones sociales provocadas por el nacimiento del capitalismo. Esos movimientos recurrieron a formas de lucha tradicionales derivadas de los movimientos milenaristas de las Edad Media. Como resultado, lejos de abrir el camino, estuvieron predestinadas a retrasar las necesidades de su tiempo. Las clases dominantes tendrían que esperar hasta la Revolución Francesa –y a sus formas de movilización democrática, popular, laica y radical– y al advenimiento del socialismo para hallar vías que permitieran articular efectivamente sus exigencias respecto de las nuevas condiciones en las que vivían. Los primeros grupos protestantes modernos, por el contrario, se cimentaron en ilusiones fundamentalistas y ello, en cambio, favoreció la réplica infinita de sectas esclavas del mismo tipo de visión apocalíptica que proliferan actualmente en EE.UU.

Las sectas protestantes que se vieron obligadas a emigrar en el siglo XVII desde Inglaterra habían desarrollado una forma de cristianismo diferenciado tanto del catolicismo como del dogma ortodoxo. Por ello, su imagen del cristianismo no era compartida siquiera por la mayoría de los protestantes europeos, incluidos los anglicanos, de donde emergió la mayoría de la clase gobernante británica. En términos generales, podemos decir que la genialidad esencial de la Reforma fue reclamar el Antiguo Testamento que había sido marginado por el catolicismo y la Iglesia Ortodoxa cuando definieron al cristianismo como una ruptura con el Judaísmo. Los protestantes resituaron al cristianismo en su lugar como sucesor legítimo del Judaísmo.

Legitimidad bíblica

La particular forma de protestantismo que halló su vía en Nueva Inglaterra sigue configurando la ideología estadounidense en la actualidad. Primero, facilitó la conquista del “Nuevo Continente”, instruyendo su legitimidad en base a referencias bíblicas (la referencia bíblica de la violenta conquista de Israel de la “Tierra Prometida” es un tema constantemente reiterado en el discurso de EE.UU.). Más tarde, EE.UU. extendió su misión encomendada por Dios hasta abarcar el mundo en su totalidad. Por ello, los estadounidenses han comenzado a verse a sí mismos como el “pueblo elegido” (en la práctica, un sinónimo del término nazi *Herrenvolk*). Esta es la amenaza a la que hacemos frente en la actualidad. Y por ello el imperialismo estadounidense (y no el Imperio) será incluso más brutal que sus predecesores, la mayoría de los cuales nunca reivindicaron estar investidos por una misión divina.

No estoy entre los que creen que el pasado sólo puede repetirse. La Historia transforma a los pueblos. Eso es lo que ha pasado en Europa. Sin embargo, desgraciadamente, la historia de EE.UU., lejos de trabajar por la erradicación de sus horribles orígenes, ha reforzado aquel horror y ha perpetuado sus efectos. Ello es así tanto para la “Revolución americana” como para la colonización del país mediante sucesivas olas migratorias.

A pesar de los intentos actuales de promover sus virtudes, la “Revolución americana” no fue más que una limitada guerra de independencia bastante desprovista de cualquier dimensión

social. En ningún caso en el curso de su revuelta contra la monarquía británica intentaron los colonos americanos transformar las relaciones económicas y sociales: simplemente rechazaron seguir compartiendo los beneficios con las clases gobernantes de la metrópoli. Querían el poder para sí mismos, no para cambiar las cosas sino para seguir haciéndolas igual aunque con más determinación y mayores márgenes. El objetivo prioritario era proceder a la colonización del Oeste que implicaba, entre otras cosas, el genocidio de los americanos nativos. Igualmente, los revolucionarios nunca cambiaron la esclavitud. De hecho, la mayoría de los líderes revolucionarios eran propietarios de esclavos y sus prejuicios sobre esta cuestión se demostraron inquebrantables.

El genocidio de los nativos americanos estaba implícito en la lógica de la nueva elección de la misión divina para los pueblos. Su masacre no puede ser condenada simplemente sobre la base de la moral de un pasado arcaico y distante. Hasta 1960, el acto del genocidio se proclamaba bien abierta y orgullosamente. Las películas de Hollywood oponían al bien de los cowboys el diablo nativo americano, y esta tergiversación del pasado ha sido central en la educación de sucesivas generaciones.

Lo mismo ocurre con la esclavitud. Tras la independencia, tuvo que pasar cerca de un siglo antes de que la esclavitud fuera abolida. Y a pesar de las demandas de la Revolución Francesa en el sentido contrario, cuando se produjo el hecho de la abolición no tuvo nada que ver con la moralidad (sólo se produjo porque la esclavitud ya no servía a la causa de la expansión capitalista). Así, los afroamericanos tendrían que esperar otro siglo para que se les concediese unos mínimos derechos civiles. E incluso entonces, el racismo profundamente arraigado de las clases dirigentes ha sido difícilmente desafiado. Hasta la década de los 60 el linchamiento siguió siendo un hecho habitual que procuraba un pretexto en los *pic-nics* familiares. De hecho, la práctica del linchamiento persiste en la actualidad, de modo más discreto e indirecto, en las vías de un sistema judicial que envía a miles de personas a la muerte (la mayoría afroamericanos) a pesar del conocimiento general de que al menos la mitad de los condenados son inocentes.

Migración e individualismo

Las sucesivas olas de inmigración han ayudado igualmente al reforzamiento de la ideología estadounidense. Los inmigrantes no son en modo alguno responsables de la miseria y la opresión que causan sus exilios. Dejan su tierra como víctimas. Sin embargo, la emigración significa igualmente la renuncia a la lucha colectiva para cambiar las condiciones en sus países de origen; cambian su sufrimiento por la ideología individualista del país receptor desarraigándose. Este cambio ideológico sirve igualmente para retrasar la emergencia de la conciencia de clase que escasamente tiene tiempo a desarrollarse antes de que una nueva oleada de inmigrantes llega para ayudar a abortar su expresión política. Desde luego, la migración contribuye también al “fortalecimiento étnico” de la sociedad estadounidense. La noción de “éxito individual” no excluye el desarrollo de fuertes comunidades étnicas de apoyo (irlandesa, o italiana, por ejemplo) sin las que el aislamiento individual resultaría insoportable. Sin embargo, también en esto, el fortalecimiento de identidades étnicas es un proceso que el sistema estadounidense cultiva únicamente para recuperarlo ya que debilita inevitablemente la conciencia de clase y la ciudadanía activa.

Así, mientras el pueblo de París se estaba preparando para “asaltar el cielo” (según la Comuna de 1871), las ciudades de EE.UU. proporcionaron el escenario para una serie de guerras asesinas

entre bandas formadas por generaciones sucesivas de pobres emigrantes (irlandeses, italianos, etc.) cínicamente manipulados por las clases dirigentes.

Hoy en EE.UU. no hay un partido de los trabajadores ni lo ha habido nunca. Los poderosos sindicatos de trabajadores son apolíticos en su más amplio sentido del término. No tienen vínculos con partido alguno con el que puedan compartir y expresar sus preocupaciones; ni han sido nunca capaces de articular una visión socialista propia. Por el contrario, suscriben, como todo el mundo, la ideología liberal dominante que de este modo permanece incontestada. Cuando luchan, lo hacen sobre la base de una agenda limitada y concreta que en modo alguno cuestiona el liberalismo. En este sentido, eran y siguen siendo posmodernistas.

Sin embargo, para las clases trabajadoras, las creencias comunitarias no pueden proporcionar un sustituto a la ideología socialista. Ello es cierto incluso para los afroamericanos, la comunidad más radical de EE.UU. ya que la lucha de ideologías comunitarias está, por definición, limitada a la lucha contra el racismo institucionalizado.

Uno de los aspectos más desatendidos de las diferencias entre las ideologías europeas (en su diversidad) y la ideología estadounidense es el impacto de la Ilustración en su desarrollo. Sabemos que la filosofía de la Ilustración fue la cuestión decisiva para el lanzamiento de la creación de las culturas e ideologías modernas de Europa y su impacto sigue siendo considerable hasta hoy, no solo en los centros del desarrollo capitalista, bien sean católicos (Francia) o protestantes (Gran Bretaña y Holanda), sino también en Alemania y Rusia.

Ello contrasta con EE.UU. donde la Ilustración tuvo sólo un impacto marginal que atrajo únicamente a una minoría aristocrática (y favorable a la esclavitud) [representada] en ese grupo encarnado en la posteridad por Jefferson, Madison y unos pocos más. En general, las sectas de Nueva Inglaterra fueron indemnes al espíritu crítico de la Ilustración y su cultura permaneció más próxima a las Brujas de Salem que al impío racionalismo de las Luces.

Los frutos de ese rechazo emergieron cuando la burguesía yanqui llegó a la mayoría de edad. En Nueva Inglaterra emergió una creencia simple y errónea que mantenía que la Ciencia (es decir, las ciencias puras, como la Física) deberían determinar el destino de la sociedad —una opinión que ha sido ampliamente compartida en EE.UU.— durante más de un siglo, no solo entre la clase dirigente, sino también entre la gente común.

La sustitución de ciencia por religión explica algunos de los rasgos sobresalientes de la ideología estadounidense. Explica por qué la filosofía es tan insignificante, porque ha sido reducida al empirismo más reductor. Explica igualmente el frenético esfuerzo de reducir las ciencias humanas y sociales a ciencias puras (es decir, duras): así, la Economía pura ocupa el lugar de la Economía política y la ciencia de los genes reemplaza a la Antropología y la Sociología. Esta última y desafortunada aberración proporciona otro punto de conexión entre la ideología estadounidense contemporánea y la ideología nazi que ha sido favorecido sin duda por el profundo racismo que recorre toda la historia de EE.UU. Otra aberración causada por esta peculiar visión de la ciencia es una debilidad por la especulación cosmológica (de la cual la teoría del Big-Bang es el ejemplo más conocido).

Entre otras cosas, la Ilustración nos enseñó que la Física es la ciencia [que estudia] ciertos aspectos limitados del universo que han sido distinguidos como objetos de investigación, no la

ciencia del universo en su totalidad (que es un concepto metafísico más que científico). A este nivel, el sistema de pensamiento estadounidense está más cerca de los intentos premodernos de reconciliar la fe y la razón que de la tradición científica moderna. Esta visión regresiva fue perfectamente adaptada a los propósitos de las sectas protestantes de Nueva Inglaterra y al tipo de sociedad religiosa omnipresente que produjeron. Como sabemos, es este tipo de regresión lo que hoy amenaza a Europa.

Democracia y mercado

Estos dos factores que configuran la formación histórica de la sociedad estadounidense —una ideología bíblica dominante y la ausencia de un partido de los trabajadores— se han combinado para producir una situación completamente nueva: un sistema regido de facto por un único partido, el partido del capital.

Los dos segmentos que integran este partido comparten la misma fórmula fundamental del liberalismo. Ambos dirigen únicamente la minoría que participa en este tipo de democracia truncada e impotente (un 40% del electorado). Como la clase trabajadora, por regla general, no vota, cada segmento del partido tiene su propia clientela de clase media para la cual ha ajustado su discurso. Ambos han esculpido su propio electorado compuesto de ciertos segmentos de intereses capitalistas (lobbies) y grupos de apoyo comunitarios.

La democracia estadounidense actual constituye el modelo avanzado de lo que yo he denominado “democracia de baja intensidad”. Su funcionamiento está basado en la separación total entre la gestión de la vida política a través de la práctica de la democracia electoral y la gestión de la vida económica que está gobernada por las leyes de la acumulación de capital. Más aún, esta separación no está sujeta a forma alguna de cambio radical; forma parte de lo que puede ser denominado el consenso general. Sin embargo, es esa misma separación lo que destruye efectivamente todo el potencial creativo de la democracia política. Castra las instituciones representativas (parlamentos y otras) que de manera impotente están rendidas por su sumisión al mercado y a sus dictados. En este sentido, la elección entre votar a los demócratas o a los republicanos es en el fondo fútil porque lo que determina el futuro del pueblo estadounidense no es el resultado de las preferencias electorales sino las variaciones de los mercados financieros y de otros mercados.

Como resultado, el Estado estadounidense existe exclusivamente para servir a la economía, es decir, al capital, al que obedece enteramente abandonando las cuestiones sociales. El Estado puede funcionar de este modo por una razón primordial: porque el proceso histórico que formó la sociedad estadounidense ha bloqueado el desarrollo de una conciencia política de las clases trabajadoras.

Ello contrasta con los Estados europeos que han sido (y pueden convertirse de nuevo en) el foro obligado en el que se han desarrollado las confrontaciones entre los grupos con intereses sociales. Es por ello que los Estados europeos favorecen los compromisos sociales que se invierten en prácticas democráticas con significado real. Cuando la lucha de clases y otras luchas políticas no fuerzan al Estado a funcionar de este modo, cuando no pueden seguir siendo autónomas frente a la lógica exclusiva de la acumulación del capital, la democracia se convierte en un ejercicio completamente inútil, como ocurre en EE.UU.

La combinación de una práctica religiosa dominante –y su explotación por medio del discurso fundamentalista– con la ausencia de conciencia política entre las clases oprimidas, da al sistema político de EE.UU. un margen de maniobra sin precedentes, a través del cual puede destruir el impacto potencial de las prácticas democráticas y reducirlas a rituales benignos (la política como un entretenimiento, la inauguración de campañas electorales con animadores, etc.).

Ideología y capital

No obstante, no debemos dejarnos engañar. No es la ideología fundamentalista la que ocupa el puesto dirigente y la que impone su lógica a los reales detentadores del poder: el capital y sus siervos del gobierno. Es el capital y sólo él quien toma todas las decisiones y únicamente cuando lo ha hecho moviliza la ideología estadounidense para que sirva a su causa. Los medios que se despliegan –el uso sistemático y sin precedentes de la desinformación– pueden entonces servir a sus propósitos aislando a los críticos y sujetándolos a una forma permanente y odiosa de chantaje. De este modo, el sistema puede manipular fácilmente a la “opinión pública” cultivando su estupidez.

Gracias a este contexto, la clase dirigente estadounidense ha desarrollado una especie de cinismo total envuelto en una carcasa exterior de hipocresía que resulta perfectamente transparente a los observadores exteriores, pero de algún modo invisible, a los propios pueblos estadounidenses. El régimen está bastante satisfecho de recurrir a la violencia, incluso en sus formas más duras, cuando quiera que surge la necesidad. Todos los activistas radicales estadounidenses saben esto demasiado bien; las únicas opciones que tienen abiertas son renunciar, o ser un día asesinados.

Como todas las ideologías, la estadounidense es “cada vez más vieja e inservible”. Durante períodos de calma (marcados con un fuerte crecimiento económico, acompañado de lo que pasan por ser niveles aceptables de beneficios) la presión de la clase dirigente sobre su pueblo disminuye naturalmente. Así, de vez en cuando, el sistema tiene que infundir nuevo vigor a esa ideología usando los métodos clásicos: un enemigo (siempre un extranjero, ya que se ha decretado que la sociedad estadounidense es buena por definición) es designado (“el Imperio del Mal”, “el Eje del Mal”) lo que justificará la movilización de todos los medios posibles con el fin de aniquilarlo. En el pasado ese enemigo fue el comunismo; el McCarthismo (un fenómeno que los proestadounidenses de hoy han olvidado ya) hizo posible el lanzamiento de la Guerra Fría y la marginación de Europa; hoy, es el terrorismo que es, simple y claramente, un pretexto creado para servir al proyecto de la clase dirigente: el control militar del planeta.

Hegemonía y poder militar

El objetivo reconocido de la nueva estrategia hegemónica de EEUU es prevenir la emergencia de ninguna otra potencia que pueda ser capaz de oponer ninguna resistencia frente a los mandatos de Washington. Para ello es necesario dismantelar países que se han convertido en demasiado grandes de modo que [se puedan] crear un número máximo de satélites serviciales y dispuestos a aceptar las bases de EE.UU. para su protección. Tal y como han acordado los últimos tres presidentes de EE.UU., Bush-padre, Clinton y Bush-hijo, sólo un país tiene derecho a ser grande y ese es EE.UU.

En este sentido, la hegemonía de EE.UU. depende fundamentalmente de su desproporcionado poder militar más que de ninguna ventaja específica de su sistema económico. Gracias a su poder,

EE.UU. puede situarse como el dirigente incontestado de la mafia global cuyo “puño visible” impondrá el nuevo orden imperialista sobre aquellos que pudieran resistirse a alinearse.

Animada por su éxito reciente, la extrema derecha controla en la actualidad los resortes del poder en Washington. La alternativa que se ofrece está clara: o bien se acepta la hegemonía de EE.UU. y el liberalismo a ultranza que promueve –y que significa poco más que una exclusiva obsesión por hacer dinero– o se rechazan ambos. En el primer caso, estaremos dando a Washington vía libre para rediseñar el mundo a imagen de Texas. Solo eligiendo la segunda opción podremos ser capaces de hacer algo para contribuir a la reconstrucción de un mundo que sea esencialmente plural, democrático y pacífico.

Si hubiesen reaccionado en 1935 o 1937, los europeos hubieran sido capaces de parar la locura nazi antes de que causara tanto daño. Retrasando su reacción hasta 1939, contribuyeron a sus cientos de millones de víctimas. Es nuestra responsabilidad actuar ahora para contener y eliminar el desafío neonazi de Washington.

Es imprescindible la derrota de EEUU, Israel y sus aliados¹

El proyecto de Estados Unidos, apoyado por sus aliados subalternos europeos (e israelíes en la región correspondiente), consiste en establecer su control militar sobre la totalidad del planeta. El «Medio Oriente» ha sido escogido, dentro de esta perspectiva, como región de «primer impacto», por cuatro razones: (I) contiene los recursos petrolíferos más abundantes del planeta, su control directo por parte de las fuerzas armadas de Estados Unidos concedería a Washington una posición privilegiada y pondría a sus aliados –Europa y Japón– y a sus rivales eventuales (como China) en una incómoda situación de dependencia en términos de aprovisionamiento energético; (II) está situado en el corazón del mundo antiguo y facilita el ejercicio de la amenaza militar permanente contra China, la India y Rusia; (III) atraviesa por un momento de debilidad y confusión que permite al agresor asegurarse una fácil victoria, al menos a corto plazo; y, (IV) en esa zona Estados Unidos dispone de un aliado incondicional, Israel, poseedor de armas nucleares.

El despliegue de la agresión pone a los países y naciones situados en la línea del frente en una situación de destrucción (Palestina, Líbano, Irak, Afganistán) o de amenaza (Irán, Siria).

Líbano

La agresión israelí contra Líbano comenzada el 11 de julio de 2006 es una parte del plan que tiene Washington para la región entera. La captura de dos soldados israelíes en territorio libanés y la proposición de su intercambio por ciudadanos civiles libaneses secuestrados sobre suelo libanés es, por lo tanto, perfectamente legítima. Por parte de Israel, esa situación, no constituye más que una falsa excusa para la agresión. El terreno para la agresión israelí ya venía preparado por la resolución de la ONU que exigía la evacuación del ejército sirio del territorio libanés y el “desarme” del Hezbollah, adoptada a continuación del asesinato de Rafia el Hariri, asunto muy oscuro cuyas responsabilidades verdaderas no se elucidaron. USA y Europa exigen la aplicación integral de esta resolución pero no pusieron nunca la misma energía en exigir la aplicación de la resolución 242 por la cual se disponía que Israel evacuara los territorios ocupados de Palestina después de 1967. El mismo olvido se practicó respecto de la devolución de los territorios ilegalmente ocupados del Golán sirio. Respecto de estas resoluciones, se mira para otro lado. Dos pesas y dos medidas para todo. El doble standard moral es bien evidente.

El objetivo norteamericano es colocar el conjunto entero de la región bajo control militar de Washington, eso sí disimulando el objetivo real con discursos sobre la necesidad de llevar la democracia. El otro objetivo es imponer un orden neoliberal como instrumento para el saqueo de la riqueza petrolífera de la región. Y, a su cuenta y riesgo, Washington se ha contagiado y abrazado las obsesiones sionistas: partir toda la región en micro Estados basados cada uno en su particular etnia y religión, ejerciendo sobre el conjunto Israel una especie de protectorado militar, al estilo de lo que hace EEUU a escala mundo.

1 Publicado en el Viejo Topo Número 225. Octubre 2006.

La implementación de este plan se encuentra bastante avanzada: Palestina, Irak y Afganistán fueron ocupados y destruidos. Líbano lo mismo. Siria e Irán están abiertamente amenazados. Pero el proyecto amenaza fracasar: la resistencia de los pueblos es creciente, el pueblo del Líbano ha dado una lección de unidad a todos los pueblos del mundo poniéndose todos juntos, unidos, detrás de los combatientes. Dado que la resistencia popular armada del Sur del Líbano ha demostrado su eficacia, todos los esfuerzos de los EE.UU. y de Europa buscan imponer ahora su desarme, para permitir que la próxima agresión de Israel logre una victoria fácil. Es necesario hoy más que nunca defender el derecho imprescriptible de los pueblos a preparar su resistencia armada frente al agresor imperialista y a sus agentes regionales.

Afganistán

Afganistán conoció el mejor momento de su historia moderna en la época de la llamada República «comunista», régimen de despotismo ilustrado moderno, con gran énfasis en la educación de los niños de ambos sexos, adversario del oscurantismo, y de este modo favorecedor de la base decisiva dentro de la sociedad. Su «reforma agraria» consistió esencialmente en una serie de medidas destinadas a reducir los poderes tiránicos de los jefes de tribus. El apoyo –al menos implícito– de la mayoría de los ciudadanos garantizaba el probable éxito de la evolución ya en camino. La propaganda transmitida tanto por los medios occidentales como por los medios del Islam político presentó esta experiencia como si se hubiera tratado de un «totalitarismo comunista y ateo» rechazado por el pueblo afgano. En realidad, el régimen, tal como el de Atatürk en su tiempo, estaba lejos de ser «impopular».

El hecho de que sus promotores se hayan autoproclamado comunistas en sus dos fracciones mayores (Khalq y Parcham) no es para nada sorprendente. El modelo de los logros alcanzados por los pueblos soviéticos de Asia Central (a pesar de todo lo que se pueda replicar al respecto y a pesar de las prácticas autocráticas del sistema) en comparación con los permanentes desastres sociales de la gestión imperialista británica en los países vecinos (la India y Paquistán) había llevado a que, tanto aquí como en muchos de los otros países de la región, los patriotas reconocieran la magnitud del obstáculo que constituía el imperialismo para todo intento de modernización. La solicitud de intervención que ciertas fracciones cursaron a los soviéticos a fin de deshacerse de los otros ciertamente ha pesado negativamente e hipotecado las posibilidades del proyecto nacional-popular moderno.

Estados Unidos en particular y sus aliados de la tríada en general siempre han sido los obstinados adversarios de los partidarios en Afganistán de la modernización, comunistas o no. Han sido ellos quienes han movilizado las fuerzas oscurantistas del Islam político (los talibanes propakistanies) y los señores de la guerra (los jefes de tribu que habían conseguido ser neutralizados con éxito por el régimen llamado comunista neutralizados por el régimen llamado «comunista»). Los han entrenado y armado. Incluso luego de la retirada soviética la resistencia del gobierno de Najibullah al asalto de las fuerzas oscurantistas probablemente no hubiese terminado en derrota si los pakistanies no hubiesen salido en apoyo de los talibanes, estimulando el caos y la recuperación de su poder por parte de los señores de la guerra tribales.

Afganistán se encuentra devastado por la intervención militar de Estados Unidos y sus aliados y agentes, los islamistas en particular. No puede ser reconstruido bajo la dirección de estos actores, un poder apenas conciliado por el de un payaso sin raíces en el país, impulsado por la transnacional tejana que lo empleaba. Con la pretendida “democracia” en nombre de la cual

Washington, la OTAN y la ONU organizaron su intervención, lo que se busca es justificar la presencia, mejor dicho, la ocupación del país. Es una gran mentira desde el principio y ha devenido ahora en una grosera farsa.

No existe más que una solución al problema afgano: que todas las fuerzas extranjeras abandonen el país y que todos los poderes sean obligados a no financiar y armar a sus «aliados». A las buenas conciencias que plantean su temor de que el pueblo afgano tolere la dictadura de los talibanes (o de los jefes de guerra) respondería que la presencia extranjera fue y sigue siendo aquí el mejor sostén de esa dictadura. Y que el pueblo afgano marchaba en una dirección diferente –en potencia, la mejor posible– en la época en que «Occidente» se abstenía de entrometerse en sus asuntos. Al despotismo ilustrado de los «comunistas» el civilizado Occidente ha preferido siempre el despotismo oscurantista, infinitamente menos peligroso para sus intereses.

Irak

La diplomacia armada de Estados Unidos se planteó el objetivo de destruir literalmente a Irak, mucho antes de conseguir un pretexto, cuando la invasión a Kuwait en 1990, y luego después del 11 de septiembre, hecho manipulado para sus fines por Bush junior con cinismo e hipocresía al estilo Goebbels («Si una mentira se repite suficientemente, acaba por convertirse en verdad»). La razón es simple y no tiene nada que ver con el discurso que llama a la «liberación» del pueblo iraquí de la (real) sangrienta dictadura de Saddam Hussein. Irak posee bajo su suelo una buena parte de los mejores recursos petroleros del planeta; para colmo, Irak estaba a las puertas de formar los cuadros científicos y técnicos capaces, por su masa crítica, de mantener un proyecto nacional consistente. Este «peligro» debía ser eliminado por una «guerra preventiva», algo que Estados Unidos se ha adjudicado la prerrogativa de desatar cuando y donde lo decida, sin el menor respeto por el «derecho» internacional.

Más allá de esta muestra de evidencias banales, quedan por considerar otras serias interrogantes: (I) ¿por qué el plan de Washington pudo tan fácilmente dar la apariencia de un fulgurante éxito? (II) ¿cuál es la nueva situación a la que se confronta la nación iraquí? (III) ¿cómo responden los diferentes componentes del pueblo iraquí a este desafío? (IV) ¿qué soluciones pueden aportar las fuerzas democráticas y progresistas iraquíes, árabes e internacionales?

La derrota de Saddam Hussein era previsible. Frente a un enemigo cuya ventaja principal reside en la capacidad del ejercicio del genocidio por medio de impunes bombardeos aéreos (en espera del uso del nuclear), los pueblos sólo tienen una respuesta eficaz posible: desplegar su resistencia sobre su suelo invadido. Pues bien, el régimen de Saddam se dedicó a aniquilar todos los medios de defensa al alcance de su pueblo por medio de la destrucción sistemática de toda organización, de todos los partidos políticos (comenzando por el partido comunista) que son parte de la historia moderna de Irak, incluyendo el propio Baas, uno de los actores principales de esta historia. Lo que debiera sorprender en estas condiciones no es que el «pueblo iraquí» haya permitido sin combatir la invasión de su país, ni ciertos comportamientos (como su aparente participación en las elecciones organizadas por los invasores o la explosión de luchas fratricidas entre curdos, árabes sunitas y árabes chiítas) que parecen constituir indicios de una aceptación de la posibilidad de una derrota (en la cual Washington fundó sus cálculos), sino al contrario, que las resistencias sobre el terreno se refuerzan cada día que pasa (a pesar de todas las carencias de que dan muestra estas resistencias), que hayan logrado torpedear imposibilitado la instauración de un régimen de lacayos capaz de dar apariencias «de orden», de tal manera que quede demostrado el fracaso del

proyecto de Washington. El reconocimiento internacional de este gobierno fantoche por parte de las domesticadas Naciones Unidas no cambia la realidad; ésta no es ni legítima ni aceptable.

Sin embargo, la ocupación militar extranjera crea una nueva situación. La nación iraquí se encuentra realmente amenazada; el proyecto de Washington, incapaz de mantener su control sobre el país (y efectuar el pillaje de sus recursos petroleros, lo que constituye su objetivo número uno), valiéndose de un gobierno de apariencia «nacional» como intermediario, no podría ser alcanzado sino destruyendo el país. La división del país al menos en tres «Estados» (curdo, árabe sunita y árabe chiíta) pudo haber sido desde el principio el objetivo de Washington en alianza con Israel (los archivos lo revelarán en un futuro). En el presente siempre es la «guerra civil» la carta que juega Washington para legitimar el mantenimiento de su ocupación. La ocupación permanente fue –y sigue siendo– el objetivo: es este el único medio que tiene Washington para garantizar su control del petróleo. Ciertamente no se puede dar crédito alguno a las «declaraciones» de intención hechas por Washington, del tipo de «nosotros abandonaremos el país cuando el orden se restablezca». Recordemos que los británicos siempre dijeron sobre su ocupación de Egipto, donde se establecieron en el año 1882, que se trataba de algo «provisional» (¡pero duró hasta 1956!). Mientras tanto, cada día Estados Unidos destruye un poco más por todos los medios, incluyendo los más criminales, el país, sus escuelas, sus industrias, sus capacidades científicas.

Las respuestas del pueblo iraquí al desafío no parecen –al menos por ahora – a la medida de la extrema gravedad de la circunstancia. Es lo mínimo que pudiéramos decir. ¿Cuáles son las causas? Los medios occidentales dominantes repiten hasta la saciedad que Irak es un país «artificial» y que la dominación opresiva del régimen «sunita» de Saddam sobre los chiítas y los curdos es el origen de la inevitable guerra (que sólo la prolongación de la ocupación extranjera permitirá tal vez erradicar). La «resistencia» sería en ese caso limitada a algunas células islamistas pro Saddam del «triángulo» sunita. Difícilmente lograríamos juntar falacias en tal cantidad.

Luego de la Primera Guerra Mundial, a la colonización británica le fue difícil enfrentar la resistencia del pueblo iraquí. En total consonancia con su tradición imperial los británicos fabricaron, a fin de mantener sus poderes, una monarquía importada y una clase de propietarios latifundistas, al igual que ofrecieron al Islam sunita una posición privilegiada. Pero a pesar de sus esfuerzos sistemáticos los británicos fracasaron. El Partido Comunista y el Partido Baasista constituyeron las principales fuerzas políticas organizadas que precisamente descarrilaron el poder de la monarquía «sunita» odiada por todos, sunitas, chiítas y curdos. La confrontación violenta entre ambas fuerzas, que ocuparon el centro de la escena entre 1958 y 1963, terminó con la victoria del partido Baas, celebrada con alivio por los poderes occidentales. El proyecto comunista tenía una posible evolución democrática, cosa muy difícil o casi nada en el caso del partido Baas. Partido nacionalista panárabico y unitario en principio, admirador del modelo prusiano de construcción de la unidad alemana, convocador de la pequeña burguesía moderna laicizante, hostil a las expresiones oscurantistas de la religión, el Baas en el poder devino, según lo que era perfectamente previsible, una dictadura cuyo estatismo sólo era a medias antiimperialista, en el sentido de que, según las coyunturas y las circunstancias, era posible llegar a un acuerdo entre las dos partes (el poder baasista en Irak, y el imperialismo norteamericano dominante en la región). Tal «acuerdo» estimuló las ansias megalomaniacas del líder, que imaginó que Washington aceptaría ser su principal aliado en la región. El apoyo de Washington a Bagdad (incluyendo el aprovisionamiento de armas químicas) durante la absurda y criminal guerra contra Irán entre 1980 y 1989 parecía dar credibilidad al cálculo. Saddam no imaginaba que Washington fingía, que la modernización de Irak era inaceptable para el imperialismo, y que la

decisión de destruir el país ya había sido tomada. Una vez caído en la trampa (que consistió en la luz verde dada a Saddam para la anexión de Kuwait, en realidad una provincia iraquí que los imperialistas británicos habían separado para hacerla una de sus colonias petroleras), Irak estuvo sometido a diez años de sanciones con el objetivo de dejar al país exangüe, a fin de facilitar la gloriosa conquista por parte de las tropas de Estados Unidos.

Podemos acusar de todo a los regímenes sucesivos de Baas, incluso el de la última fase de su decadencia bajo la «dirección» de Saddam, salvo de haber estimulado el conflicto religioso entre sunitas y chiítas. ¿Quién es entonces responsable de las heridas sangrantes que hoy día oponen a las dos comunidades? Ciertamente nos enteraremos un día de cómo la CIA (y sin dudas el Mossad) organizaron muchas de estas masacres. Pero más allá de eso es cierto que el desierto político creado por el régimen de Saddam y su ejemplo en términos de métodos oportunistas carentes de principios «estimularon» a los candidatos en el poder a seguir el mismo camino, a menudo protegidos por el ocupante, a veces quizá ingenuos al extremo de creer que podían «servirse de este». Los candidatos en cuestión, jefes «religiosos» (chiítas o sunitas), falsamente pertenecientes a una «nobleza» (paratribales), u «hombres de negocios» de notoria corrupción exportados por Estados Unidos, nunca tuvieron verdadero arraigo en el país; igual puede decirse que los jefes religiosos respetados por los creyentes no habían tenido ninguna gestión política que pareciera aceptable para el pueblo iraquí. Sin el vacío creado por Saddam jamás se habrían pronunciado sus nombres. Frente a este nuevo «mundo político» fabricado por el imperialismo de la globalización liberal, las otras fuerzas políticas, auténticamente populares y nacionales, eventualmente democráticas, ¿tendrán los medios para reconstituirse?

Hubo un tiempo en que el Partido Comunista constituía el polo de la cristalización de lo mejor que la sociedad iraquí podía producir. El Partido Comunista estaba implantado en todas las regiones del país y dominaba el mundo de los intelectuales, sobre todo los de origen chiíta (el chiísmo produce más que nada revolucionarios y líderes religiosos, y rara vez burócratas o compradores). El Partido Comunista era auténticamente popular y antiimperialista, poco inclinado a la demagogia, potencialmente democrático. ¿Está ahora llamado a desaparecer definitivamente de la historia, luego de la masacre de miles de sus mejores militantes por parte de las dictaduras baasistas, el colapso de la Unión Soviética (para el que no estaba preparado), y la actitud de aquellos de sus intelectuales que creyeron aceptable regresar del exilio en las furgonetas de las tropas de Estados Unidos? No es imposible, pero tampoco «inevitable». Lejos de eso.

El problema «kurdo» es un problema real, tanto en Irak como en Irán y en Turquía. Aunque sobre este tema también debemos recordar que las potencias occidentales siempre han puesto en práctica con el mayor cinismo la regla de juzgar a conveniencia. Siempre fueron y serán dos pesas y dos medidas, según lo que en cada ocasión conviene al imperialismo. La represión a los reclamos curdos jamás ha alcanzado en Irak o en Irán el grado de violencia policial y militar, política y moral permanente que la practicada por los turcos. Ni Irán ni Irak han llegado nunca a negar la propia existencia de los curdos. Sin embargo, se le ha perdonado todo a Turquía, porque es un miembro de la OTAN (una organización de naciones democráticas, como nos recuerdan los medios de comunicación, de la que el eminente demócrata que fue Salazar se hizo uno de los miembros fundadores lo mismo que los no menos incondicionales de la democracia, los coroneles griegos y los generales turcos).

Los frentes populares iraquíes constituidos alrededor del Partido Comunista y el Baas en los momentos más lúcidos de su historia como movimientos, cada vez que ejercían las

responsabilidades de poder, encontraban un espacio de entendimiento con los principales partidos curdos, quienes además han sido siempre sus aliados.

De todos modos, la propensión «antichiíta» y «antikurda» del régimen de Saddam es real (los bombardeos de la región de Basora por parte del ejército de Saddam luego de su derrota en Kuwait en 1990 y el uso de gas contra los curdos). Esta tendencia era una «respuesta» a las maniobras de la diplomacia armada de Washington, la cual había movilizado a los aprendices de brujo ávidos de aprovechar la oportunidad. No por ello dejó de tratarse de una maniobra criminal, por añadidura estúpida, porque el éxito de los llamados de Washington a la rebelión habían sido muy limitados. ¿Pero qué se puede esperar de un dictador como Saddam?

Los poderosos de Occidente, en tanto, dan una imagen de la resistencia a la ocupación extranjera, como «inesperada» en estas condiciones, como si «existiera de milagro». No es así el caso, la realidad elemental es simplemente que el pueblo iraquí en su conjunto (árabe y kurdo, sunita y chiíta) odia a los ocupantes y ha sido consciente de sus crímenes cotidianos (asesinatos, bombardeos, masacres, torturas). Debíamos entonces pensar en un Frente Unido de Resistencia Nacional (llámelo como prefiera) que se proclame como tal, que haga manifiestos los nombres, la lista de organizaciones y los partidos involucrados, su programa común. Hasta hoy no hay tal, particularmente a causa de todas las razones que emanan de la destrucción del entramado social y político causada por la dictadura de Saddam y la de los ocupantes. Pero cualesquiera que sean los motivos, esta debilidad constituye una carencia grave, que facilita las maniobras de división, estimula a los oportunistas y favorece la confusión en los objetivos de la liberación.

¿Quién vendrá a superar estas desventajas? Los comunistas debieran estar bien dispuestos a hacerlo. Ya los militantes –presentes en el terreno– marcan su diferencia con respecto a aquellos «líderes» (¡los únicos que los medios de comunicación dominantes conocen!) que, sin saber sobre qué pie bailar, tratan de dar una apariencia de legitimidad a su «alineación» con el gobierno colaboracionista al gobierno de la colaboración, ¡pretendiendo complementar por medio de la misma la acción de la resistencia armada! Pero muchas otras fuerzas políticas, dadas las circunstancias, podrían tomar iniciativas decisivas enderezadas a la conformación de ese frente.

Queda el hecho de que, a pesar de sus «debilidades», la resistencia del pueblo iraquí ya ha descarrilado (en lo político, si bien aún no en lo militar) el proyecto de Washington. Esto es precisamente lo que inquieta a los atlantistas de la Unión Europea, sus fieles aliados. Los asociados subalternos de Estados Unidos hoy temen una derrota de Washington porque ésta fortalecería la capacidad de los pueblos del Sur para obligar al capital transnacional globalizado de la tríada imperialista a respetar los intereses de las naciones y los pueblos de Asia, África y América Latina.

La resistencia iraquí ha hecho propuestas que permitirían salir del punto muerto y ayudar a Estados Unidos a retirarse del avispero. Propone en efecto: (I) la constitución de una autoridad administrativa de transición instaurada con el apoyo del Consejo de Seguridad; (II) el cese inmediato de las acciones de la Resistencia como de las intervenciones militares y policiales de las tropas de ocupación; (III) la salida de todas las autoridades militares y civiles extranjeras en un plazo de 6 meses. Los detalles de estas propuestas aparecieron en la prestigiosa revista árabe *Al Mustaqbal Al Arabi*, publicada en Beirut, en enero de 2006.

El silencio absoluto que los medios de comunicación europeos imponen a la difusión del mensaje es, desde esta perspectiva, testimonio inequívoco de la solidaridad entre los socios

imperialistas. Las fuerzas democráticas y progresistas de Europa tienen el deber de apartarse de esta política de la tríada imperialista y apoyar las proposiciones de la resistencia iraquí. Permitir que el pueblo iraquí afronte él solo a su adversario no es una opción aceptable: entraña la peligrosa idea de que nada se puede esperar de Occidente y de sus pueblos, y por lo tanto alienta algunas tendencias inaceptables –criminales, de hecho– en las prácticas de algunos movimientos de resistencia.

Mientras más fuerte haya sido el apoyo de las fuerzas democráticas de Europa y del mundo al pueblo iraquí, más pronto las tropas de ocupación abandonarán el país, mayores serán las posibilidades de un mejor porvenir para ese pueblo mártir. Mientras más dure la ocupación, más sombrío el futuro que sobrevendrá tras su inevitable fin.

Palestina

El pueblo palestino es, luego de la declaración Balfour durante la Primera Guerra Mundial, víctima de un proyecto de colonización extranjera, que le reserva la suerte de los «pieles rojas», y que lo mismo se reconoce, que se intenta ignorar. Este proyecto ha sido siempre apoyado incondicionalmente por la potencia imperialista dominante en la región (antes Gran Bretaña, hoy día Estados Unidos) porque el Estado extranjero sionista presente de tal manera en la zona no puede ser otra cosa que un instrumento incondicional de las intervenciones que se proponen la sumisión del Medio Oriente árabe a la dominación del capitalismo imperialista.

Esa situación es, para todos los pueblos de África y de Asia, de una absoluta evidencia. De este modo, en los dos continentes, la afirmación y la defensa de los derechos del pueblo palestino nacieron espontáneamente. Por el contrario, en Europa el «problema palestino» provoca divisiones, alentadas por las confusiones estimuladas por la ideología sionista, multipresente a todo nivel en todos los medios de comunicación.

Hoy más que nunca, con el despliegue del proyecto americano del «gran Medio Oriente», fueron abolidos los derechos del pueblo palestino. Mientras la OLP había aceptado los planes de Oslo y de Madrid y la hoja de ruta diseñada por Washington, fue Israel quien rechazó abiertamente firmar, y puso en práctica un plan de expansión aún más ambicioso. La posición de la OLP se debilitó: se le puede hacer el justo reproche de haber creído ingenuamente en la sinceridad de sus adversarios. El apoyo brindado por las autoridades a su adversario islamista (Hamás) –en un primer momento por lo menos–, el crecimiento de prácticas corruptas por parte de la administración palestina (la cual obviaron los suministradores de fondos –el Banco Mundial, Europa, las ONG–, si es que éstos no son partes fundamentales) habrían de conducir –esto era previsible (y probablemente calculado y deseado)– a la victoria electoral de Hamás, pretexto adicional suplementario invocado de inmediato para justificar la incondicional alianza con las políticas de Israel «cualesquiera que estas fueran».

El proyecto colonial sionista siempre ha constituido una amenaza para Palestina y para los países árabes vecinos. Sus ambiciones de anexión del Sinaí egipcio y su anexión efectiva del Golán sirio son prueba de ello. En el proyecto del «gran Medio Oriente» se le confiere un lugar especial a Israel, al monopolio regional de equipamiento militar nuclear y a su papel de socio «pareja obligada» (con el pretexto falaz de que Israel dispondría de «capacidades tecnológicas», algo de lo que carecerían todos los pueblos árabes y que ningún pueblo árabe tiene la culpa. ¡Racismo obliga).

No es intención proponer aquí análisis concernientes a las complejas interacciones entre las luchas de resistencia a la expansión colonial sionista y los conflictos y opciones políticas en el Líbano y Siria. Los regímenes del partido Baas en Siria resistieron a su manera las exigencias de las potencias imperialistas e Israel. Que esta resistencia haya servido igualmente para legitimar ambiciones más discutibles (el control del Líbano) es más discutible. Siria además escogió cuidadosamente sus «aliados» entre los «menos peligrosos» en el Líbano. Se sabe que la resistencia a las incursiones israelíes al sur del Líbano (desvío de las aguas incluido) había sido organizada por el Partido Comunista libanés. Las fuerzas sirias, libanesas e iraníes cooperaron estrechamente para destruir esta «base peligrosa» y reemplazarla por las del Hezbollah. El asesinato de Rafic el Harriri –aún lejos de haber sido aclarado– evidentemente brindó a las potencias imperialistas (Estados Unidos a la cabeza, Francia detrás) la oportunidad para una intervención con un doble propósito: hacer que Damasco aceptara alinearse con el grupo de Estados árabes “clientelizados” (Egipto, Arabia Saudita) o, en su defecto, eliminar los vestigios de poder baasista degenerado, eliminar los restos de la capacidad de resistencia a las incursiones israelíes (con la exigencia del «desarme» de Hezbollah). La retórica “democrática” se invocará cada vez que se necesite para algo.

En la actualidad, defender los derechos inalienables del pueblo palestino es el imperioso deber de todos los demócratas del mundo entero. Palestina está en el centro de los mayores conflictos de nuestros tiempos. Aceptar el plan israelí de la destrucción total de Palestina y de su pueblo equivaldría a negar a los pueblos su primer derecho: el derecho a existir. Acusar de «antisemitismo» a quienes se oponen al despliegue de ese proyecto es inaceptable.

Irán

No es nuestra intención desarrollar aquí los análisis que sugiere la «revolución islámica». Sea tal como ella misma se proclama y como la vemos a menudo en la esfera del Islam político, o según los «observadores extranjeros», aviso y punto de partida de una evolución que al final debe abarcar a toda la región, de hecho, al conjunto del «mundo musulmán», rebautizado por la circunstancia «la umma » («nación», ¿lo que nunca ha sido?) ¿O se trataba de un evento singular, particularmente porque es apropiado para la combinación de las interpretaciones del Islam chiíta y de la expresión del nacionalismo iraní?).

Desde el punto de vista que nos interesa aquí sólo haré dos observaciones. La primera es que el régimen del Islam político en Irán no es por naturaleza incompatible con la integración del país al sistema capitalista mundial como tal (los principios sobre los que se fundamenta el régimen encuentran su espacio en una visión de la gestión «liberal» de la economía). La segunda es que la nación iraní es una «nación fuerte», en otras palabras, una nación donde los mejores componentes, si no todos –clases populares y dirigentes– no aceptan la integración del país en posición de dominado dentro del sistema mundial. Se entiende perfectamente la contradicción entre esas dos dimensiones de la realidad iraní, y la segunda da cuenta de aquellas orientaciones de la política exterior de Teherán que muestran la voluntad de resistirse a los dictados extranjeros.

Es el nacionalismo iraní –fuerte y, a mi modo de ver, históricamente positivo– lo que explica el éxito de la «modernización» de las capacidades científicas, industriales, tecnológicas y militares, comenzada por los regímenes sucesivos de Shah y del khomeinismo. Irán es uno de esos raros Estados del Sur (junto con China, la India, Corea, Brasil y quizá algunos otros, ¡pero no muchos más!) llamado a tener un proyecto «burgués nacional». Que la realización de ese proyecto sea, a

largo plazo, posible o no (y esta es mi opinión) no es objetivo de nuestra presente discusión. Hoy día ese proyecto existe, tiene un espacio.

Es precisamente porque Irán tiene una masa crítica capaz de intentar imponerse como una contraparte respetada, que los Estados Unidos decidieron destruir el país por medio de una nueva «guerra preventiva». El «conflicto», como sabemos, tiene lugar en el terreno de las capacidades nucleares que Irán ha desarrollado. ¿Porqué este país –como todos los otros– no tiene derecho incluso a convertirse él también en una potencia militar nuclear? ¿Con qué derecho los poderes imperialistas, y su juguete Israel, se plantean el objetivo de controlar el monopolio de las armas de destrucción masiva? ¿Podemos dar crédito al discurso según el cual las naciones «democráticas» no harán jamás uso de las mismas como pudieran hacerlo los «Estados vándalos»? ¿Cuándo podremos tener el gusto de escuchar que las naciones «democráticas» en cuestión son responsables de los más grandes genocidios de los tiempos modernos, incluyendo el de los judíos, y que Estados Unidos ya empleó el arma atómica y contradice la prohibición general y absoluta de su uso? Lamentablemente los europeos están completamente alineados con los proyectos de agresión contra Irán por parte de Washington.

A modo de conclusión

Hoy los «conflictos políticos» oponen en la región tres grupos de fuerzas: las que reivindican un pasado nacionalista (pero en realidad no son otra cosa que las degeneradas y corrompidas herederas de las burocracias de la época nacionalista-populista), las que reivindican el Islam político y las que tienden a surgir alrededor de una demanda «democrática» compatible con la gestión económica liberal. El poder de ninguna de estas fuerzas es aceptable para una izquierda atenta a los intereses de las clases populares y de la nación. De hecho, a través de estas tres «tendencias» se expresan los intereses de las clases “compradorizadas” afiliadas al sistema imperialista. En realidad la diplomacia de Estados Unidos estimula estas tres fuerzas, y se aprovecha para su beneficio exclusivo de los conflictos que tienen entre sí. Tratar de «insertarse» en estos conflictos por las alianzas con estos o aquellos (preferir los regímenes ya implantados para evitar el fracaso –el Islam político, o por el contrario tratar de asociarse a alguien para deshacerse de los regímenes) está llamado a fracasar. La izquierda debe mantenerse apoyando las luchas en los terrenos donde encuentre su lugar natural: en la defensa de los intereses económicos y sociales de las clases populares, de la democracia y de la afirmación de la soberanía nacional, concebidas como indisolubles. Todos los demócratas del mundo deberían apoyar las posibilidades de estas fuerzas, en ese espíritu, y de una vez condenar sin limitaciones toda intervención de Estados Unidos, la OTAN, Israel, las Naciones Unidas domesticadas, y sus aliados en la región.

La región del «Gran Medio Oriente» es hoy fundamental en el conflicto que opone al Centro imperialista y a los pueblos del mundo entero. Descarrilar el proyecto de *establishment* de Washington constituye la precondition para brindar a las vanguardias de cualquier región del mundo que sea la posibilidad de triunfar. Una derrota en esta región clave dejaría en una posición vulnerable en extremo a todos los sectores progresistas y de vanguardia. Esto no significa que pueda subestimarse la importancia de las luchas conducidas en otras regiones del mundo (en Europa y América Latina). Significa solamente que estas luchas deben darse bajo una perspectiva global que contribuya a derrotar los intereses de Washington en la región que escogió como su objetivo criminal número uno.

CAPÍTULO IV

Iniciativas desde el Sur:
propias e independientes

¿Saliendo de la crisis del capitalismo¹ o del capitalismo en crisis?

El capitalismo, un paréntesis en la Historia

El principio de la acumulación sin fin que define al capitalismo es sinónimo de crecimiento exponencial y éste, como el cáncer, lleva a la muerte. John Stuart Mill, quien reconoció este hecho, se imaginó que un ‘estado estacionario de las cosas’ pondría fin a este proceso irracional. John Maynard Keynes compartió este optimismo de la “razón”. Pero ninguno de ellos estaba preparado para entender cómo la superación necesaria del capitalismo podía prevalecer. Por el contrario, Marx, dando la debida importancia a la nueva lucha de clases, pudo imaginar la reversión del poder de la clase capitalista, hoy concentrada en manos de la oligarquía gobernante.

La acumulación, que es sinónimo de empobrecimiento, brinda el marco objetivo para las luchas contra el capitalismo. Sin embargo, la acumulación se expresa principalmente a través del contraste, cada vez mayor, entre la prosperidad de las sociedades del centro (del sistema mundial) que se benefician de la renta imperialista y de la miseria de las sociedades en las periferias dominadas. Este conflicto se convierte por tanto en el eje central de la alternativa entre “socialismo y barbarie”.

Históricamente, el capitalismo ‘real’ se asocia con las formas sucesivas de acumulación por desposesión, no sólo al principio (‘acumulación primitiva u originaria’), sino también en cada etapa del desarrollo del sistema capitalista. Una vez debidamente constituido, este capitalismo del ‘Atlántico’ buscó conquistar el mundo y lo reconstruyó sobre la base del despojo permanente de las regiones conquistadas, que en este proceso se han convertido en las periferias dominadas del sistema.

Esta globalización “victoriosa” ha resultado ser incapaz de imponerse de forma duradera. Casi medio siglo después de su triunfo (que vino para inaugurar el ‘fin de la historia’), este modelo fue cuestionado por la revolución de la semi-periférica Rusia y por las (victoriosas) luchas de liberación en Asia y África, que constituyen la historia del siglo XX, –la primera oleada de luchas en favor de la emancipación de los trabajadores y los pueblos–.

La acumulación por desposesión continúa delante de nuestros ojos en el moderno capitalismo tardío de los oligopolios contemporáneos. En los centros, las rentas monopólicas –cuyos beneficiarios son las plutocracias oligopólicas– son sinónimo de la desposesión de toda la base productiva de la sociedad. En las periferias, esta desposesión empobrecedora se manifiesta en la expropiación de los campesinos y el saqueo de los recursos naturales de esas regiones. Estas dos prácticas constituyen los pilares esenciales de las estrategias de expansión del capitalismo tardío de los ‘oligopolios’.

1 Las tesis presentadas en este capítulo se han desarrollado en mi libro titulado *La crise, sortir de la crise du capitalisme ou sortir en crise* (París: Editions Le Temps des Cerises, 2009). Traducción de Mariela Padilla, Junio de 2010.

En este contexto, he situado la ‘nueva cuestión agraria’ en el centro del desafío para el siglo XXI. El despojo de los campesinos (en Asia, África y América Latina) es la forma contemporánea más importante de la tendencia hacia la pauperización (en el sentido que Marx atribuyó a esta ‘ley’) vinculada a la acumulación. Su aplicación no puede dissociarse de las estrategias de los buscadores y beneficiarios de las rentas imperialistas a través de los oligopolios con o sin biocombustibles. Deduzco de ello que el desarrollo de las luchas en el campo real, las respuestas que se dan a través de estas luchas para el futuro de las sociedades campesinas en el Sur (casi la mitad de la humanidad) determinarán en gran medida la capacidad o no de los trabajadores y los pueblos de producir avances en el camino de la construcción de una auténtica civilización, liberada de la dominación del capital, para la que no veo ningún otro nombre más que el del socialismo.

El saqueo de los recursos naturales del Sur, exigido por el modelo de consumo derrochador en beneficio exclusivo de las sociedades opulentas del Norte, destruye cualquier perspectiva de desarrollo digna de este nombre para los pueblos y, por tanto, constituye la otra cara de la pauperización a escala mundial. En ese sentido, la ‘crisis energética’ no es ni el producto de la escasez de determinados recursos necesarios para la producción (petróleo, por ejemplo), ni de los resultados de los efectos destructivos de las formas de producción y consumo devoradoras de energía que están actualmente en vigencia. Esta descripción - que no es mala - se equivoca al no ir más allá de la evidencia banal e inmediata. La ‘crisis energética’ es el producto de las acciones de los ‘oligopolios’ y de un imperialismo colectivo para garantizarse el monopolio del acceso a los recursos naturales del planeta, sean escasos o no, de tal manera de apropiarse de las rentas imperialistas, aún cuando la utilización de esos recursos sea la misma de siempre (devoradora y malgastadora de energía) o sea objeto de ‘medidas ambientales’. Deduzco de ello que la consecución de la estrategia expansionista del capitalismo tardío de los ‘oligopolios’ inevitablemente chocará con la creciente resistencia de las naciones del Sur.

La crisis actual no es por tanto ni una crisis financiera ni la suma de múltiples crisis sistémicas, sino la crisis del capitalismo imperialista de los ‘oligopolios’, cuyo exclusivo y supremo poder se ha puesto en riesgo al ser cuestionado, una vez más, por las luchas de todas las clases populares y de las naciones de las periferias dominadas, aunque aparentemente éstas sean los ‘mercados emergentes’. Esta crisis es también, al mismo tiempo, una crisis de la hegemonía de los EE.UU. En conjunto, los siguientes fenómenos están estrechamente vinculados entre sí: el capitalismo de los ‘oligopolios’, el poder político de las oligarquías, la globalización salvaje, la financiarización, la hegemonía de los EE.UU., la militarización de la manera en la que la globalización se maneja al servicio de ‘oligopolios’, el declive de la democracia, el saqueo de los recursos del planeta y el abandono del desarrollo para el Sur.

El verdadero reto es el siguiente: ¿lograrán estas luchas converger a fin de allanar el camino —o los caminos— hacia la larga ruta de transición al socialismo mundial? ¿Se mantendrán separadas las unas de las otras, o incluso chocarán entre ellas y por lo tanto se volverán ineficaces, dejando la iniciativa al capital de los ‘oligopolios’?

De una larga crisis a otra

El colapso financiero de septiembre de 2008 probablemente tomó por sorpresa a los economistas convencionales que abogaban por la ‘globalización feliz’ y derribó a algunos de los creadores del discurso liberal, triunfante desde la ‘caída del muro de Berlín’. Para mi, esta crisis financiera no fue una sorpresa; la esperaba (por supuesto sin la predicción de su fecha, a diferencia de la Sra.

Soleil), porque es parte del desarrollo de la larga crisis de un capitalismo en envejecimiento, que se inició en la década de 1970.

Es conveniente recordar la primera larga crisis del capitalismo, que modeló el siglo XX, pues el paralelismo entre las etapas del desarrollo de ambas crisis es muy sorprendente.

El capitalismo industrial triunfante del siglo XIX entró en crisis desde 1873 en adelante, las tasas de ganancia cayeron, debido a ello, —esto lo subrayó Marx—, el capital reaccionó con un doble movimiento de concentración y expansión globalizada. Los nuevos monopolios se apropiaron, además de sus ganancias, de una renta gravada al enorme valor agregado generado por la explotación de la mano de obra, reforzaron la conquista colonial del planeta. Estas transformaciones estructurales permitieron un nuevo aumento en las ganancias y condujeron a la *'belle époque'* (de 1890 a 1914) que refleja el período de la dominación globalizada del capital de propiedad de los monopolios financieros. Los discursos dominantes de ese tiempo elogiaban la colonización ('la misión civilizadora') y describían a la globalización como sinónimo de paz, ganándose el apoyo de los trabajadores social demócratas.

Sin embargo, la *'belle époque'*, anunciada como el 'fin de la historia' por los ideólogos de este período, terminó en la Primera Guerra Mundial, como únicamente Lenin había presagiado. Y el período que siguió y se prolongó hasta después de la Segunda Guerra Mundial fue el período de 'guerras y revoluciones'. En 1920, después de que la Revolución Rusa (el 'eslabón débil' del sistema) se había aislado, tras la derrota de la ilusión de la revolución en Europa central, el capital de los monopolios financieros se restauró contra todos los pronósticos del sistema de la *'belle époque'*, una restauración, anunciada por Keynes en su momento, que fue la que originó el colapso financiero de 1929 y la Gran Depresión que duró hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

El 'largo siglo veinte' —1873-1990— es por lo tanto el siglo de la consumación de la primera crisis sistémica y profunda de envejecimiento del capitalismo (hasta el punto que Lenin creía que este capitalismo de los monopolios constituía la "fase superior del capitalismo") y el de la primera ola triunfal de las revoluciones anticapitalistas (Rusia, China) y de los movimientos antiimperialistas de Asia y África.

La segunda crisis sistémica del capitalismo comenzó en 1971 con el abandono de la convertibilidad del dólar en oro, exactamente casi un siglo después del comienzo de la primera. Las tasas de ganancia, los niveles de inversión y las tasas de crecimiento se vinieron abajo (y nunca más volvieron a los niveles del período 1945-75). El capital respondió al desafío de esta crisis, de manera similar a la anterior, con un doble movimiento de concentración y globalización. Como tal, el capital estableció las estructuras que definieron la segunda *'belle époque'* (1990-2008) de la globalización financiera, permitiendo a los grupos oligopolistas gravar su renta de monopolio. El mismo discurso acompañó este proceso: el 'mercado' garantiza la prosperidad, la democracia y la paz, es el "fin de la historia". La misma adhesión se presentó, esta vez desde los socialistas europeos hasta el nuevo liberalismo. Sin embargo, esta nueva *'belle époque'* estuvo desde el principio acompañada por la guerra, la guerra del Norte contra el Sur, que se inició en 1990. Así como la primera globalización financiera había llevado a 1929, la segunda produjo el colapso financiero del 2008. En la actualidad, hemos llegado a un momento crucial, que anuncia la probabilidad de una nueva ola de "guerras y revoluciones". Esto es aún más probable dado que los poderes dominantes no hacen nada que no sea el contemplar la restauración del sistema como era antes de la crisis financiera.

La analogía entre el desarrollo de estas largas crisis sistémicas del envejecimiento de capitalismo es sorprendente. No obstante, hay diferencias cuya importancia política es relevante.

¿Saliendo de la crisis del capitalismo o del capitalismo en crisis?

1. *Detrás de la crisis financiera, una crisis sistémica del capitalismo de los oligopolios*

El capitalismo contemporáneo es, ante todo, un capitalismo de ‘oligopolios’ en el sentido pleno del término (hasta ahora el capitalismo lo era sólo en parte). Lo que quiero decir con esto es que únicamente los ‘oligopolios’ direccionan la producción del sistema económico en su totalidad. Están financiarizados en el sentido de que sólo ellos tienen acceso a los mercados de capital. Esta financiarización garantiza al mercado monetario y financiero –el mercado en el que compiten entre sí– la condición de mercado dominante, que a su vez modela y manda a los mercados laborales y de mercancías.

Esta financiarización globalizada se expresa a través de la transformación de la clase burguesa dominante en una plutocracia captadora de rentas. Los oligarcas no sólo están en Rusia, como a menudo se presume, sino más bien, y en mayor grado en los EE.UU., Europa y Japón. El declive de la democracia es el producto inevitable de esta concentración de poder en beneficio exclusivo de los ‘oligopolios’.

La nueva forma de globalización capitalista que corresponde a esta transformación –en contraste con la que caracterizó la primera ‘*belle époque*’– es también importante de especificar. He expresado esto en una frase: el paso de los imperialismos (el de las potencias imperialistas en conflicto permanente unas con otras) al imperialismo colectivo de la tríada (EE.UU., Europa y Japón).

Los monopolios, que surgen en respuesta a la primera crisis de las tasas de ganancia, se constituyen sobre las bases que reforzaron la violencia de la competencia entre las principales potencias imperialistas de la época, y conducen al conflicto armado iniciado en 1914, pasando por la paz de Versalles y la Segunda Guerra Mundial hasta 1945. Esa etapa fue a la que Giovanni Arrighi, André Gunder Frank, Immanuel Wallerstein y yo describimos, ya en la década de 1970, como la “guerra de los treinta años”, expresión adoptada por varios desde entonces.

Por el contrario, la segunda ola de la concentración oligopolista comenzó en la década de 1970 y se constituyó sobre bases totalmente distintas, en el marco de un sistema que he descrito como del ‘imperialismo colectivo’ de la tríada (EE.UU., Europa y Japón). En esta nueva globalización imperialista, la dominación de los centros ya no se ejerce a través del monopolio de la producción industrial (como ha sido el caso hasta ahora), sino por otros medios (el control de las tecnologías, de los mercados financieros, el acceso a los recursos naturales del planeta, a la información, a las comunicaciones, a las armas de destrucción masiva). Este sistema que he descrito también como el “*apartheid a escala mundial*” implica una guerra permanente contra los Estados y los pueblos de las periferias recalcitrantes, una guerra que empezó ya en la década de 1990 por medio del despliegue del control militar sobre el mundo por parte de los EE.UU. y de sus subordinados aliados de la OTAN.

Según mi análisis, la financiarización de este sistema está inextricablemente ligada a su aspecto claramente oligopólico, lo que los vincula es una relación fundamentalmente orgánica. Esta

visión no es frecuente, ni en la extensa literatura de los economistas convencionales, ni en la mayoría de los escritos críticos sobre la crisis actual.

2. *Es todo el sistema que en adelante se encuentra en crisis*

Los hechos son claros: el colapso financiero ya no está produciendo una ‘recesión’, sino una verdadera y profunda depresión. Pero más allá de esto, otras dimensiones de la crisis de este sistema han surgido en la conciencia del público incluso antes de la crisis financiera. Sabemos el tipo de etiquetas –crisis energética, crisis alimentaria, crisis medioambiental, el cambio climático– y la gran cantidad de análisis sobre estos aspectos de los desafíos contemporáneos que se producen diariamente, algunos de los cuales son de la más alta calidad.

Sin embargo, sigo siendo crítico sobre este modo de tratar la crisis sistémica del capitalismo, que aísla excesivamente las diferentes dimensiones del problema. Por lo tanto, yo redefiniría las diversas ‘crisis’ como las facetas del mismo problema - la del sistema de la globalización capitalista contemporánea (ya sea liberal o no), fundada en el principio de que la renta imperialista opera a escala mundial para beneficio de la plutocracia de los ‘oligopolios’ de la tríada imperialista.

La verdadera batalla se libra en este terreno decisivo entre los ‘oligopolios’ que buscan producir y reproducir las condiciones que les permitan apropiarse de la renta imperialista y donde todas sus víctimas –los trabajadores de los todos los países del Norte y el Sur, los pueblos de las periferias dominadas– están condenadas a renunciar a cualquier perspectiva de un desarrollo digno de este nombre.

3. *¿Saliendo de la crisis del capitalismo o del capitalismo en crisis?*

Habíamos sugerido esta frase junto a André Gunder Frank en 1974. El análisis que desarrollamos sobre la nueva gran crisis que pensamos había empezado, nos llevó a la principal conclusión de que el capital respondería al desafío por medio de una nueva ola de concentración sobre la base de que se procedería a masivos desplazamientos. Más tarde estos se confirman en gran medida. El título de nuestra intervención en una conferencia organizada por el *Il Manifesto* en Roma en 1974 (‘No debemos esperar a 1984’, en referencia a la obra de George Orwell desenterrada del olvido en esa ocasión) invitó a la izquierda radical en ese momento a renunciar a cualquier estrategia para acudir en ayuda de capital mediante la búsqueda de ‘salidas de la crisis’ con el fin de buscar estrategias encaminadas a una ‘salida del capitalismo en crisis’.

He seguido esta línea de análisis con una especie de obstinación de la que no me arrepiento. He sugerido la conceptualización de nuevas formas de dominación por parte de los centros imperialistas asentados en nuevas formas de control que sustituyeron el antiguo monopolio de la producción exclusivamente industrial, el incremento de los países denominados ‘mercados emergentes’ ha confirmado esas nuevas formas. He descrito la nueva globalización que está siendo construida como un “*apartheid a escala mundial*”, acudiendo a la gestión militarizada del planeta y así perpetuando las nuevas condiciones de la polarización que no puede disociarse de la expansión del capitalismo ‘real’.

¿La segunda ola de emancipación de la gente: una reconstrucción del siglo XX, o algo mejor?

1. No hay alternativa a una perspectiva socialista

El mundo contemporáneo se rige por las oligarquías. Las oligarquías financieras en los EE.UU., Europa y Japón dominan no solamente la vida económica sino también la vida política y la vida diaria. El Estado ruso trata de controlar a las oligarquías de Rusia. Las burocracias en China. Las Autocracias (a veces ocultas detrás de la apariencia de una democracia electoral ‘de baja intensidad’) inscritas en este sistema en diferentes lugares en todo el mundo. La gestión de la globalización contemporánea de todas estas oligarquías está en crisis.

Las oligarquías del Norte intentan mantenerse en el poder una vez superada la crisis, no se sienten amenazadas. Por el contrario, la fragilidad del poder en manos de las autocracias del Sur es claramente visible. El modelo de globalización actual es, por tanto, vulnerable. ¿Será cuestionado por la rebelión en el Sur, como fue el caso en el siglo anterior? Probablemente sí, pero eso sería motivo de tristeza porque la humanidad sólo se comprometería en el camino hacia el socialismo –la única alternativa humana al caos– una vez que los poderes de las oligarquías, sus aliados y sus agentes, hayan sido derrotados tanto en los países del Norte como en los del Sur.

¡Viva el internacionalismo de la gente con miras al cosmopolitalismo de las oligarquías!

2. ¿Será posible el restablecimiento del capitalismo de los oligopolios globalizados y financiarizados?

El capitalismo es ‘liberal’ por naturaleza, si por ‘liberalismo’ queremos decir no la etiqueta bonita que la palabra inspira sino el ejercicio pleno y total de la dominación del capital no sólo sobre el trabajo y la economía, sino sobre todos los aspectos de la vida social. No puede haber una ‘economía de mercado’ (una expresión vulgar para el capitalismo) sin una ‘sociedad de mercado’. El capital persigue tenazmente este único objetivo: el dinero, la acumulación para su propio beneficio. Marx, y después de él otros pensadores críticos como Keynes, entendieron esto perfectamente, al contrario de nuestros economistas convencionales, incluidos los de la izquierda.

Este modelo de dominación total y exclusiva del capital se había impuesto sin piedad por las clases dominantes en todas las largas crisis anteriores hasta 1945. Sólo la triple victoria de la democracia, el socialismo y la liberación nacional del pueblo permitieron, desde 1945 hasta 1980, la sustitución de este modelo permanente de los ideales capitalistas por la coexistencia conflictiva de los tres modelos sociales regulados que fueron: el Estado Social del Bienestar de la social democracia de Occidente, el Socialismo ‘real’ en el Este y los nacionalismos populares en el Sur. El derrumbe y la destrucción de estos tres modelos hicieron posible el regreso de la dominación exclusiva del capital, que en términos temporales se describió como la fase neoliberal.

He vinculado este nuevo liberalismo a una serie de nuevos aspectos que me parece merecen la descripción de ‘capitalismo senil’. Mi libro con ese título, publicado en 2001, es probablemente uno de entre los pocos escritos del momento en que, lejos de ver al neoliberalismo globalizado

y financiarizado como el ‘fin de la historia’, analiza el sistema de capitalismo en envejecimiento como inestable, condenado al colapso, precisamente en términos de su financiarización (su ‘talón de Aquiles’, como escribí entonces).

Los economistas convencionales se han mantenido persistentemente sordos a cualquier cuestionamiento a su propio dogma, a tal punto que eran incapaces de prever el colapso financiero del 2008. Aquellos a quienes los medios de comunicación han descrito como ‘críticos’ rara vez merecen esta descripción. Incluso Joseph Stiglitz se mantuvo convencido de que el sistema tal como está –como liberalismo globalizado y financiarizado– se puede recuperar por medio de algunas correcciones. Amartya Sen predica la moral sin atreverse a pensar si el capitalismo ‘real’, lo sea necesariamente.

Los desastres sociales, que el despliegue del liberalismo –‘la utopía permanente del capital’, como escribí– causaría, han inspirado un poco de nostalgia en relación con el pasado reciente o lejano. Pero estos tipos de nostalgia no pueden responder al desafío actual porque son el producto de un pensamiento teórico y críticamente pobre que se ha ido abandonando progresivamente para la comprensión de las contradicciones internas y de los límites de la etapa post-1945 cuyas erosiones, desvíos y derrumbes parecían ser cataclismos imprevistos.

Sin embargo –en el vacío creado por estas regresiones de pensamiento crítico, teórico– una conciencia acerca de las nuevas dimensiones de la crisis sistémica de la civilización ha logrado trazar un camino. Me refiero aquí al movimiento ecológico. Sin embargo, los Verdes, que han pretendido distinguirse radicalmente tanto de los Azules (los conservadores y los liberales) y los Rojos (los socialistas) están encerrados en un callejón sin salida, ya que no han logrado vincular la dimensión ecológica con el desafío de una crítica radical del capitalismo.

Todo estaba listo por lo tanto para asegurar el triunfo –de hecho, efímero pero experimentado como “definitivo”– de la alternativa de la “democracia liberal”. Un tipo miserable de pensamiento, no verdadero, que ignora el argumento decisivo de Marx sobre el fracaso de la democracia burguesa para reconocer que los que deciden no son los que se ven afectados por estas decisiones. Aquellos que deciden y se benefician de la libertad reforzada por el control sobre la propiedad son, hoy en día, los plutócratas del capitalismo de los ‘*oligopolios*’, y los Estados son sus deudores. Forzosamente los trabajadores y el pueblo en cuestión son poco más que sus víctimas. El tipo de disparates liberales podrían en algún momento haber sido creíbles, al menos por un corto tiempo, como resultado de las desviaciones de los sistemas post-1945; sin embargo, la miseria de los dogmas imperantes no les permitía entender los orígenes de la crisis. La democracia liberal por lo tanto aparecía como “el mejor de todos los sistemas posibles”.

Hoy en día los poderes que son los que no previeron nada, se ocupan de la restauración del mismo sistema. Es posible que tengan éxito como lo tuvieron los conservadores en la década de 1920 –a quienes Keynes había denunciado, sin mucho eco en su momento–, pero eso sólo agravaría los límites de las contradicciones que son la causa principal del colapso económico de 2008.

No menos grave es el hecho de que los economistas de la ‘izquierda’ hace ya tiempo que se adhirieron a los principios esenciales de la economía vulgar y aceptaron la idea errónea de que los mercados son racionales. Esos mismos economistas centraron sus esfuerzos para definir las condiciones para esa racionalidad del mercado, abandonando a Marx, que había descubierto la irracionalidad de los mercados desde el punto de vista de los trabajadores y los pueblos,

una perspectiva considerada ‘obsoleta’. Según esta perspectiva ‘izquierdista’, el capitalismo es flexible y se ajusta a los requerimientos del progreso (tecnológico, e incluso social), si se ve limitado en este sentido. Estos economistas ‘de izquierda’ no estaban listos para entender que la crisis que emergió era inevitable y están aun menos preparados para afrontar los retos que enfrentan los pueblos como resultado de ello. Al igual que los otros economistas vulgares buscarán reparar el daño sin comprender que es necesario seguir otro camino, si se quiere tener éxito (el de la superación de la lógica fundamental del capitalismo). En lugar de buscar las salidas al capitalismo en crisis, ellos piensan que pueden simplemente salir de la crisis del capitalismo.

3. *La hegemonía de los Estados Unidos en crisis*

La reciente Cumbre del G-20 en Londres, en abril de 2009, de ninguna manera marca el comienzo de una ‘reconstrucción del mundo’. Y quizá no sea una coincidencia en medio de la agitación que siguió a la reunión de la cumbre de la OTAN, la mano derecha del imperialismo contemporáneo, y del refuerzo de la participación militar de la OTAN en Afganistán. La guerra permanente del Norte contra el Sur debe continuar.

Ya sabíamos que los gobiernos de la tríada - EE.UU., Europa y Japón - perseguirían el único objetivo de restaurar el sistema tal y como existía antes de septiembre de 2008, y no hay que tomar en serio las intervenciones en la Cumbre del G20 en Londres del presidente Obama y Gordon Brown, por una parte, y de Sarkozy y Merkel, por la otra, pues estaban destinadas a divertir a los espectadores. Las diferencias significativas, identificadas por los medios de comunicación, sin contenido real, respondían a las necesidades exclusivas de los líderes en cuestión para dar lo mejor de sí de cara a la opinión pública ingenua: ‘re-crear el capitalismo’, ‘moralizar las operaciones financieras’, esas y otras grandes declaraciones, a fin de no tocar las verdaderas cuestiones. Esa es la razón por la que la restauración del sistema, que no es imposible, no resolverá ningún problema, sino que de hecho exacerbará la gravedad de la crisis. La “Comisión Stiglitz”, convocada por las Naciones Unidas, es parte de esta estrategia para engañar al público. Obviamente no se podía esperar otra cosa de los oligarcas que controlan el poder real y sus deudores políticos. La perspectiva que he desarrollado y que pone énfasis en los vínculos inextricables entre la dominación de los ‘oligopolios’ y la necesaria financiarización de la gestión de la economía mundial se confirma por los resultados del G-20.

Más interesante es el hecho de que los líderes invitados de los ‘mercados emergentes’ optaran por guardar silencio. Una única frase inteligente se dijo ese día de gran espectáculo. Fue el presidente chino, Hu Jintao, que observó ‘de paso’, sin insistir, y con una sonrisa (¿burlona?) que sería necesario prever la creación de un sistema financiero global que no estuviera basado en el dólar estadounidense. Algunos comentaristas inmediatamente relacionaron esto –correctamente– con las propuestas que hizo Keynes en 1945.

Esta ‘observación’ fue una gran llamada de atención al hecho de que la crisis del sistema capitalista de los ‘oligopolios’ está indisolublemente ligada a la crisis de la hegemonía de los EE.UU., que está en la cuerda floja. Pero, ¿quién la reemplazará? Por supuesto no ‘Europa’, que no existe fuera del Atlantismo y no tiene la ambición de ser independiente, como se confirmó una vez más en la reunión cumbre de la OTAN. ¿China? Esta ‘amenaza’, que los medios de comunicación repitieron hasta el cansancio (un nuevo ‘peligro amarillo’), a fin de justificar la alineación del Atlántico, no tiene ningún fundamento en la realidad. Los dirigentes chinos saben que su país no dispone de los medios y no tienen la voluntad. La estrategia de China se limita

a la promoción de una nueva globalización sin hegemonía –algo que ni los EE.UU. ni Europa consideran aceptable–.

La probabilidad de una posible evolución en este sentido depende una vez más de los países del Sur. Y no es casualidad que la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) sea la única institución dentro del paraguas de la ONU que haya adoptado iniciativas fundamentalmente diferentes a las de la ‘Comisión Stiglitz’. No es casual que el Secretario General de la UNCTAD, Supachai Panitchpakdi, de Tailandia, hasta ahora considerado como un perfecto liberal, se haya atrevido a proponer en un informe titulado “La crisis económica mundial”, de marzo de 2009, ideas realistas que son parte de una segunda oleada del ‘despertar del Sur’.

Por su parte, China ha empezado a construir –en forma gradual y controlada– sistemas regionales financieros alternativos para dejar el dólar estadounidense. Este tipo de iniciativas completan, en el plano económico, la promoción de la alianza política dentro de la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), que es un gran obstáculo a la beligerancia de la OTAN.

La reunión cumbre de la OTAN, que se celebró al mismo tiempo, en abril de 2009, aceptó la decisión de Washington de no iniciar una retirada militar gradual, más por el contrario reforzar el alcance de su participación militar, siempre bajo el pretexto equivocado de la ‘guerra contra el terror’. El presidente Obama despliega su talento para salvar el programa de Clinton y Bush de imponer el control militar mundial, que es la única manera de prolongar los días de la hegemonía de EE.UU. en peligro. Obama sumó puntos y obtuvo una total e incondicional entrega de la Francia de Sarkozy –el fin del gaullismo– que ahora se volvió a sumar al mando militar de la OTAN, algo que era difícil durante el reinado de Bush, cuando Washington hablaba sin inteligencia, sino es que con arrogancia. Por otra parte, Obama ha actuado como Bush, haciendo caso omiso de la independencia de Europa y dando lecciones acerca de cómo a Turquía debería permitírsele entrar en la Unión Europea.

Hacia una segunda oleada de luchas victoriosas de la emancipación de los trabajadores y de los pueblos

1. ¿Son posibles los nuevos avances en las luchas por la emancipación de los pueblos?

La gestión política de la dominación a nivel mundial por el capital de los ‘oligopolios’ está necesariamente marcada por la violencia extrema. A fin de mantener su estatus de sociedades ricas, los países de la tríada imperialista, están obligados, de ahora en adelante, a limitar el acceso a los recursos naturales del planeta para su propio beneficio. Este nuevo requisito explica el origen de la militarización de la globalización que ya he descrito como el “imperio del caos” (el título de un libro mío publicado el 2001), una expresión que desde entonces ha sido usado por otros.

En consonancia con el ‘proyecto de Washington’ de control militar en todo el planeta y la conducción de la ‘guerra preventiva’, bajo el pretexto de la ‘guerra contra el terror’, la OTAN se ha retratado a sí misma como el ‘representante de la comunidad internacional’ y de esa manera ha marginado a la ONU (la única institución con el derecho a hablar como tal).

Por supuesto, estos objetivos reales no pueden ser claramente reconocidos. Con el fin de enmascararlos, los poderes en cuestión han optado por instrumentalizar el discurso sobre la

democracia y se han arrogado para sí el ‘derecho a intervenir’ a fin de imponer ‘el respeto a los derechos humanos’.

Al mismo tiempo, el poder absoluto de las nuevas plutocracias oligárquicas ha vaciado de contenido la práctica de la democracia burguesa. En épocas anteriores, la negociación política entre los diferentes partidos sociales del bloque hegemónico era necesaria para la reproducción del poder del capital. Por el contrario, la nueva dirección política de la sociedad del capitalismo de los ‘oligopolios’, establecida por medio de una sistemática despolitización, ha dado lugar a una nueva cultura política de ‘consenso’ (inspirada en el ejemplo de los EE.UU.), que sustituye al consumidor y espectador político por un ciudadano activo condición para una auténtica democracia. Este “virus liberal” (el título de otro libro mío publicado el 2005) suprime la apertura hacia posibles opciones alternativas y la sustituye por un consenso que se centra en la relación exclusiva de una democracia procedimental, electoral.

La desaparición y el colapso de los tres modelos sociales antes mencionados están en el origen de este drama. La página de la primera ola de luchas por la emancipación se ha convertido, ahora, en el de la segunda ola que todavía no ha sido abierta. En el crepúsculo que los separa se puede discernir los “monstruos”, como escribe Gramsci.

En el Norte, estos acontecimientos han causado la pérdida de un sentido real de la práctica democrática. Esta regresión está enmascarada por las pretensiones del discurso denominado ‘posmoderno’, según el cual las naciones y las clases ya han abandonado la escena y cedido el espacio político para el ‘individuo’ que ahora es el sujeto activo de la transformación social.

En el Sur, otras ilusiones dominan el ámbito político. La ilusión de un desarrollo capitalista, nacional y autónomo, que es parte de la globalización, de gran alcance entre las clases dominantes y medias en los ‘mercados emergentes’, impulsada por el éxito inmediato de las últimas décadas. O las nostálgicas ilusiones (para-étnica o para-religiosa) sobre el pasado en los países excluidos de este proceso.

Lo que es peor, estos acontecimientos han fortalecido el alcance general de la ‘ideología del consumo’ y la idea de que el progreso se mide por el crecimiento cuantitativo del consumo. Marx ya había demostrado que el modo de producción determina el modo de consumo y no al revés, como lo afirma la economía vulgar. Lo que se pierde de vista en todo esto es la perspectiva de una humanista y superior racionalidad, la base para el proyecto socialista. El potencial gigantesco que la aplicación de la ciencia y la tecnología ofrece a toda la humanidad y que permite el florecimiento real de las personas y las sociedades del Norte y el Sur se desperdicia por las exigencias de su subordinación a la lógica de la búsqueda ilimitada de la acumulación del capital. Lo que es aún peor, el progreso continuo de la productividad social del trabajo está relacionada con el uso impresionante de los mecanismos de empobrecimiento (visibles a escala mundial, entre otros, el ataque al por mayor en las sociedades campesinas), como Marx ya había comprendido.

Dejarse llevar por la alienación ideológica causada por el capitalismo no sólo afecta negativamente a las sociedades opulentas de los centros imperialistas. Los pueblos de las periferias, en su mayoría carentes de acceso a niveles aceptables de consumo, cegadas por las aspiraciones a consumir, como en el Norte opulento, están perdiendo la conciencia del hecho de que la lógica del capitalismo histórico hace imposible la extensión de este modelo a todo el mundo.

Por tanto, podemos entender las razones por las que el colapso financiero de 2008 fue el resultado exclusivo de una agudización de las contradicciones internas propias de la acumulación de capital. Sólo la intervención de las fuerzas que encarnan una alternativa positiva puede ofrecer una manera de imaginar una salida del caos causado por la agudización de las contradicciones internas del sistema. (Con esta idea he contrastado la ‘vía revolucionaria’ con el modelo de superación del sistema históricamente obsoleto a través de su ‘decadencia’). Y con el actual estado de cosas, los movimientos de protesta social, a pesar de su crecimiento visible, continúan siendo en su conjunto, incapaces de cuestionar el orden social vinculado al capitalismo de los ‘oligopolios’ a falta de un proyecto político coherente que puede estar a la par de los desafíos.

Desde este punto de vista, la situación actual es notablemente diferente de la que prevaleció en la década de 1930, cuando las fuerzas del socialismo se enfrentaron con los partidos fascistas, produciendo el nazismo, el *New Deal* y los Frentes Populares.

La profundización de la crisis no se evitará, incluso en caso de rehabilitarse el sistema de la dominación por el capital de los ‘oligopolios’ que sean potencialmente exitosos, cosa que no es imposible. En esta situación, la posible radicalización de las luchas no es una hipótesis improbable, aunque los obstáculos siguen siendo formidables.

En los países de la tríada, dicha radicalización implicaría que el orden del día fuera el de expropiar a los ‘oligopolios’, que parecieran quedar excluidos para el futuro previsible. En consecuencia, la hipótesis de que –a pesar de las turbulencias causadas por la crisis– la estabilidad de las sociedades de la tríada no será impugnada no puede ser deseada. Existe un grave riesgo de una vuelta a la ola de luchas de la emancipación, como sucedió en el siglo XX, es decir, un cuestionamiento exclusivo del sistema por parte de algunas de sus periferias.

Una segunda etapa de “despertar del Sur” (el título de otro libro mío publicado en 2007, que ofrece una lectura del período de Bandung como la primera etapa de este despertar) ahora está al orden del día. En el mejor de los casos, los avances producidos en estas condiciones podrían obligar al imperialismo a retirarse y renunciar a su proyecto demencial y criminal de controlar el mundo militarmente. Y si este fuera el caso, entonces el movimiento democrático de los países en el centro del sistema podría hacer una contribución positiva para el éxito de esta estrategia de neutralización. Por otra parte, la disminución de la renta imperialista que beneficia a las sociedades en cuestión, causada por la reorganización de los equilibrios internacionales en beneficio del Sur (especialmente China), podría ayudar al despertar de una conciencia socialista. Pero por otra parte, las sociedades del Sur aún podrían enfrentar los mismos desafíos que en el pasado, una situación que produciría los mismos límites a su progreso.

Un nuevo internacionalismo de los trabajadores y los pueblos es necesario y posible

El capitalismo histórico es todo lo que se quiera, pero no es eterno. No es más que un pequeño paréntesis en la historia. El cuestionamiento fundamental del capitalismo –que los pensadores contemporáneos en su inmensa mayoría no consideran ‘posible’ ni ‘deseable’– es la condición ineludible para la emancipación de los trabajadores y los pueblos dominados (de las periferias, es decir, el 80% de la humanidad). Y las dos dimensiones de los desafíos que están indisolublemente ligados entre sí. No habrá salida del capitalismo a través de la lucha exclusiva de los pueblos del Norte, o por la lucha exclusiva de los pueblos dominados del Sur. Sólo habrá una salida del

capitalismo, siempre y cuando estas dos dimensiones del reto se combinen entre sí. Está lejos de ser ‘cierto’ que esto ocurra, en cuyo caso el capitalismo será superado por la destrucción de la civilización (más allá del *malestar* por la civilización, para usar la terminología de Freud) y tal vez de la vida en el planeta. El escenario de una ‘imitación’ del siglo XX no está a la altura de las exigencias de un compromiso por la humanidad para la larga ruta hacia la transición al socialismo en todo el mundo. La catástrofe liberal requiere una renovación de la crítica radical del capitalismo. El desafío es el que enfrenta la permanente construcción y reconstrucción del internacionalismo de los trabajadores y los pueblos de la faz del cosmopolitalismo del capital oligárquico.

La construcción de este internacionalismo sólo puede imaginarse al influjo de los avances exitosos, nuevos y revolucionarios (como los iniciados en América Latina y Nepal), que ofrecen la perspectiva de una superación del capitalismo.

En los países del Sur, la batalla de los Estados y las naciones para lograr una globalización negociada sin hegemonías –la forma contemporánea de la desvinculación– con el apoyo de la organización de las demandas de las clases populares, puede circunscribir y limitar los poderes de los ‘oligopolios’ de la tríada imperialista. Las fuerzas democráticas en los países del Norte deben apoyar esta lucha. El discurso ‘democrático’ que se propone –y se acepta por una mayoría de la izquierda en su forma actual– y las intervenciones ‘humanitarias’ realizadas en su nombre, al igual que las prácticas miserables de brindar ‘ayuda’, evitan el auténtico compromiso con este reto.

En los países del Norte, los ‘oligopolios’ son ya claramente las formas del ‘bien común’ cuya gestión no puede dejarse en manos de intereses privados sectoriales solamente (la crisis ha puesto de relieve los resultados catastróficos de este enfoque). Una izquierda auténtica tiene que atreverse a imaginar la nacionalización como la primera etapa ineludible de la socialización de los ‘oligopolios’, a través de la profundización de la práctica democrática. La crisis actual permite la concepción de una posible cristalización de un frente común de las fuerzas sociales y políticas que reúne a todas las víctimas del poder exclusivo de las oligarquías gobernantes.

La primera oleada de las luchas por el socialismo, la del siglo XX, ha mostrado los límites de las socialdemocracias europeas, los comunismos de la Tercera Internacional y el nacionalismo popular de la era de Bandung, la desaparición y el colapso de su ambición socialista. La segunda ola, la del siglo XXI, debe sacar lecciones de ello. En particular, una lección es la de asociar la socialización de la gestión económica con la profundización de la democratización de la sociedad. No habrá socialismo sin democracia, pero igualmente no habrá avance democrático fuera de una perspectiva socialista.

Estos objetivos estratégicos nos invitan a pensar la construcción de ‘convergencias en la diversidad’ (en referencia a la frase utilizada en el Foro Mundial de Alternativas) de las formas de organización y luchas de las clases dominadas y explotadas. Y no es mi intención condenar desde el principio las convergencias de las formas que, a su manera, recuperan las tradiciones de la socialdemocracia, el comunismo y el nacionalismo popular, o se apartan de ellos.

De acuerdo con esta perspectiva, me parece que son necesarias para pensar en la renovación de un marxismo creativo. Marx nunca ha sido tan útil y necesario para entender y transformar el mundo, hoy lo es más que ayer. Ser marxista, en este sentido, es comenzar con Marx y no quedarse en él,

Lenin o Mao, tal como concibieron y practicaron los marxistas históricos del siglo anterior. Es devolverle a Marx lo que se debe a él: la inteligencia de haber iniciado un pensamiento moderno crítico, una crítica de la realidad capitalista y una crítica de sus representaciones políticas, ideológicas y culturales. Un marxismo creativo debe perseguir el objetivo de enriquecer este pensamiento crítico por *excelencia*. No debe temer el integrar todos los aportes de la reflexión, en todos los ámbitos, incluidos los que han sido injustamente considerados ‘extraños’ por los dogmas de los marxismos históricos del pasado.

El socialismo del siglo XXI¹

1. Mi propósito aquí no consiste en formular lo que “será” o lo que “debería ser” el socialismo del siglo XXI. Cualquier formulación de este tipo remitiría a la lectura del marxismo que comparto: que el socialismo (o mejor, el comunismo) no puede ser más que el producto de la lucha de clases y de los pueblos explotados y dominados, no la puesta en marcha de un “proyecto intelectual” concebido previamente.

No obstante, hace falta formular algunos principios generales que constituyan el punto de partida de una reflexión sobre el análisis de los desafíos y la importancia de las luchas (indisociables los unos de las otras). Los principios formulados en el Llamamiento de Bamako (enero de 2006) constituyen para mí una base adecuada, por lo que los recuerdo aquí de forma general:

- a) Construir un mundo fundado sobre la solidaridad de los seres humanos y de los pueblos.
- b) Construir un mundo fundado sobre la afirmación plena y total de los ciudadanos y la igualdad entre los sexos.
- c) Construir una civilización universal que ofrezca su potencial pleno para el despliegue creador en todas las esferas.
- d) Construir la socialización a través de la democracia.
- e) Construir un mundo fundado sobre el reconocimiento del carácter no mercantil de la naturaleza y de los recursos del planeta, de las tierras agrícolas, que sea en condiciones de hacer frente a los retos ecológicos y climáticos planetarios.
- f) Construir un mundo fundado sobre el reconocimiento del carácter no mercantil de los productos culturales y del conocimiento científico, de la educación y la salud.
- g) Promover las políticas que vinculen estrechamente la democratización sin límites, el progreso social y la afirmación de la autonomía de las naciones y de los pueblos.
- h) Afirmar la solidaridad de los pueblos del Norte y del Sur en la construcción de un internacionalismo con base antiimperialista.

El lector encontrará en el Llamamiento de Bamako, publicado en numerosos sitios de Internet, los argumentos que sustentan cada principio, refrendados además por muchos de los movimientos en lucha.

Sin duda, algunos manifiestan que estos principios se ubican al lado de las exigencias del comunismo el que, según la tradición marxista, implica la emancipación completa de la alineación mercantil. Continuar el debate en este terreno es ciertamente necesario, mas no debería constituir un obstáculo a la voluntad de construir estrategias de lucha comunes.

Otros, más intransigentes, expresan sus temores de que estos principios no inspiren ninguna perspectiva, dando credibilidad a la posibilidad de un “capitalismo con rostro humano”. En contraposición, yo veo que los avances en esa dirección no pueden ser más que el producto de las victorias conseguidas contra el despliegue de la lógica immanente de la acumulación del capital. En este sentido, ellas dan su contenido a las etapas inevitables en el largo camino al socialismo,

¹ Traducido por Jacqueline Laguardia Martínez, Marzo de 2007.

excepto aferrarse a la ilusión de “todo, todo enseguida” y al mito de la revolución (en lugar de avances revolucionarios) que, por un golpe de magia, permita alcanzarlo.

2. El momento actual se caracteriza, después de una treintena de años, por una ofensiva del capitalismo (siempre “liberal” por naturaleza), imperialista en demasía (por naturaleza, igualmente) que golpea a todas las clases dominadas, tanto en el Norte como en el Sur (la periferia del sistema capitalista mundial). Esta ofensiva es multidimensional, intenta imponer una gestión económica de mercados desregulados a favor del capital, dismantelar las conquistas sociales, reprimir mediante la violencia la resistencia popular, conducir “guerras preventivas” contra los países recalcitrantes. La ofensiva es conducida por el conjunto de los centros imperialistas (la “tríada”: Estados Unidos, Europa y Japón), unidos bajo el liderazgo de Washington.

El momento de euforia del capital y del imperialismo –pasados a la ofensiva bajo la bandera del neoliberalismo y la globalización– ha sido de corta duración (1990 - 95). Muy rápido las clases populares entraron en el combate de la resistencia contra tal ofensiva.

De manera general, la primera ola de luchas contra esta ofensiva se libró en los terrenos de la resistencia y de la réplica a la ofensiva antes mencionada de múltiples maneras. La cadena de los espacios de las resistencias es continua y, según las circunstancias y el lugar, las luchas se desarrollaron en el terreno principal del desafío más inmediato que hubieron de enfrentar los pueblos. En este sentido, los reclamos por la regulación del mercado, la promoción de los derechos de la mujer, la protección del medio ambiente, la defensa de los servicios públicos, de la democracia, así como la resistencia armada a las agresiones de los Estados Unidos y de sus aliados en el Medio Oriente (Irak, Palestina, Líbano) no pueden disociarse entre sí. En sus luchas de resistencias los pueblos han innovado.

La cultura política dominante de la izquierda fue marcada durante los siglos XIX y XX por prácticas basadas en la organización vertical jerarquizada de los partidos, los sindicatos, las asociaciones. En las circunstancias de la época, los movimientos que estos últimos protagonizaron –transformaciones sociales radicales y reformistas, revoluciones, independencias nacionales– transformaron el mundo, de manera generalmente favorable a las clases populares y a los pueblos dominados.

Sin embargo, los límites y las contradicciones propias a estas formas de acción aparecieron con fuerza a partir de los años 1980-1990. El déficit democrático de estas formas, llegando incluso a la autoproclamación de “vanguardias” armadas con el conocimiento “científico” y la estrategia “eficaz”, originó decepciones ulteriores: reformas y revoluciones elevaron al poder a regímenes de quienes lo mínimo que podemos decir es que con frecuencia no cumplieron sus promesas y que a menudo se comprometieron en acciones criminales. Estos fracasos hicieron posible el regreso ofensivo del capital dominante y del imperialismo a partir de los años 1980-1990.

Muchas de las antiguas fuerzas de la izquierda organizada quedaron apartadas de estas primeras luchas, tímidas ante la agresión, en ocasiones unidas a las opciones liberales e imperialistas. El movimiento fue alimentado por las “fuerzas nuevas”, a veces de manera casi “espontánea”. En su despliegue, estas fuerzas promovieron el principio fundamental de la práctica democrática: negando la jerarquía vertical y promoviendo formas horizontales de cooperación en la acción. Este avance de la conciencia democrática debe considerarse como un progreso “civilizacional”.

3. Las luchas de resistencia han obtenido innegables victorias. Ellas han impulsado (pero solamente impulsado) la derrota de la ofensiva del capital y del imperialismo. Esta derrota se hace patente en todas las dimensiones de dicha ofensiva.

El proyecto norteamericano para el control militar del planeta, indispensable para garantizar el “éxito” de la globalización actual, las guerras “preventivas” libradas para asegurar la efectividad (invasión de Afganistán y de Irak, ocupación de Palestina, agresión contra el Líbano) ya son derrotas políticas evidentes.

El proyecto económico y social neoliberal, concebido para servir como cimiento fuerte y estable a la acumulación del capital –asegurar la tasa de beneficio máximo a todo precio– es, de acuerdo a la opinión de las mismas instancias que le dieron origen (Banco Mundial, FMI, OMC, Unión Europea), incapaz de imponer sus condiciones. Está “descompuesto”: la ronda de Doha de la OMC se encuentra en un callejón sin salida, el FMI enfrenta la quiebra financiera, etc. La amenaza de una brutal crisis económica y financiera está a la orden del día.

4. Sin embargo, no hay motivos para autofelicitar por estos triunfos. Los mismos resultan insuficientes para transformar las relaciones de fuerza sociales y políticas a favor de las clases populares y, de hecho, estos triunfos permanecen vulnerables mientras que el movimiento no pase de la resistencia defensiva a la ofensiva. Solamente ésta puede abrir el camino a la construcción de la alternativa positiva “otro mundo es posible” y, por supuesto, mejor.

El desafío que enfrentan los pueblos que luchan es parte de la respuesta que los mismos darán a la pregunta que aquí se plantea, utilizando los términos expresados con fuerza por François Houtart: pasar de la conciencia colectiva de los retos a la construcción de agentes sociales activos de la transformación.

El avance es y será difícil. Implica: (i) la radicalización de las luchas y (ii) su convergencia en medio de la diversidad (retomando la consigna del Foro Mundial de Alternativas) en los planes de acción comunes, los que suponen una visión política estratégica, la definición de los objetivos inmediatos y más lejanos (la “perspectiva” que define la alternativa, para nosotros aquella del socialismo del siglo XXI).

La radicalización de las luchas no es aquella de la retórica de los discursos, sino su articulación en un proyecto alternativo donde las mismas luchas se propongan sustituir los sistemas vigentes de poder social: la construcción de hegemonías sociales (alianza y compromisos de clases) que se impongan como alternativas a las hegemonías sociales en el poder (las de las alianzas dominadas por el capital, el imperialismo y las clases sometidas a sus servicio. Más allá de una vaga “coordinación” de las luchas (o simplemente de intercambios de opiniones) que no permiten trascender los desgajamientos (y las debilidades que se derivan), la convergencia no puede ser sino el producto de una “politización” (en el mejor sentido del término) de los movimientos fragmentados. Esta exigencia es combatida por el discurso de la “sociedad civil apolítica”, una ideología directamente importada de los Estados Unidos que continúa causando estragos.

La convergencia en medio de la diversidad y la radicalización de las luchas encontrará sus expresiones en la construcción inevitable “de etapas” (si bien algunos no quieren ni siquiera escuchar el término, que les parece sinónimo de compromisos y oportunismos) permitiendo: (i) avances en la democratización asociados (y no disociados) al progreso social y (ii) la afirmación

de la soberanía de los Estados, de las naciones y los pueblos, imponiendo formas de globalización negociada y no impuesta unilateralmente por el capital y el imperialismo. Estas definiciones de contenido sobre la construcción alternativa no son ciertamente aceptadas por todos.

Algunos consideran que la democracia política, aun disociada de la “cuestión social” (sometida a las exigencias del mercado), es “algo mejor que nada”. Sin embargo, los pueblos de Asia y África no aparecen en el conjunto dispuestos a batirse por esta forma de democracia disociada del progreso social (de hecho asociada, en el momento actual, a la regresión social). Ellos prefieren, a menudo, alinearse a movimientos parareligiosos/étnicos fuertes y poco democráticos. Podríamos lamentarnos; más vale preguntarnos el por qué. La “democracia” no puede ser ni exportada (desde Europa) ni impuesta (por los Estados Unidos). Ella no puede ser más que el producto de su conquista por parte de los pueblos del Sur a través de sus luchas por el progreso social, como ocurrió (y aún ocurre) en Europa.

Lo anterior implica la profundización de los debates relativos a la democratización de las sociedades. Yo hablo de la “democratización” refiriéndome a la naturaleza del proceso continuo de su progresión, y no de la “democracia” que inspira la adhesión a las fórmulas prefabricadas propuestas por el modelo de la democracia representativa occidental. Una democracia por demás en retroceso, tal y como diríamos del proceso de construcción europea. De acuerdo a la perspectiva del socialismo, las fórmulas que asocian el progreso social y la práctica auténtica de la democracia en la conducción de las luchas y de la gestión de los poderes alternativos que ellas permiten instrumentar, serán inventadas por los pueblos mismos.

La mención misma de la nación, de la independencia nacional y de la soberanía provoca en algunos una aguda crisis de urticaria. El “soberanismo” es casi calificado como “tara del pasado”. La nación ha de botarse como un desecho, la globalización ya la ha vuelto obsoleta. Esta tesis, popular entre las clases medias europeas (por razones evidentes vinculadas con los problemas que supone la construcción de la UE), no encuentra ningún eco en el Sur (¡ni tampoco en los Estados Unidos o en Japón!).

La visión “no nacional” (o postnacional) evocada se deriva de la idea de que la globalización (o la regionalización) constituirá, en adelante, el nivel de decisión para las transformaciones posibles, habiendo perdido el nivel nacional dicha capacidad. En otros términos, que la idea de la búsqueda de avances en un “solo país” es ilusoria. La idea es menos nueva de lo que parece y retoma en parte la crítica dirigida poco hace al proyecto de la “construcción del socialismo en un solo país”.

Yo no suscribo este punto de vista (incluso compartiendo el punto de vista crítico del “socialismo en un solo país” y considerando igualmente que los avances en esta dirección pueden producirse en un solo país). Yo no creo que avances preliminares a escala mundial y regional sean posibles, a partir de las condiciones desiguales que los permiten aquí y no allá. Esta cuestión será retomada, evidentemente, cuando hablemos de Europa.

La transformación por etapas no excluye la creencia en la perspectiva a largo plazo. Para algunos, entre los que se incluye el autor de estas líneas, ésta es la del “socialismo del siglo XXI”; otros no aceptan el “socialismo”, para ellos contaminado definitivamente por su práctica en el pasado siglo.

Sin embargo, incluso si el principio de la convergencia es aceptado, su puesta en práctica resultará difícil. Aquí se trata de conciliar: (i) los avances de la práctica democrática adquirida durante y por las luchas (renunciar necesariamente a la nostalgia de los movimientos “comandados” por las “vanguardias”) y (ii) las exigencias de la unidad de acción, modestas o ambiciosas de acuerdo a las coyunturas locales (nacionales).

El principio de la convergencia necesaria no es aceptado por “todos”. Algunas corrientes llamadas “autonomistas”, inspiradas más o menos en formulaciones “posmodernistas”, la rechazan. Los movimientos que ellas inspiran deben ser respetados como tales; ellos forman parte del frente de lucha. Algunos llegan incluso a pretender que el movimiento sea en sí disperso y se construya como alternativa por sí mismo, llegando a pretender que el “sujeto individual” está ya en vías de convertirse en agente de la transformación (la visión teórica de Negri). Los pensadores de las corrientes autonomistas afirman poder cambiar el mundo sin tomar el poder. La historia dirá si esto es posible o es una ilusión. Podemos, con seguridad, no adherirnos a esta tesis teórica. Este es el caso, probablemente, de muchos de los poderosos movimientos populares comprometidos en las grandes batallas. Podemos también pensar (¿esperar?) que las organizaciones heredadas del pasado –partidos políticos, sindicatos, etc.– sean capaces de transformarse de acuerdo a la práctica democrática exigida.

En todos los casos, ya se trate de “grandes organizaciones” o de “pequeñas organizaciones”, el conflicto enfrenta la “lógica de lucha” (que hace prevalecer las exigencias de la misma) a las “lógicas de la organización” (que hacen prevalecer los intereses puestos en juego por las “direcciones” actuales o en espera de serlo y por la participación del poder dominante del momento, favoreciendo, por tanto, el “oportunismo”).

5. Las avanzadas en las direcciones que abren la vía para la construcción de la alternativa tienen lugar, en este mismo instante, en América Latina, en contraste con su ausencia, total o parcial, en otras partes del mundo: Europa, Asia y África.

Estas avanzadas, en Brasil, Argentina, Venezuela, Bolivia, Ecuador y su triunfo posible en otros países –México, Perú, Nicaragua– son precisamente el producto de la radicalización de los movimientos que han alcanzado el nivel de masa crítica eficaz y de su convergencia política. Se trata de “avances revolucionarios” en el sentido que ellas han inclinado las relaciones sociales y políticas a favor de las clases populares. Sus éxitos se deben a su respuesta práctica y real que asocia la democracia de la gestión de los movimientos y la cristalización política de sus proyectos, superando la disgregación que impera fuera.

Que los poderes del Estado que estas avanzadas han producido “traigan problemas”, que estos se arriesguen a hundirse bajo presiones ejercidas desde el exterior y por las clases locales privilegiadas, ¿quién lo negará? ¿Hay que despreciar entonces las posibilidades que estas transformaciones (¡de poder!) abren a los movimientos populares? Estos poderes permiten otros avances, consolidados por la asociación (y no por la disociación) de la afirmación de la independencia nacional (cara a cara con Estados Unidos), de la democratización y del progreso social. La experiencia de América Latina demuestra concretamente que los avances son, en principio, el producto de las luchas nacionales.

Estos avances pueden, además, si los mismos se multiplican en una región, modificar el paisaje de la misma en beneficio de la consolidación de sus experiencias. El ejemplo de MERCOSUR es bien

representativo. Concebido como un proyecto de mercado común, se inscribe en la globalización capitalista (a pesar de sus contradicciones parciales con los objetivos de la potencia dominante, los Estados Unidos), esta construcción puede tomar un sentido nuevo, sumando el incentivo asociado a las nuevas perspectivas abiertas a partir de la elección de Lula y del surgimiento del proyecto político bolivariano antiimperialista del ALBA.

La convergencia no puede ser construida a nivel mundial o regional si no es puesta en práctica primero en los niveles nacionales pues, querámoslo o no, son estos últimos quienes definen y enmarcan los desafíos concretos y es a estos niveles que se logrará inclinar o no la balanza de los equilibrios actuales que rigen las relaciones de fuerza sociales y políticas a favor de las clases populares. Los niveles regionales y mundial pueden reflejar las avanzadas nacionales y sin duda posibilitarlas (o al menos no convertirse en un obstáculo) un poco más. Por otra parte la imagen de la realidad, a pesar de las luchas, es menos ventajosa.

En Europa la prioridad dada a la “construcción de la Unión Europea” favorece el desplazamiento hacia el liberalismo social, las ilusiones mantenidas por la retórica de la “tercera vía” y del “capitalismo con rostro humano”. ¿Podrá el “movimiento” superar estas limitaciones? Personalmente lo dudo mucho y pienso que los cambios decisivos de orientación del poder político constituyen una condición previa, en particular la ruptura con el atlantismo (la OTAN es el enemigo de los pueblos europeos). Otros no lo creen así. En Europa del Este, a punto de transformarse a partir de sus relaciones reales con Alemania y la Europa occidental en lo mismo que fue (y aún es) América Latina para los Estados Unidos, las ilusiones son aún mayores.

La opinión europea –pienso en aquella que critica el sistema actual– está dividida entre los “europeístas” y los “no europeístas”. Los unos y los otros podrían, finalmente, ponerse de acuerdo sobre “las ventajas” que representaría una Europa unida, dando contenidos diferentes a estas ventajas: aquellas de volverse una nueva superpotencia económica, o de devenir el pedestal de una Europa social. Este debate queda en la abstracción mientras no responda a ciertas cuestiones preliminares. Las condiciones que caracterizan a los diferentes socios en Europa –a quienes no defino solamente a partir de sus niveles desiguales de desarrollo material, sino también por la diversidad de sus culturas políticas– ¿permiten la concreción de avances posibles en el conjunto regional? Mi respuesta es negativa. El proyecto europeo ha estado concebido desde el origen (por Jean Monnet, un adversario declarado de la democracia) como no democrático, destinado a sustituir los poderes que se derivan normalmente del sufragio con poderes no democráticos de decisión (disfrazados como poderes tecnocráticos, sometidos de hecho a las exigencias del capital dominante). La Unión Europea no ha salido de esta óptica; la expresión de “déficit democrático” se ubica de este lado de la realidad, empleada para asegurar el edificio contra toda “amenaza democrática”. En estas condiciones la Europa social no puede ser más que un engaño. La construcción de la misma pasa por la demolición de las instituciones de Bruselas, no por su “reforma”. A su vez, esta demolición debe estar comprometida allí donde sea posible, arrastrando otras consigo y creando así las condiciones para una construcción diferente y alternativa. ¿Si la “izquierda” no toma la iniciativa en este sentido, entonces las demagogias paranacionalistas amenazarán vigorosamente con recuperar el poder!

El debate sobre esta cuestión no puede ser evitado. El mismo debe ser abordado con un espíritu abierto a los argumentos de unos y otros.

En Asia y África, en el momento actual, existen corrientes que nosotros calificamos de “culturalistas”, que alimentan la ilusión de proyectos pretendidamente “civilizacionales” fundados a partir de agrupamientos parareligiosos o étnicos.

Yo entiendo por culturalismo no el reconocimiento banal de la diversidad de las culturas ni incluso aquel del deber de respetarlas, sino la tesis según la cual estas culturas constituirán invariantes transhistóricas, eso que no son y que serían, sobre esta base, estrategias legítimas y eficaces de respuesta a la destrucción de la globalización capitalista imperialista por el repliegue sobre “la autenticidad cultural” (revestida de oropeles parareligiosos o paraétnicos).

Construidas en detrimento de otras dimensiones de la “identidad” (la clase social, la nación) esas estrategias convienen perfectamente al despliegue del proyecto capitalista imperialista porque los regímenes fundados sobre esta base no cuestionan los principios del mercado mundializado, contentándose con transferir los conflictos de los terrenos de la realidad social a los cielos abstractos de la “cultura”. El “choque de las civilizaciones” es, de seguro, una estrategia del imperialismo y de sus aliados locales. En este sentido, también el discurso sobre la “diversidad cultural” viene a menudo en auxilio de estas llegadas a callejones sin salida. El discurso es, por demás, perfectamente tolerado (incluso apoyado) por el poder del capital y del imperialismo.

La cuestión es saber por qué una tesis de esta naturaleza acumula aparentemente los éxitos que se constatan. La respuesta que doy a esta interrogante enfatiza en las insuficiencias de las izquierdas radicales que se han alineado en su mayoría en torno al proyecto nacional popular de los regímenes en el poder durante la era de Bandoung (1955-80). La erosión y posterior derrumbamiento de estos regímenes –previsible para quienes reconocían sus contradicciones y limitantes– provocó con su caída también la caída de las izquierdas a las que nos referimos. La alternativa radical capaz de superar las insuficiencias de los regímenes en el poder perdió su credibilidad, creando un vacío en la cultura política que fue llenado por el culturalismo. A esta razón fundamental le añadiría el apoyo sistemático suministrado por Washington a los movimientos culturalistas. Dicho esto, no es cierto que las dictaduras culturalistas disfruten de un apoyo indefectible de sus pueblos. Los signos de resistencia y revuelta no faltan. Pero aquí como allá, esas rebeliones pueden ubicarse en la perspectiva de la reconstrucción popular, abriendo la vía al progreso del socialismo, o no producir más que un nuevo caos, o incluso ser absorbidas y ubicadas dentro de un proyecto “democrático” liberal aceptable por el capitalismo imperialista.

El paralelo se impone entre la evolución aquí dibujada para el Tercer Mundo y el desafío al que se enfrentan los pueblos europeos. Volveremos sobre el análisis del peligro de “otro mundo es posible”, aun más salvaje que éste que conocemos.

6. La reconstrucción de un “frente de países y de pueblos del Sur” constituye una de las condiciones fundamentales para la emergencia de “otro mundo”, no fundado sobre la dominación imperialista.

Sin subestimar la importancia de las transformaciones de todo tipo que han encontrado su origen en las sociedades del Norte en el pasado y en el presente, hoy estas han quedado atadas al carro del imperialismo. No debería entonces asombrarnos que las grandes transformaciones a escala mundial hayan encontrado su origen en las rebeliones de los pueblos de las periferias, de la Revolución rusa (“el eslabón débil” de la época), de China y en el frente de los No Alineados (Bandoung) que obligaron al imperialismo, durante un tiempo, a “ajustarse” a exigencias en

conflicto con las lógicas de su expansión. La página de una globalización que fue multipolar, aquella de Bandung y de la Tricontinental (1955-1980), ha sido pasada.

Las condiciones de la globalización actual prohíben una “versión” de Bandung. Las clases dirigentes de los países del Sur, en la hora actual, intentan inscribirse en esta globalización, a la que esperan quizás inclinar a su favor y que no combaten. Estas clases se dividen en dos grupos de “países”: aquellos que tienen un proyecto “nacional” (de naturaleza capitalista pero matizada por las concesiones o su ausencia a favor de las clases populares, pero en conflicto abierto o encubierto con las estrategias del imperialismo –a discutir caso por caso), como la China o los países emergentes de Asia y América Latina; y, aquellos que no tienen un proyecto y aceptan “ajustarse” unilateralmente a las exigencias de expansión imperialista (se trata entonces de las clases dirigentes sometidas).

Alianzas de geometría variable están constituyéndose entre los Estados (los gobiernos), de las que hemos visto su emergencia en el seno de la OMC. No se puede tratar con desprecio las posibilidades que estos acercamientos pueden abrir a los movimientos de clases populares (sin caer en ilusiones).

Un frente de “pueblos del Sur”, que vaya más allá de los acercamientos entre las clases dirigentes, ¿es posible? Limitada por las corrientes “culturalistas”, señaladas anteriormente y las confrontaciones que acarrearán entre los pueblos del Sur (sobre bases pseudoreligiosas o pseudoétnicas), la construcción de este frente parece difícil. La misma sería menos problemática en la medida que los Estados “que tienen un proyecto” pudieran –bajo la presión de sus pueblos– evolucionar hacia un sentido resueltamente antiimperialista. Esto implica que sus proyectos salgan de las sendas de la ilusión, que los poderes, resuelta y exclusivamente “capitalistas nacionales”, estén en condiciones de tornar a su favor la globalización imperialista y de permitir a sus países convertirse en agentes activos dentro de la globalización imperialista, participando en la construcción del sistema mundial (y no ajustándose unilateralmente a este). Esas ilusiones son aún grandes y son reforzadas tanto por las retóricas nacionales como por aquellas que adulan a los “países emergentes” (en busca de la “nivelación”), desarrolladas por las instituciones al servicio del imperialismo. Pero en la medida que los hechos desmientan esas ilusiones, nuevos bloques nacionales populares y antiimperialistas podrán abrir el camino y facilitar el internacionalismo de los pueblos. Hay que esperar a que las fuerzas progresistas del Norte lo comprendan y lo apoyen.

7. Dos proyectos para “otro mundo” están actualmente en construcción y, evidentemente, en conflicto, a veces de manera silenciosa, a veces violenta. La globalización liberal, que ya ha fracasado visiblemente, será necesariamente superada, pero ¿se inclinará a la izquierda o la derecha? Esta es la cuestión decisiva.

El capitalismo es ya un sistema social obsoleto. El sostén de los privilegios de clases asociado a la “propiedad” que lo caracteriza exige, en adelante, el abandono de los principios de su gestión a través de los mecanismos llamados “liberales”. El “apartheid a escala mundial” es la única respuesta que el capitalismo imperialista puede dar a esta contradicción.

La búsqueda de la acumulación del capital en beneficio de una minoría en descenso de la población mundial exige, a la vez, la destrucción del mundo rural (que aún representa la mitad de la humanidad), la repartición cada vez más desigual del acceso a los recursos naturales del

planeta (necesario para mantener el derroche del Norte), la dependencia de las nuevas industrias del Sur del control de las tecnologías de producción, su confinamiento a explotar “la ventaja” de su mano de obra barata.

El bloque social hegemónico portador de este proyecto está constituido por el capital oligopólico financiero globalizado (que domina la alianza), las burguesías del Sur (dependientes) y puede beneficiarse del apoyo de grandes segmentos poblacionales del Norte (en particular de las clases medias). Pero el mismo choca y chocará siempre con la resistencia de los “excluidos”: la mayoría de la población del Sur, las minorías en posible progresión en el Norte. El Sur –llamado a mantenerse como “la zona de tempestades”– no puede ser controlado más que por medio del despliegue continuo de amenazas y de intervenciones militares de las potencias imperialistas, asociadas a tales empresas. Tal es la racionalidad (criminal) del proyecto de Washington de control militar del planeta y de la unión, en última instancia, de sus socios europeos y japoneses para este proyecto.

El capitalismo se inauguró, al nacer, con un etnogenocidio gigantesco, aquel de las civilizaciones precolombinas. En la actualidad está obligado a cometer otro crimen sistemático, de la misma naturaleza, contra los pueblos de Asia y África. Y la voluntad de preservar el monopolio de las ramas nucleares en beneficio de las potencias de la triada imperialista no es el mecanismo menos anodino entre los mecanismos necesarios para la consecución de este proyecto.

La puesta en marcha de este proyecto está en curso. El “proyecto europeo” cierra las opciones de los pueblos de dicho continente y los somete de manera irreversible a las exigencias de la búsqueda de la acumulación capitalista y del alineamiento atlántico. El despliegue de las opciones culturalistas paraétnicas y parareligiosas en el Sur perpetúa la dominación de los bloques sometidos. Este “nuevo mundo” (¡este también es “otro”!) ya dispone de su expresión ideológica, fundada sobre la afirmación prioritaria no de los “derechos del individuo” sino del individualismo sin fronteras, de la sustitución del consumidor –cliente mercantil y político– con el ciudadano. Una especie de fascismo “blando” (sin desfiles ni brazos levantados), respetuoso en apariencia de una “democracia representativa” vacía de toda intención renovadora, aquella de las dictaduras sangrientas legitimadas por la “especificidad cultural”.

No se trata de un “capitalismo con rostro humano”, sino más bien de lo contrario, de un estadio nuevo del despliegue capitalista-imperialista en todo su horror sangriento. Este proyecto no es factible, felizmente, sólo a partir de lo “posible”. Las contradicciones que lo minan son tales que su contrario –el socialismo del siglo XXI– está lejos de constituir una “utopía” (en el sentido vulgar de un deseo irreal).

El socialismo tiene una historia. En un primer momento concibió la superación del capitalismo a partir de sus centros “desarrollados”, mediante la reforma o la revolución proletaria. No significa una gran dificultad comprender la razón: el socialismo se conforma “naturalmente” en el seno de la nueva clase obrera explotada por el capitalismo industrial de la Europa del siglo XIX. La realidad de su dimensión mundial imperialista, subestimada en este primer momento, se impuso en el transcurso del siglo XIX. Mientras que la “revolución” se alejaba del horizonte de los centros del sistema, cobraba forma en la periferia, desde Rusia hasta China. Sin embargo, ahora se trata de “otra revolución” que asocia en todas sus contradicciones las aspiraciones socialistas con otras de naturaleza capitalista, las demandas de liberación nacional con las de

alcance universal. El maoísmo intentó dotar a este conjunto de aspiraciones, todas legítimas de alguna manera, de una coherencia eficaz.

Las luchas de liberación nacional en Asia y África, formas diluidas de rebeliones contra el orden imperialista, de naturaleza semejante intentaron, a su estilo y con sus limitaciones, afirmar su legitimidad a partir de nuevas propuestas teóricas, rompiendo con el marxismo histórico del que había sido portador Franz Fanon (“los condenados de la tierra”), encontrando eco en Occidente mismo (a través de la formulación de Marcuse de los roles de las vanguardias de los “excluidos”). Estas cuestiones están todavía presentes y encuentran expresión renovada en el seno del “altermundialismo” de hoy.

El desafío es, entonces, conservarse siempre fiel a sí mismo, a pesar de las grandes transformaciones objetivas producto de las victorias conseguidas por los pueblos durante el siglo XX y de las coyunturas del momento. El capitalismo obsoleto (yo le digo “senil”) se ha convertido no solamente en el enemigo de la clase obrera a la que explota directamente sino en el enemigo de la humanidad entera. La humanidad debe y puede reconsiderar su pretendida “perpetuidad” y empeñarse en la construcción del (o de los) socialismo(s) del siglo XXI.

Esta construcción, tomando en cuenta la realidad conformada por el despliegue imperialista y la diversidad de las coyunturas de las luchas en curso, no puede ser sino gradual y diversa en sí misma. Esta es la razón por la que prefiero hablar de avances revolucionarios actuales más que de “revoluciones” (pues el término deja entender que las soluciones que ellas aportan son “definitivas” y “totales”).

Estos avances implican, evidentemente, que los bloques sociales hegemónicos alternativos que se conforman a partir de los primeros (así como el poder) integren a las grandes mayorías populares del Sur (en particular a los campesinos).

Otros avances, de naturaleza probablemente diferente, son posibles en los mismos centros imperialistas. Aquí aparece la “cuestión europea”. El posible conflicto entre las aspiraciones de los pueblos de Europa y el proyecto atlántico de Washington y Bruselas no se fundamenta, según mi criterio, en los conflictos de intereses del capital dominante (éste, a pesar de esos conflictos secundarios, queda estratégicamente fusionado en una visión común de las exigencias de la gestión del planeta), sino en las divergencias que oponen las culturas políticas europeas a aquella de los Estados Unidos, cuestión a la que ya me referí anteriormente.

El socialismo del siglo XXI será el producto de la convergencia de los avances del Sur y del Norte, que permitirá de manera simultánea la superación de las lógicas exclusivas de la acumulación y la construcción de una globalización multipolar negociada. Yo no retomaré aquí los aspectos que ya he abordado para estas perspectivas, en particular aquella que se refiere a la asociación (y no la disociación) de las aspiraciones democráticas y del progreso social. Esta opción excluye la adhesión al modelo de la “democracia representativa” —ella misma en crisis en los países del Occidente capitalista donde el proyecto de “otro mundo” en vías de construcción se dedica a aniquilar el potencial renovador— y además implica la crítica radical de los discursos que intentan imponerla: los discursos de los derechos del hombre (y las prácticas de doble rasero a las que sirven de justificación), el discurso de la sociedad civil apolítica, el discurso legitimador de la “exportación de la democracia” (la nueva bandera de alineamiento con el proyecto imperialista, análoga a aquella que ayer justificó la colonización en nombre de la cristianización de los

amerindios), el discurso sobre el “totalitarismo” cuya función es la de suprimir toda perspectiva que supere la “democracia liberal”.

La construcción de la convergencia en la diversidad de las luchas que pueden inscribirse dentro de la perspectiva del socialismo del siglo XXI restituye su lugar al universalismo, negado por los discursos culturalistas posmodernistas que se inscriben objetivamente dentro de la perspectiva del *apartheid* globalizado. La afirmación de este universalismo no es sinónimo de la “occidentalización del mundo” ni la negación de las especificidades. Las reubica en sus marcos originales, como productos de trayectorias históricas diversas generadoras de culturas políticas, a la vez diferentes y en constante transformación.

El combate por el socialismo del siglo XXI debe además tomar la medida exacta de la significativa dimensión inmediata que representa el desafío del proyecto de control militar del planeta, ya sea por los Estados Unidos en solitario o por el imperialismo colectivo de la triada (Estados Unidos, Europa y Japón). Este desafío ubica la geopolítica en el centro del escenario, pues mientras este proyecto no haya sido abandonado todos, los avances posibles, aquí o allá, serán en extremo vulnerables.

Nepal 2008, un avance revolucionario prometedor¹

Un auténtico avance revolucionario

Un ejército de liberación que defiende una revuelta generalizada del campesinado llega a las puertas de la capital en las que a su vez el pueblo se subleva, expulsa al gobierno real establecido, acoge como libertador al Partido Comunista (maoísta), del cual no hace falta demostrar la eficacia en la estrategia revolucionaria. Se trata en este caso del avance revolucionario victorioso más radical de nuestra época y, por esta razón, el más prometedor. Uno imagina –comparando– a las FARC de Colombia consiguiendo movilizar al conjunto de los campesinos del país (imposible de imaginar), articulando su victoria con una sublevación popular urbana, expulsando a Uribe de Bogotá (absolutamente imposible de imaginar), permitiendo de este modo a las FARC dirigir el nuevo gobierno revolucionario.

Esta victoria en Nepal ha creado las condiciones para un primer triunfo, el de una revolución nacional, popular y democrática, calificada de revolución antifeudal/antiimperialista por el PC (maoísta) mismo. Efectivamente, la revuelta urbana generalizada, aliando clases populares y clases medias, ha obligado a todos los partidos políticos establecidos a proclamarse a su vez “revolucionarios / republicanos”. Quién hubiera pensado pocas semanas antes en la victoria de los maoístas, habiendo tomado la opción del “combate pacífico”, de la vía “reformista” y habiendo depositado sus esperanzas en las “elecciones”. El otro partido comunista –la Unión de los Comunistas marxistas leninistas– había regresado al terreno “reformista” y había denunciado el “aventurismo” de los maoístas.

El Partido Comunista (maoísta) ha elegido deliberadamente obviar un acuerdo de compromiso con los partidos en cuestión (el Congreso del Nepal, la UCML y otros), considerando que habían recuperado para su adhesión a la revolución un mínimo de legitimidad que no podía ser discutida sobre la marcha.

Un compromiso –calificado de “acuerdo de paz” por las instancias de la ONU que lo habían preconizado– que ha transferido a una Asamblea Constituyente el encargo de redactar la nueva Constitución republicana democrática y popular. Estas elecciones, pluripartidistas, han dado a los maoístas el primer puesto en la conformación de la coalición victoriosa (confiando de este modo la responsabilidad de Primer Ministro a su dirigente “Prachanda”). En la Asamblea se reúnen por primera vez en la historia del país y de toda la región del sur de la India los auténticos elegidos del pueblo, campesinos pobres, trabajadores marginales, las mujeres del pueblo.

Cinco retos principales para el futuro

El acuerdo de compromiso no resuelve los problemas venideros sino que revela toda su gravedad. Los retos a los cuales las fuerzas populares revolucionarias se enfrentan a partir de ahora son gigantescos. Los examinaremos en los siguientes cinco apartados.

¹ Traducido por Fundació Pere Ardiaca. 20080.

1. La reforma agraria

La sublevación campesina ha sido producto del análisis correcto de la cuestión agraria hecha por los maoístas y las conclusiones estratégicas, igualmente correctas, que de ella se derivan: la gran mayoría de los campesinos, formada por sin tierra (a menudo Dalits-sin casta en algunas de las regiones del país), granjeros/aparceros sobreexplotados, minifundistas pobres, podrían ser organizados en un frente unido y pasar a la lucha armada, la ocupación de las tierras (incluido el permitir a los Dalits el acceso a ellas, hecho rechazado por el sistema de castas de la India), la reducción de las rentas territoriales pagadas a los propietarios, etc. La sublevación, por estas razones, se ha generalizado progresivamente por todo el país, y su ejército, organizado por los maoístas, ha infligido derrotas al ejército del Estado. Pero si es cierto que en el momento en que la revuelta en la capital abrió las puertas al Partido Comunista (maoísta), el ejército popular no había conseguido (por lo menos todavía) desintegrar el del Estado, fuertemente mantenido y equipado por el gobierno de Delhi y las potencias imperialistas.

En el momento actual de “compromiso”, se han avanzado dos líneas por parte de las fuerzas políticas asociadas y representadas en la Asamblea: La línea defendida por los maoístas, de una reforma agraria revolucionaria radical, garantizando el acceso a la tierra (y a los medios necesarios para vivir de ella) para todo el campesinado pobre (la gran mayoría), sin tocar no obstante las propiedades de los campesinos ricos y la línea, imprecisa, defendida por otros partidos (particularmente el Congreso), de una reforma “moderada”, exigiendo el aumento, antes que la ley determine sus límites, del retorno de la antigua orden de las regiones liberadas por la revuelta campesina.

2. El futuro de las fuerzas armadas

Las dos fuerzas armadas coexisten en el momento actual. Una coexistencia que evidentemente no debería perpetuarse indefinidamente. El Partido Comunista (maoísta) sugiere su fusión.

Sus adversarios temen (lo reconocen públicamente) que esto conduzca a los soldados del Ejército del Estado a “corromperse” con la ideología mao, pero no proponen nada, y no se atreven a exigir la disolución del Ejército popular.

3. ¿Democracia burguesa o democracia popular?

El tema es importante y anima todos los debates en la Asamblea Constituyente, en los partidos políticos, en las organizaciones populares de campesinos, de mujeres, de estudiantes, en los sindicatos y las distintas asociaciones en las que se encuentran principalmente las capas politizadas de las clases medias.

Existen en la sociedad defensores de la fórmula convencional de la democracia, reducida al pluripartidismo, a las elecciones, a la separación formal de poderes (entre otros la independencia judicial), a la proclamación de los derechos humanos y políticos fundamentales. Ciertamente ésta es la fórmula general con la cual la ideología dominante a escala mundial, relevada por los medios de comunicación principales (entre otros los de los países occidentales), intenta dar por cerrado el debate.

Los maoístas habían advertido que los derechos fundamentales sobre los que descansa la “democracia” propuesta sitúan el respeto a la propiedad privada en la cima de la jerarquía de los derechos denominados humanos. En contrapartida, los maos defienden la prioridad de los derechos sociales sin la aplicación efectiva de los cuales no es posible ningún progreso social: derecho a la vida, a la alimentación, a la vivienda, al trabajo, a la educación, a la sanidad. La propiedad privada no es “sagrada” en absoluto, su respeto acaba en las exigencias de la aplicación de los derechos sociales.

Dicho de otro modo, unos defienden el concepto de democracia disociada de los temas de progreso social (el concepto burgués y dominante denominado “democracia”), y otros el de la democracia asociada al progreso social.

El debate—en Nepal—no es confuso, pero a menudo es polémico. Los defensores de la “democracia a la occidental” cuentan en sus filas con auténticos reaccionarios, los cuales, aun ayer mismo, no protestaron mucho contra la autocracia regia o se contentaron con protestas menores, deseando estar más asociados a ella. Pero también cuentan en sus filas con demócratas indudablemente sinceros pero poco sensibles a las miserias reales que sufren las clases populares. Las ONG de “defensa de los derechos democráticos”, movilizadas en masa en este contexto, ampliamente apoyadas por el exterior, defienden la causa “moderada” como una posibilidad. Unas se contentan con decir que la democracia convencional y limitada vale más que nada, como si más fuera imposible. Otras redactan un proceso de intenciones a los maos, “comunistas empedernidos”, “estalinistas”, totalitarios”, “imitadores del modelo autocrático chino”, etc.

Los maoístas no se defienden nada mal frente a los perniciosos ataques. Recuerdan que no recusan en absoluto la propiedad privada campesina, artesanal e incluso capitalista, nacional o extranjera, sin por tanto impedir la nacionalización si el interés nacional la exige (prohibiendo a los bancos extranjeros imponer la integración del país en el mercado financiero globalizado). No ponen en entredicho más que la propiedad territorial “feudal”, en la que los beneficiarios habían sido los clientes de los reyes sucesivos, autorizados a expropiar a las comunidades campesinas. No rechazan los beneficios de los derechos personales y de la independencia de la justicia encargada de garantizar el respeto. Añaden a este programa, sin reducirlo, la invitación a la Asamblea Constituyente a formular no sólo los grandes principios de los derechos sociales, sino también las formas institucionales necesarias para su aplicación. La democracia popular que definen de este modo consiste, por supuesto, en crearse progresivamente, a través de la intervención al mismo tiempo de las clases populares—organizándose por ellas mismas— y el Estado.

Evidentemente no hay “garantía” que proteja al futuro de los riesgos de error; ya sea en el sentido de una autocracia de poder del Estado, ya sea en el no menos real de un alineamiento oportunista sobre lo que parece ser lo “posible” inmediatamente, aceptando de este modo la adhesión de los maos a la línea “moderada” de sus competidores. Pero, ¿con qué derecho condenar de antemano la experiencia, cuando se sabe que los temas planteados aquí son objeto de debates serios en el seno del partido y que se admite la pluralidad de opiniones?

Estos análisis y las estrategias de seguimiento de las luchas van más allá de los que fueron formulados en la época de Bandung a partir de 1955. En la época de los regímenes surgidos de las luchas de liberación nacional de Asia y África, legítimos y populares en consecuencia, éstos eran de una naturaleza generalmente “populista” que se reconocía en las prácticas de Estado (a menudo confundido con su carismático héroe) y del partido (elaborado por los de arriba en ciertos casos,

siempre poco democrático en su propia práctica cuando heredaba las movilizaciones populares asociadas a las luchas de liberación) en sus relaciones con el “pueblo” (sustituto vago de la alianza de clases populares identificadas). La ideología sobre la cual se basaba la legitimidad del poder no hacía referencia al marxismo, había sido elaborada de cualquier modo, asociando una lectura de un pasado ampliamente reinventado y presentado como esencialmente “progresista” (por las formas pretendidamente democráticas del ejercicio del poder en las comunidades antiguas, por las interpretaciones religiosas del mismo tipo) y de los mitos nacionalistas fundadores, a un pragmatismo poco crítico en lo que concierne a las exigencias de la modernización tecnológica y administrativa. El “socialismo” con el que los regímenes de Bandung se autocalificaban ha quedado vago en extremo, difícil de distinguir del intervencionismo populista redistribuidor y garante de la “justicia social”. ¿Deberíamos denunciar la permanencia de muchos de estos caracteres en los recientes avances de América Latina que no habían tenido la suerte de conocer la experiencia de Bandung, y a riesgo que ello comporta de reproducir los límites?

Los maoístas de Nepal han desarrollado otra visión muy distinta del socialismo. Se abstienen de reducir la “construcción del socialismo” a la realización del conjunto de su programa actual máximo (reforma agraria radical, Ejército del pueblo, democracia popular). Califican este programa de “nacional popular democrático”, abriendo la vía (pero no mucho) a la larga transición (secular) al socialismo. No utilizan la expresión de “socialismo del siglo XXI”.

4. La cuestión del federalismo

La geografía física y humana de los valles del Himalaya se expresa por la extrema diversidad de las comunidades campesinas de Nepal. No se trata de dos, tres o cuatro “etnias”, sino de aproximadamente un centenar de comunidades, evidentemente emparentadas por la lengua (nepalí o tibetana) y la religión (hinduista o budista), y sin embargo orgullosas de su particularidad. Los pueblos de estas comunidades aspiran a recuperar el uso de sus tierras, expropiadas por los secuaces de los generales conquistadores al servicio de los reyes, al reconocimiento de su dignidad y a la igualdad de trato. Pero no alimentan ninguna aspiración a la secesión.

La fórmula de la República Federal, preconizada por los maoístas, puede responder ciertamente a las demandas de los pueblos nepalíes. No comporta menos peligro de ser movilizad por los enemigos del poder central, llegado el caso.

5. El tema de la independencia económica del país

Nepal está clasificado por las Naciones Unidas en la categoría de los “países menos desarrollados”. La administración “moderna” del Estado y de los servicios sociales, los trabajos de infraestructura, depende de hecho de la ayuda exterior. El gobierno establecido parece que es consciente de la necesidad de liberarse de esta dependencia extrema. Pero sabe que esto no puede ser sino gradual. La soberanía alimenticia no constituye para Nepal el mayor problema, aunque la autosuficiencia en este terreno esté asociada a raciones alimenticias a menudo deplorables. La organización de redes de comercialización más eficaces y menos costosas para los productores campesinos y los consumidores urbanos sí constituye un problema, porque pone en liza los intereses de los intermediarios. La organización de la pequeña producción medio artesanal y medio industrial capaz de reducir la dependencia de las importaciones exigirá duros esfuerzos y tiempo para conseguir resultados aceptables.

El discurso maoísta sobre un modelo de desarrollo “inclusivo” (“*inclusive*” en inglés), es decir, beneficiando directamente y en cada una de las etapas de su despliegue a las clases populares, por oposición al modelo “indio” que sólo beneficia al 20% de la población, y condena a los demás (80%) a la estancación cuando no a la pobreza, demuestra una opción de principios que no se puede mantener. Su traducción en programas de puesta en marcha específicos todavía está por formular.

¿Quién lo llevará a cabo?

El Nepal revolucionario tropieza con la feroz hostilidad de su vecino más grande, la India, cuya clase dirigente teme los efectos de contagio. La revuelta endémica del movimiento Naxalita hindú podría, inspirándose en las lecciones de las victorias conseguidas en Nepal, poner en tela de juicio la estabilidad de los modos de explotación y de opresión en vigor en el sur del continente hindú.

Esta hostilidad no debe ser subestimada. Constituye una de las razones de acercamiento militar entre la India y Estados Unidos. Moviliza recursos materiales políticos considerables. Financia entre otras cosas la constitución de una “alternativa” hinduista política, sobre el modelo del BJP hindú, el análogo del Islam político de Pakistán y otros países o del Budismo político del Dalai Lama y otros. El apoyo de Estados Unidos y otras potencias occidentales –Gran Bretaña en particular– se articula sobre estos proyectos reaccionarios. La cristalización de un proyecto hinduista político nepalí potente tendría sus posibilidades si las actuaciones –incluso modestas– del nuevo Nepal se estancaran durante demasiado tiempo. La intervención exterior podría en este caso movilizar igualmente a los reaccionarios nepalíes e incitar a ello incluso a los movimientos “secesionistas”. La utilización de la ayuda exterior, siempre condicionante aunque no se reconozca, y los discursos demagógicos que conciernen a los “derechos del hombre” y la democracia, que las redes de ONG alimentan, hallan su lugar en esta estrategia del enemigo.

El compromiso en vigor retrasa la puesta en marcha del programa de reformas radicales que constituyen el origen de la popularidad de los maos. Incita a ciertas tendencias –en las filas de la propia dirección política– de querer ir más allá de lo que el compromiso permite, preparando de este modo el terreno a la contra ofensiva de la reacción.

Pero no hay lugar para la desesperación. Los maoístas repiten públicamente que las clases populares tienen derecho a estar movilizadas y a proseguir su combate por la realización de su programa, sean cuales sean los resultados de las deliberaciones de la Asamblea Constituyente. Los Mmaoístas no han caído en la trampa del electoralismo. Distinguen cuidadosamente lo que llaman su base social (“*social constituency*”), constituida por la mayoría (los campesinos pobres, los trabajadores urbanos de las clases populares, los estudiantes y los jóvenes, las mujeres, los segmentos patriotas y democráticos de las clases medias) de su base electoral (“*electoral constituency*”) que, como todas las bases electorales, es volátil. Construir esta base social popular en un bloque social organizado dominante, alternativo al bloque feudal –intermediario del poder inverso–, constituye el objetivo del combate de larga duración del Partido Comunista (maoísta).

Los países del sur deben tomar sus propias iniciativas¹

Por segunda vez en la historia contemporánea la dimensión imperialista del capitalismo está siendo enfrentada. La primera vez fue luego de la Segunda Guerra Mundial.

Desde 1947, los Estados Unidos de América, el poder imperial dominante de la época, proclamó la división del mundo en dos esferas, una del ‘mundo libre’ y la otra del ‘comunismo totalitario’. La realidad del Tercer Mundo fue flagrantemente ignorada: se la sintió privilegiada por pertenecer al ‘mundo libre’, porque no era ‘comunista’. La ‘libertad’ se consideró como sólo aplicable al capital, sin importar las realidades de la opresión colonial y semicolonial.

Al año siguiente, Jdanov en su famoso reporte (de hecho, de Stalin), que llevó al establecimiento del Kominform (una forma atenuada de Tercera Internacional), también dividió al mundo en dos; la esfera socialista (la URSS y la Europa del Este) y la capitalista (el resto del mundo). El reporte ignoró las contradicciones dentro la esfera capitalista que oponían los centros imperiales a los pueblos y a las naciones de la periferia, quienes estaban luchando por su liberación.

La doctrina Jdanov perseguía un objetivo principal: imponer la coexistencia pacífica y por tanto calmar las pasiones agresivas de los Estados Unidos y sus aliados subalternos de Europa y Japón. A cambio, la Unión Soviética aceptaría tomar un bajo perfil, absteniéndose de interferir en asuntos coloniales que los poderes imperiales consideraban como asuntos internos. Los movimientos de liberación, incluyendo la Revolución China, no fueron apoyados en esa época y continuaron por sí mismos. Pero su victoria (particularmente la de China, desde luego) trajo algunos cambios en las relaciones internacionales de poder. Moscú no percibió esto hasta después de Bandung, que permitió, gracias a su apoyo a los países en conflicto con el imperialismo, romper este aislamiento y convertirse en protagonista de los asuntos mundiales. De alguna manera, no es incorrecto decir que el principal cambio en el sistema mundial fue el resultado de este primer “Despertar del Sur”. Sin este conocimiento, la última afirmación sobre estos nuevos poderes “emergentes” no puede ser entendida.

El reporte Jdanov fue aceptado sin reserva por los partidos de la Europa comunista y aquellos de Latinoamérica. Sin embargo, casi inmediatamente se enfrentó a resistencia desde los partidos comunistas del Asia y del Medio Oriente. Esto fue sutilmente transmitido en el lenguaje de la época, ya que ellos continuaban afirmando “la unidad del campo socialista” detrás de la URSS, pero con el paso del tiempo la resistencia se hizo más abierta con el desarrollo de sus luchas en pos de su independencia, particularmente después de la victoria de la Revolución China en 1949. Hasta donde yo sé, nadie nunca escribió la historia de la formulación de una teoría alternativa, que dio total control a las iniciativas de independencia de países en el Asia y en el África, que más tarde se cristalizó en Bandung en 1955 y en la constitución de los países no alineados (desde 1960 definido como Asia-África más Cuba). Los detalles están enterrados en los archivos de algunos partidos comunistas (aquellos de China, India, Indonesia, Egipto, Iraq, Irán y tal vez otros cuantos).

¹ Traducido por Erick Rojas, Mayo de 2010.

Sin embargo, yo puedo hacer de testigo personal de lo acontecido, teniendo la suerte, desde 1950, de participar en uno de los grupos de reflexión que unió a los comunistas egipcios, iraquíes, iraníes y algunos otros. La información sobre el debate chino, inspirada por Zhou Enlai, no nos fue dada a conocer por el Camarada Wang (el enlace entre la publicación *Revolución*, en cuyo comité editorial participé) hasta mucho después, en 1963. Escuchamos ecos del debate indio y la división que provocó, que luego fue confirmada por la constitución del Partido Comunista de la India. Supimos que los debates dentro los partidos comunistas indonesios y filipinos tuvieron un desarrollo similar.

La historia debe ser reescrita con el objetivo de entender que Bandung no se originó por iniciativa de los líderes nacionales (Nehru y Sukarno específicamente, y mucho menos Nasser) como dan a entender los autores contemporáneos. Fue el producto de una crítica de izquierda radical que en ese momento se daba dentro los partidos comunistas. La conclusión común de estos grupos y su reflexión puede ser sintetizada en una frase: la lucha contra el imperialismo une a nivel mundial las fuerzas sociales y políticas, sus victorias son decisivas en la apertura de posibles avances socialistas en el mundo contemporáneo.

Esta conclusión, no obstante, dejó abierta una pregunta crucial: ¿quién dirigirá estas batallas antiimperialistas? Para simplificar: ¿la burguesía (entonces llamada ‘nacional’), por consiguiente a quienes los comunistas deberían apoyar, o un frente de clases populares, dirigida por los comunistas y no la burguesía (que eran antinacionales)? La respuesta a esta pregunta cambiaba frecuentemente y a veces se confundía. En 1945 los partidos comunistas interesados estaban alineados, basados en la conclusión que Stalin había formulado: la burguesía en todo el mundo (en Europa, alineada con Estados Unidos, en los países coloniales o semicoloniales, en el lenguaje de la era) ha “lanzado la bandera nacional en el bote de la basura” (frase de Stalin) y los comunistas eran por tanto los únicos que podían conjugar un frente unido de las fuerzas que se rehusaban a someterse al imperialismo de orden americano-capitalista. Mao llegó a la misma conclusión en 1942, pero sólo la hizo conocida (a nosotros) cuando su Nueva Democracia fue traducida a las lenguas occidentales en 1952. Esta tesis sostenía que para la mayoría de la población el largo camino hacia el socialismo sólo podía ser abierto por una “revolución popular, democrática, antifeudal y antiimperialista [en el lenguaje de entonces] dirigida por los comunistas”. El mensaje subyacente decía que otros avances socialistas no estaban en la agenda en ninguna otra parte, i.e. los centros imperiales. Ellos no podían tomar forma solo hasta después de que la gente en la periferia haya inflingido un daño sustancial al imperialismo.

El triunfo de la Revolución China confirmó esta conclusión. Los partidos comunistas del Sudeste del Asia, en Tailandia, Malasia y Filipinas en particular, comenzaron la lucha por la liberación inspirados por el modelo vietnamita. Más tarde, en 1964, el Che Guevara sostuvo una visión similar cuando llamó por “dos, tres muchos Vietnams”.

Las propuestas de vanguardia en las iniciativas de los ‘países del Asia y África’ independientes y anti-imperialistas, propuestas formuladas por diferentes grupos comunistas de reflexión, fueron precisas y avanzadas. Y se las puede encontrar en el programa de Bandung y en el del Movimiento No-Alineado, del que di una presentación sistemática en mi *L’veil du Sud* (El despertar del Sur). Las propuestas se enfocaron en la necesidad esencial de reconquistar el control sobre el proceso de acumulación (desarrollo que está auto-centrado y desvinculado de la economía mundial).

Sucede que algunas de estas propuestas fueron adoptadas, aunque diluidas considerablemente en ciertos países, desde 1955 hasta 1960, por las clases gobernantes como un todo en ambos

continentes. Y en el mismo tiempo las peleas revolucionarias libradas por todos los partidos comunistas del Sudeste del Asia fueron derrotadas (excepto en Vietnam, claro). La conclusión parece ser que ‘la burguesía nacional’ no hubo agotado su capacidad de lucha antiimperialista. La Unión Soviética también llegó a esa conclusión cuando decidió no apoyar al frente no-alineado, mientras que la Triada le declaró la guerra.

Los comunistas en los países protagonistas fueron divididos entre dos tendencias y se involucraron en conflictos dolorosos que muchas veces fueron confundidos. Algunos comprendieron que era necesario ‘apoyar’ los poderes en función que batallaban contra el imperialismo, pero este apoyo debería ser ‘crítico’. Moscú les dio su aprobación y soporte cuanto invento la tesis sobre ‘la vía no-capitalista’. Otros conservaron lo esencial de la teoría maoísta, acorde a la cual sólo un frente de las clases populares que fuera independiente de la burguesía puede llevar adelante una lucha victoriosa contra el imperialismo. El conflicto contra el Partido Comunista de la China y la Unión Soviética, que se podía observar ya desde 1957 pero oficialmente declarado en 1960, confirmó desde luego la segunda tendencia entre los comunistas asiáticos y africanos.

Sin embargo, el potencial del movimiento de Bandung se desgastó en quince años, enfatizando –de ser necesario– los límites de los programas antiimperialistas de la ‘burguesía nacional’. Así las condiciones estaban listas para la contraofensiva imperialista, la ‘re-compradorización’ de las economías del Sur y, sino –para las más vulnerables–, su recolonización.

Sin embargo, como si fuera para hacer más propicio este retorno impuesto por los hechos a la tesis sobre la absoluta y definitiva impotencia de la clase burguesa –siendo Bandung, según esta visión, sólo un ‘episodio pasajero’ en el contexto de la Guerra Fría– ciertos países del Sur fueron capaces de mostrarse a sí mismos como ‘emergentes’ en la nueva globalización dominada por el imperialismo. ¿Pero ‘emergentes’ en qué sentido? ¿Mercados emergentes abiertos a la expansión del capital de los oligopolios que pertenecen a la Triada imperialista? ¿O naciones emergentes capaces de imponer una genuina revisión de los términos de la globalización y de reducir el poder de los oligopolios, mientras reconducen la acumulación de su propio desarrollo nacional? La pregunta acerca del contenido social de los poderes actuales en los países emergentes (y en los otros países de la periferia), y las perspectivas que abre o cierra, está otra vez en la agenda. Es un debate que no puede ser hecho a un lado: ¿Cómo será –o podría ser– el mundo de la ‘post crisis’?

La crisis del último capitalismo imperial, la de los oligopolios generalizados, globalizados y financieros, es patente. Pero incluso antes de que pase a la nueva fase inaugurada por el colapso financiero de 2008, la gente comenzó a salir de su letargia, que comenzó después de que la primera ola de combate por la emancipación de los trabajadores y el pueblo se agotó a sí misma.

Latinoamérica, que estuvo ausente durante la era de Bandung (a pesar de los esfuerzos de Cuba con la Tricontinental), ahora parece incluso adelantada al resto del movimiento.

Existen desde luego varios aspectos nuevos e importantes en la situación actual, pero las mismas preguntas que fueron hechas en la década de 1950 están otra vez sobre la mesa. ¿Será el Sur (países emergentes y otros) capaz de tomar iniciativas independientes y estratégicas? ¿Serán las fuerzas populares capaces de imponer las transformaciones en los sistemas de poder que serán la única manera de lograr un progreso real? ¿Pueden ser construidos puentes que asocien las luchas antiimperialistas y populares en el Sur con el progreso de la conciencia social en el Norte?

Me abstendré de dar respuestas rápidas a estas difíciles preguntas que sólo el desarrollo de la confrontación resolverá. Pero la importancia de estas discusiones en que los intelectuales radicales de nuestra era deberían comprometerse no debe ser subestimada, como tampoco las propuestas que pueden surgir de tales discusiones.

Las conclusiones alcanzadas por los grupos de reflexión de la década de 1950 formularon el reto en términos que han permanecido en su esencia de la misma manera desde su origen: los pueblos de la periferia deben tomar a su cargo la construcción nacional (apoyada por los planes regionales y los del Sur como un todo), que está auto-centrada y desvinculada; ellos no pueden tomar esa ruta a menos que sus luchas son llevadas por una perspectiva socialista; por esta razón ellos deben deshacerse de sus ilusiones sobre una falsa alternativa, aquella de ‘nivelarse’ en el sistema capitalista globalizado. Bandung asentó esta opción independiente pero dentro de los límites más tarde revelados, como la historia lo demostró.

¿Serán los resultados mejores ahora, cuando un segundo ‘Despertar del Sur’ está en el horizonte? Sobre todo; será posible ahora construir convergencias entre las luchas en el Norte y en el Sur? Convergencias que lamentablemente estuvieron ausentes en la época de Bandung. Aquella vez, los pueblos de los centros imperiales finalmente se alinearon detrás de sus líderes imperialistas. El proyecto demócrata-social de la época habría sido difícil de imaginar sin la renta imperialista que benefició a las opulentas sociedades del Norte. Bandung y el Movimiento No-Alineado fue entonces visto sólo como un episodio de la Guerra Fría, tal vez incluso como manipulado desde Moscú. En el Norte, hubo poca comprensión acerca de las verdaderas dimensiones de la primera ola emancipatoria de los países del Asia y África que, sin embargo, convenció al punto de que Moscú le dio su apoyo.

El reto de construir una internacional antiimperialista de trabajadores y pueblos queda por abordar.



PENSANDO EL MUNDO DESDE BOLIVIA

